AÑO XX. FUNDADOR Y DIRECTOR—D. EDUARDO ASQUERINO. NUM. 7.º

CRÓNICA HISPANO-AMERICANA

POLÍTICA, ADMINISTRACION, CIENCIAS, LITERATURA, ARTES, AGRICULTURA, COMERCIO, INDUSTRIA, ETC., ETC.

COLABORADORES: Señores *Amador de los Rios*, Alarcon, Arce, Sra. *Avellaneda*, Sres. Asquerino, Auñon (Marqués de), Alvarez (Miguel de los Santos), Ayala, Alonso (J. B.), Araquistain, Anchorena, *Albuerne*, *Ardanáz*, *Ariza*, Arrieta, Balaguer, *Baralt*, Barzanallana (marqués de), Benavides, Bona, *Borao*, Borrego, Bueno, *Breton de los Herreros (Manuel)*, Blasco, *Calvo Asensio (D. Pedro)*, Campoamor, Camus, Canalejas, Cañete, Castelar, Castro y Blanc, Cánovas del Castillo, Castro y Serrano, Calavia (D. Mariano), Cazurro, Cervino, Cheste (Conde de), Collado, Cortina, Corradi, Colmeiro, Correa, Cueto, Sra. Coronado, Sres. Calvo Asensio, (D. Gonzalo), Dacarrete, Diaz (José María), Durán, Echevarría, Espin y Guillen, Estrada, Echegaray, *Eguilaz*, *Escosura*, Estrella, Fulate, Fernandez Cuesta, *Ferrer del Rio*, Fernandez y Gonzalez. Fermin Toro, *Flores*, Figuerola, Figueroa (Augusto Suarez de), García Gutierrez, Gayangos, *Galvete de Molina (D. Javier)*, Graells, *Gimenez Serrano*, Giron, Gomez Marin, Guijarro. Güell y Renté. Güelvenzu. Guerrero, Incenga, Hartzenbusch, Iriarte, Zapata, Janer, Feliu, Labra, Larra, *Larrañaga*, *Lasala*, Lezama, Lorenzana, Llorente, *Lafuente*, Macanáz, Martos, Mata (D. Guillermo), *Mata (D. Pedro)*, Mañé y Flaquer, Merelo, Montesinos, Molins (Márqués de), *Muñoz del Monte*, *Ochoa*, Olavarría, *Orgáz*, Ortiz de Pinedo, *Olózaga*, Palacio, *Pasaron y Lastra*, Perez Galdós, Perez Lirio, Pí y Margall, Poey, Reinoso, Retes, *Rios y Rosas*, *Rivera*, *Rivero*, Romero Ortiz, Rodriguez y Muñoz, Rodriguez (G.), Rosa y Gonzalez, Ros de Olano, Rossell, Ruiz Aguilera, Sagarminaga, *Sanz Perez*, Sanz, Salvador de Salvador, Salmeron, Sanromá, Selgas, *Segovia*, Serrano Alcázar, Sellés, Trueba, Tubino, *Ulloa*, Valera, *Velez de Medrano*, *Vega (Ventura de la)*, Vidart, Wilson (baronesa de), Zobel, Zorrilla.

PRECIO DE SUSCRICION.

España: 6 pesetas trimestre.—Europa: 60 francos por año.—Ultramar: 12 pesos fuertes oro por año.

PRECIO DE LOS ANUNCIOS.

España: 4 rs. línea.—Resto de Europa: 1 franco línea.—Ultramar: 4 rs. sencillos línea.—Reclamos y comunicados precios convencionales.

Madrid 8 de Mayo de 1879.

La suscricion en provincias se hará, como en Madrid, en las principales librerías, y directamente en nuestras oficinas, acompañando su importe en libranzas del Giro Mútuo, letras, ó sellos de Comunicaciones; optando por este medio deberá hacerse bajo certificado.

Redaccion y Administracion, Caños, 1.

SUMARIO.

Revista europea, por D. Emilio Castelar.—*La caida del Padre Matilla*, por D. Nemesio Fernandez Cuesta.—*Hermandad de las letras brasileñas y castellanas*, por D. Leopoldo Augusto de Cueto, marqués de Valmar.—*El Monasterio de San Isidro del Campo*, por D. Demetrio de los Rios.—*Del prólogo de los pequeños poemas*, por D. Ramon de Campoamor.—*La obligacion y la devocion*, cuento, por D. Antonio de Trueba.—*La crisis económica en España*, por D. Félix de Bona.—*Notas y apuntes de un viaje por el Pirineo y la Turena*, por D. Antonio Fabié.—*Dolores*, novela, por D. Manuel Fernandez y Gonzalez.—*Revista española*, por D. Enrique Perez Lirio.—*El canto de la ria*, por D. Enrique Saavedra, duque de Rivas.—*La divina comedia: canto décimo sétimo*, por el Conde de Cheste.—*Las dos hermanas*, por don Eusebio Blasco.—*Ilusiones*, por D. Fernando Corradi.—*Anuncios*.

REVISTA EUROPEA.

No podríamos, aunque quisiéramos, apartar el pensamiento de los sucesos de Rusia. Para todos los partidarios de la reaccion, presentábase el vasto territorio, como la América sajona para todos los partidarios de la libertad, es decir, como el polo inmóvil donde ponian su vista y que determinaba su marcha política. Y Rusia no es una region liberal; pero es una region revolucionaria. Hace algunos dias el emperador se paseaba solo por las aceras pegadas á su palacio de invierno, aprovechando la mañana, y el ejercicio á fin de acerar un poco sus nervios exaltados por las preocupaciones políticas, y enriquecer en el oxígeno de un aire puro su sangre empobrecida por la asfixiante atmósfera de los palacios. Padece el emperador Alejandro de una pertinaz melancolía; y procura, como todos los melancólicos, la soledad necesaria ciertamente á las grandes tristezas del alma. De hermosa presencia, de buen natural, de largo reinado; querido hasta ahora en su pueblo, al que ha procurado muchos adelantos; respetadísimo en Europa, sobre cuya suerte ha ejercido tan desmedida influencia, debiera sonreirle completamente la felicidad, si no fuese por esas enfermedades morales que se contraen allá en las cúspides del poder absoluto, y que parecen como un contraste y contrapeso puesto por la naturaleza sábiamente á los arrebatos de la soberbia y á los endiosamientos de la omnipotencia.

La voluntad, obligada por coacciones morales y materiales á ejercer máximo imperio sobre las demás voluntades, se embota y se desmaya cuando trata de extenderlo á sí misma. La historia habla de muchos grandes generales que vencieron á los demás y no acertaron á vencerse á sí mismos. De haber superado la propia ambicion, como superaron las fuerzas agenas y contrarias, brillarian César y Bonaparte con la auréola de la libertad y tendrian en la historia futura, implacable para los conquistadores y para los tiranos, un nombre tan puro como el nombre de Milciades ó el nombre de Wasingthon. ¡Parece imposible! Los fuertes con los demás, contraen una debilidad extrema consigo mismos. Y de esta debilidad nacen los desarreglos nerviosos que los llevan á las tristezas profundas. Ese emperador, incapaz de verter por su propio albedrío una gota de sangre, ha tenido, por fatalidades hereditarias, que coger un pueblo medio resucitado y encerrarlo de nuevo por fuerza en su antiguo sepulcro. ¡Cuánta sangre arrancada por las necesidades del nacimiento y de la extirpe á corazones, á quienes quizá hubiera amado, de nacer en otra condicion más humilde y poder oir con más libertad los latidos de su pecho y las voces de su conciencia! ¡Quién no recuerda con horror aquellas procesiones de niños, de mujeres, de jóvenes, todos inermes, que pedian al eco de los himnos religiosos, con la uncion de los mártires, una pátria, y por toda satisfaccion los sicarios rusos los fusilaban, tendiendo más de doscientos muertos al pié de las efigies de la Vírgen, mientras los supervivientes iban á las fortalezas como á resucitar los tiempos heróicos del Cristianismo en sus combates, elevados á verdaderos holocaustos por la libertad y por la pátria! No es maravilla, pues, que todas estas terribles necesidades de su posicion hayan amargado la vida del emperador Alejandro, y que toda esta amargura haya traido á su complexion fisiológica un gran desarreglo nervioso, y á su complexion moral una melancolía terrible.

Bien es verdad que tiene algo de hereditaria esta enfermedad en su familia. Pablo I, su abuelo, padecia de tales genialidades que no podian sufrirle ni la nobleza, ni el pueblo, ni siquiera sus propios hijos. Una conspiracion palaciega, por sus más cercanos amigos y aun deudos confabulada, intentó tan sólo arrancarle violentamente la abdicacion, y le arrancó la vida. En la faja de uno de los oficiales de su guardia murió ahorcado aquel insensato. Pues esa melancolía, más ó ménos agravada, trasmitióse como vínculo hereditario por toda su familia. El emperador Alejandro I, uno de los hombres más distinguidos de principios de este siglo, pasaba con rapidez vertiginosa de unas á otras ideas y de unos á otros sentimientos; ya místico hasta el iluminismo, ya filósofo hasta la impiedad; ora fomentando las libertades modernas como un legislador de Cádiz, cuya Constitucion adoraba con idolatría, ora poniéndose al frente de la Santa Alianza, cuyas reaccionarias ideas patrocinaba y personificaba, como poco ántes las ideas democráticas; inquieto y tornadizo cual si buscára en los oleajes de sus vários pensamientos un lenitivo al tumulto de sus alteradas pasiones. Todo el mundo sabe en Europa que Nicolás, el hermano de Alejandro I, el padre de Alejandro II, hoy reinante, murió semi-suicida por haber salido á pasar revista en fria mañana, con fiebre terrible en la sangre, y á cuerpo, como buscando una pulmonía fulminante que le acabase para siempre, pulmonía encontrada, cual le anunciaba su médico, que llegó á lanzarse á la cabeza del caballo y hasta cogerle por la brida para impedir una resolucion de despecho, equivalente á una sentencia de muerte. Lleva Alejandro II la tristeza como lleva la corona, por razon de su cuna y por trasmisiones de la herencia.

Así paseaba su melancolía en una de estas melancólicas mañanas de Rusia. Apenas puede figurarse uno desde nuestras costas, ceñidas por el Mediterráneo y perfumadas por el azahar, esas mañanas del helado Petersburgo; apenas puede uno comprender la necesidad que habrá allí de agitacion y de movimiento para dar un poco de su calor á los nérvios rígidos y á la piel aterida. Movíase el emperador en este agitado movimiento, cuando vió venir hácia él una especie de empleado público vestido con su correspondiente uniforme, de aire distinguidísimo, de andar resuelto, de presencia gallarda, de maneras finas. Por una de esas revelaciones que los instintos de conservacion sugieren tanto al ánimo como al organismo, el emperador, al verlo dirigirse hácia él, pensó maquinalmente si querria matarle en aquella soledad y esquivó un poco su cuerpo. Mas el asesino dió un salto, se plantó en frente, sacó un rewolver y le asestó casi á boca de jarro, ó mejor dicho, á quemaropa, tres ó cuatro tiros. Una mujer que pasaba á la sazon y un centinela que hacia guardia no lejos de allí, salvaron milagrosamente al emperador y salieron con algunas contusiones y heridas en la lucha porfiada entre sus fuerzas y las fuerzas del criminal. Su víctima le dirigió solamente algunas tristes reconvenciones, y se entró en Palacio á dar cuenta de su milagrosísima salvacion. El reo quiso suicidarse con veneno que llevaba á mano y no pudo conseguirlo por que le hicieron tragar inmediatamente un contra-veneno. En presencia de estos hechos sólo se ocurre decir: ¡cuántos crímenes engendra el absolutismo! ¡Cuán horrible es la creencia de que el crímen puede dar de sí ningun bien jamás! ¡Cuán resueltos deben estar todos los que amen la libertad á difundirla, defen-

derla, salvarla por los medios lícitos y justos; pues el arma del crímen se vuelve siempre contra la causa misma que la emplea!

Este atentado ha descubierto dos cosas ignoradas por los resignados á las impurezas de la realidad: la descomposicion del imperio y la fuerza de sus enemigos. No es fuerte un Estado cuando es absoluto y desconoce al hombre sus derechos y á la sociedad sus leyes. La fuerza de los Estados se encuentra en la libertad. Bajo una iglesia encargada de postrar las conciencias en el seno de inmóvil ortodoxia; bajo una autocracia que paraliza todo impulso de la voluntad individual; circuidos por policía pública y secreta que se extiende desde los hogares hasta las oficinas; amenazados de la deportacion y aun de la muerte, los sectarios burlan su servidumbre y las sectas saltan como las primeras chispas de una erupcion desde los abismos insondables, donde al fuego de las pasiones hirvientes se forja una nueva Rusia, una nueva tierra de lava sobrepuesta á la antigua tierra de hielo. No les pregunteis á esos sectarios qué ideas concretas tienen, ni qué programas prácticos enseñan: la furia les ciega y el instinto de destruccion los posée. Como llevan sobre los hombros el peso inmenso de una sociedad tan servil y de un poder tan omnímodo, no se curan de cómo sustituirlos, sino de cómo derribarlos. Caiga todo, dicen, la catedral bizantina de mil colores, donde brillan los santos rígidos como la liturgia moscovita, porque es un sepulcro de las inteligencias; el palacio donde centellea y fulmina el Czar, porque es una ergástula de los ciudadanos; el cuartel donde habita el ejército, porque es como la losa funeraria de los pueblos; la oficina de toda la administracion, porque alberga los esbirros que expían hasta la expresion de los ojos; el preso no se lleva ni una piedra del calabozo donde ha dejado el vapor de sus lágrimas y el eco de sus maldiciones. Reconocedlo; despues de las últimas reformas, abiertos los Parlamentos en toda Europa, erigidas las tribunas donde ántes se erigian las tiranías, gobernándose, por regla general, á sí mismos los pueblos en la plenitud de su derecho, solamente queda una nacion revolucionaria en el mundo, aquella que no puede pensar, aquella que no puede oir á sus oradores, aquella que no puede hablar, aquella que no puede obtener una representacion de su voluntad y de su inteligencia, la más fuerte en apariencia y en realidad la más débil, la nacion moscovita.

Así está llena de sociedades secretas que, si algun dia salieran á luz y aplicáran sus ideas, las moderarian por fuerza y las realizarian muy cambiadas por necesidad; pero que hoy, mientras habiten el misterio y vivan en las sombras, tendrán el carácter de todas las ideas misteriosas y se resolverán en el estallido de una negacion tremenda. Acordáos de lo que eran los masones á los ojos de una sociedad absolutista, los más revolucionarios de los hombres; ved lo que son los masones á los ojos de la sociedad moderna, los más prudentes y mesurados quizá entre todos los liberales. Si le hubieran preguntado á un mason de otros siglos qué deseaba en presencia de una monarquía absoluta, quizá confundiendo la monarquía con el Estado y la sociedad, hubiera dicho que destruir el Estado y acabar con la sociedad. Y hasta cierto punto no puede ménos de suceder así. A las afirmaciones extremas del poder se levantan las extremas negaciones de la oposicion. Si el uno es la autocracia, desengañaos, por la lógica incontrastable, la otra debe ser necesariamente el nihilismo.

No busqueis, pues, en esta secta la riqueza de ideas y la variedad de horizontes que tenian las antiguas sectas socialistas, las cuales eran teológicas, cosmológicas, artísticas, místicas sin dejar de ser por eso esencialmente económicas. El nihilista dice: nada de Estado, porque todo Estado oprime; nada de propiedad, porque toda propiedad corrompe. La nacion debe morir como el Estado; la pátria debe desaparecer como la propiedad. Una serie de municipios, donde todos gobiernen y sean gobernados al mismo tiempo, y donde todos posean la tierra en comun, debe componer una sociedad sin variedades y sin categorías. El artel cosaco que emigraba como si fuera prendido á las pezuñas de sus caballos nómadas; la tribu eslava que reproduce el antiguo patriarcado indio; he ahí el bello ideal de los humanos progresos. No busqueis en el seno de este gran movimiento ninguna otra idea que lo impulse; no creais encontrar ningun nuevo Apocalipsis social á la altura del fragor que producen y de los terrores que derraman los apocalípticos sectarios. La negacion tiene la misma bárbara sencillez de la autocracia.

Y los sectarios se hallan organizados de bien maravillosa manera. Se conocen entre sí por signos cabalísticos, y ningun agente del poder los conoce. Se reunen y ningun esbirro ha podido sorprender sus reuniones. Publican periódicos, cuyas hojas diarias caen del cielo de la cama donde el Czar se acuesta, y de las copas de los árboles que en las estufas del palacio crecen. Tienen un Gobierno tan recatado que jamás se averiguan las personas, y en todas partes se ven los actos. Tienen tribunales que juzgan y acuerdan, cumpliéndose sus acuerdos como las fatalidades de la naturaleza y como las sentencias del destino. Y sus jueces tienen tambien sus verdugos. Un prefecto de policía lee la hoja misteriosa que le notifica la sentencia de muerte, y se alza de hombros; pero en el número de los esbirros con que persigue á sus víctimas, se encuentra su verdugo, que sin piedad le mata y sin recelo huye. Parece imposible, más el conspirador se desliza en el seno de los tribunales, en la cátedra de las escuelas, en el despacho de los ministros, en la cámara de los Czares; por tan misteriosos medios y con tan porfiada constancia que lo creeriais la córte, el Gobierno, la Iglesia, la administracion, la sociedad entera. Se ha mandado poner á la puerta de cada casa dos guardias, como si las casas fueran cárceles, y estos guardias no pueden evitar el estallido de bombas y pertardos terribles, tanto por el daño que hacen como por el terror que siembran. Las alarmas contínuas cunden por las calles, y el recelo penetra hasta en el retiro de las casas como en los tiempos neronianos. El condenado á muerte por el tribunal oculto, aparece tendido en cualquier parte como si hubiera puesto fin á sus dias un rayo del cielo. Hay familias que no salen sino con numerosas escoltas. Hay ministro que no recibe ni á sus secretarios. Hay potentado que no deja acercarse persona extraña ninguna á sus dominios, como si las cercanías estuviesen apestadas y él fuera un caballero feudal. Verdaderamente nunca el terror de abajo, en ningun tiempo de la historia, se impuso arriba con tan formidable imperio. Parécese tal estado social á esos movimientos subterráneos que espantan por misteriosos y que amenazan trocar en sepultura la tierra misma que nos sobrelleva y nos alimenta.

El Gobierno ha extremado la represion hasta los últimos extremos, y no ha podido desarmar á sus enemigos. En tiempo de Nicolás se prohibia á las Universidades tener cierto número de alumnos, y en tiempo de Alejandro se revocó tal prohibicion. Pues ahora se cierran y se abren con frecuencia; se despide ó se llama á los alumnos con arbitrariedad; se declara que continúan los cursos pero no continúan las cátedras con escándalo. Hay necesidad de tener una policia que cele á la policía y un ejército que cuide del ejército. Las ciudades se han convertido en campamento y los generales mandan como pudieran mandar en una batalla. El defensor de Sebastopol, Totleben, reina en Odesa, parecida á una nueva Varsovia. El general Gurko pasa por las calles de las capitales como si pasara por los desfiladeros de los Balkanes. La mitad de los rusos expía á la otra mitad. Llénanse los caminos que conducen á Siberia de proscriptos sin número y sin consuelo, y las minas de esta region nefasta llénanse de condenados sin proceso y sin sentencia. La pena de muerte, poco aplicada en los tiempos de más funesta reaccion, renace con terrible horror. El gendarme tiene que defenderse y atacar como una fiera rabiosa. La horca se dibuja en los aires, como si hubiéramos vuelto á los tiempos de la Edad Media. El alférez Tragranoff, con cuatro reos más, ha sido fusilado una de estas mañanas. Ya no cabe ni más rigor, ni más arbitrariedad, ni en la policía mayores medios, ni en el ejército mayor fuerza, ni en la política mayor reaccion; pero tampoco cabe mayor impotencia. Si el estado de sitio permanente, si el mando de los generales arbitrario, si la policía aumentada, si las guarniciones en pié de guerra, si los destierros en leva, si la vigilancia de cada casa por dos guardias, si la Siberia poblada mientras se despueblan los hogares, si los fusilamientos en masa y la horca en perspectiva no pueden conseguir nada, ¿dónde buscará el Gobierno nuevos medios de represion y nuevos instrumentos de combate?

Estas revoluciones toman carácter de universalidad y arrastran con tanto ímpetu á los pueblos, porque nacen de todas las inteligencias como idea, y como interés arrastran en sus corrientes á todas las clases. ¿Cómo el emperador se ve sorprendido en su lecho por las proclamas nihilistas? Porque es revolucionaria la córte. ¿Cómo los cuarteles se inundan de estas hojas? Porque es revolucionario el ejército. ¿Cómo la policía no encuentra á los conspiradores? Porque es revolucionaria la policía. ¿Cómo las víctimas designadas por el Gobierno misterioso caen exánimes, atravesado de puñal su corazon y no hay quien las defienda ni quien las vengue? Porque es revolucionario el pueblo. La fórmula nihilista, por más llamativa, por más extraña, atrae la atencion universal y la embarga, como aquellas célebres definiciones de la propiedad dadas por Proudhon, las cuales perdian todo su veneno letal en cuanto perdian su aparato retórico y dejaban de aparecer en toda su desnudez paradisiaca y en toda su nativa brusquedad. Lo más grave del caso es que, en torno de este nihilismo tan aterrador, se unen clases enteras, gentes de todas procedencias, los deseos sin límites á la libertad sin restricciones, en una palabra, la revolucion. De un estado así, ya tenemos muchos ejemplos en la historia. Cuando el siglo décimo-octavo comenzó á desplegar sus fuerzas reformadoras y el espíritu moderno á recoger en su seno y aplicar á la vida práctica las inspiraciones de arte que tuvo el siglo décimo-sexto y las inspiraciones de filosofía y de ciencia que tuvo el siglo décimo-sétimo, toda la aristocracia francesa y parte considerable de la aristocracia europea, abrazaba la revolucion é iba, como llevada por la Providencia, á desatar los huracanes que debian arrancar bajo sus plantas los castillos feudales y de sus sienes las antiguas coronas.

Entónces el Papa recibia las dedicatorias que le enviaba Voltaire; el emperador daba las leyes josefinas como principio y comienzo al nuevo Estado láico; los Borbones expulsaban á los jesuitas y con los jesuitas á los ejércitos permanentes de la autoridad tradicional; las damas se desceñian sus complicadísimos tocados y bajaban á los teatros campestres á recitar las Églogas pastoriles de la igualdad natural y á representar las comedias revolucionarias del socarron Beaumarchais; entre los caballeros que iban á combatir por la independencia y la democracia en América, se contaban Lafayette, y entre los aliados de la República naciente, dos reyes como Cárlos III de España y Luis XVI de Francia; entre los innovadores que aspiraban á montar en el globo aerostático recien descubierto y á difundir la filosofía racionalista recien divulgada, se veia un príncipe de la sangre, como el duque de Orleans; entre los grandes oradores del nuevo Evangelio social, campeaba el vizconde de Mirabeau; un escéptico llevaba mitra, y un Sieyes era abate, sin contar con otros como Gregoire; de suerte que la idea revolucionaria habia subido á las alturas, á los castillos, á los tronos, en su ascension constante y misteriosa, impulsada por las leyes de la Providencia, resplandecientes desde las primeras á las últimas páginas de la humana historia. Pues lo mismo sucede en Rusia: la aristocracia es la primera en impulsar el movimiento avasallador, que no podrá ser contrastado por ninguna fuerza ni detenido por ninguna resistencia, pues son siempre invencibles las grandes aspiraciones á la libertad.

EMILIO CASTELAR.

LA CAIDA DEL PADRE MATILLA.

Allá por los años de gracia de 1697 hacia cerca de un siglo que dominaba en el ánimo de los monarcas de España la influencia exclusiva de los confesores, de los frailes y de las religiosas más ó ménos claustradas. Todo cuanto se resolvia en el reino llevaba el sello clerical, y habia sido consultado primero á una junta de teólogos, ó era inspirado por el confesor del monarca. La época era de confesores y de mártires: los confesores mandaban; los mártires padecian; los primeros tenian en sus manos los honores, las dignidades, las riquezas; los segundos llevaban en las suyas las cadenas y sostenian sobre sus hombros el peso de las cargas públicas. Ya el conde de Villamediana habia dicho del confesor de Felipe IV:

El confesor,
Si muriera mártir,
Fuera mejor.

Pero no todos eran de esta opinion, y por lo general, más querian ser confesores que mártires.

Las intrigas para obtener el confesonario y apoderarse del oido del rey, y por el oido del corazon, y por el corazon de la direccion y de la fuente del poder, eran muchas y complicadas, y no menores las que se empleaban para sostenerse en aquel elevado puesto una vez alcanzado. El confesor tenia siempre hechuras suyas que eran sus instrumentos: otras veces él era instrumento de ambiciones agenas, como el padre Matilla, confesor de Cárlos II, por cuyo medio la reina disponia de todo; otras, en fin, eran víctimas de los que dirigian sus tiros á la reina misma, ó á otros magnates, como el dicho padre Matilla, cuya caida vamos á referir, porque es curiosa y tenemos sobre ella documentos que hasta ahora no han visto la luz pública.

El reverendo padre fray Pedro Matilla, catedrático de teología de la Universidad de Salamanca, no era todavía el bello ideal que en nuestros dias deseaba Donoso Cortés para el Gobierno. Decia Donoso Cortés que, en su concepto, los mejores gobernantes eran los teólogos, y entre los teólogos, los místicos. El padre Matilla era teólogo, pero no era místico; ántes era pronto y suelto para las intrigas mundanas, y estaba adornado de aquellas prendas que pueden formar un diestro cortesano. Extendíase su autoridad desde lo espiritual á lo universal de la monarquía, y empezando por rodearse de hechuras suyas, levantó á D. Pedro Nuñez de Prado desde la corta esfera de hijo de un procurador de Valladolid, á título de Castilla, con el dictado de conde de Adanero, gobernador del Consejo de Hacienda y del de las Indias. El conde de Adanero quiso hacer reformas en la Hacienda, acudió á varios arbitrios propios de la época, rebajó los sueldos y buscó dinero por todas partes, no para pagar las deudas del Estado, sino para contentar el génio de la reina Mariana de Neuburg y la avaricia implacable de ésta y de sus favoritos. Figuraban entre ellos su dama de honor madama Berlips, que habia venido con ella de Alemania, y á quien el pueblo, por la semejanza de la pronunciacion, llamaba *la Perdiz*; un tal Wiser, íntimo de ésta, aventurero muy corrido y que todos conocian por *el Cojo*, porque en efecto lo era; el padre Chuza, capuchino, confesor de la reina; el padre Carpani, carmelita calzado, que se mantenia en la córte y deseaba ponerse las botas en palacio, bajo el pretexto de ser enviado del elector de Treveris, y el músico Mattucci, que por sus cualidades personales hubiera podido sin inconveniente ser guarda de las habitaciones interiores del Serrallo si hubiera estado en Constantinopla. Estos y otros favoritos del mismo jaez disponian de los empleos, gracias y mercedes, que vendian al mejor postor; y aunque el padre Matilla conocia muy bien el desórden que causaban, léjos de atender á su remedio, lo fomentaba, teniéndolos por robustas áncoras que le afianzaban en el confesonario, porque estimaba ser confesor y manejar los negocios del reino mucho más que todas las mitras de España. En efecto, el presidente del Consejo de Castilla le dijo un dia que queria presentarle para una de las mitras más lucrativas, y el padre Matilla le respondió:—«Señor conde, yo prefiero poder hacer obispos á serlo.»

Para más afirmarse en su posicion, se unió estrechamente el padre Matilla con el almirante de Castilla, D. Juan Thomás, y le proporcionó toda clase de dignidades y toda la autoridad que siempre habia producido el primer ministerio de estos reinos. Exaltó tambien á la púrpura cardenalicia á D. Alonso de Aguilar, que se llamó cardenal de Córdoba, y procuraba tener contenta á la reina por medio de lo que más la podia halagar, que eran joyas y dinero. S. M. veia la imposibilidad de tener sucesion, el decaimiento y próxima muerte de su augusto é imbécil esposo, la pérdida, por consiguiente, de su posicion, y queria prevenirse para cuando tuviera que volverse á Alemania á consecuencia de tan grande é irreparable desgracia.

Así caminaba la monarquía á su ruina, porque al mismo tiempo que se aumentaban los tributos, se vendia todo y no se pagaba nada, faltaban los medios para hacer la guerra, y dejando las plazas que se fueran perdiendo, especialmente en Cataluña, gastábanse en lo supérfluo los millones que se sacaban de los esquilmados pueblos, y á este fuego, dicen las crónicas, se calentaba el confesor Matilla.

El piadoso corazon de Cárlos II lo conocia todo, pero no podia remediar nada á causa de su debilidad física y moral. Los sustos y la timidez con que le educaron, las supersticiones en que le imbuyeron, la pusilanimidad de su espíritu eran tales, que sin dejar de comprender lo mejor, se sujetaba siempre á lo peor por miedo de su esposa y de las penas del infierno, con que le amenazaban sus directores espirituales si no hacia lo que ellos querian.

Acongojado de este modo, tuvo una grande dolencia por los años de 1697 á 98 que puso en riesgo su vida. Consternóse la córte con motivo de la enfermedad del monarca, y acudieron á palacio todos los personajes, entre ellos el cardenal Portocarrero, arzobispo de Toledo, con el cual tuvo S. M. por conveniente desahogar sus recónditas aflicciones y los ingentes escrúpulos de su atribulada conciencia, gravada enteramente con el mal gobierno que daba al reino y con la dominacion tiránica que por medio de su mujer y de su confesor le habia impuesto.

Oyóle el cardenal enternecido; pero no supo contestarle gran cosa; porque, segun refieren sus contemporáneos, su eminencia el cardenal Portacarrero en todo el dilatado curso de su vida no habia abierto más libros que el Breviario para rezar, el misal cuando celebraba, y unas *Horas* en castellano en que tenia las oraciones para prepararse á decir misa. A esta falta de instruccion, añadia cierta torpeza de comprension y otra más cierta dificultad para expresarse; de manera que con estas dotes ya se comprenderá que no pudo proporcionar gran consuelo al triste corazon de su majestad. Por lo demás, en cambio, fué un digno arzobispo que buscó para las parroquias los curas más doctos y que más sobresalian en las Universidades, dándoles los curatos en propiedad, y era caritativo y humano para los pobres.

Al salir de la cámara del rey el cardenal Portocarrero, consultó sobre lo que habia pasado en la conferencia á D. Juan Antonio Urraca, fiel depositario de sus más íntimos arcanos. Urraca le aconsejó que no perdiera tan buena ocasion de adquirir influencia en el ánimo del rey, diciéndole que aquella *hazaña* perpetuaria su memoria y dejaria material á los anales para una gloriosa página; pronóstico que se está cumpliendo, aunque tarde en este momento, por medio de estos desaliñados renglones. Añadió que era preciso consultar, sin pérdida de tiempo, á todos los confidentes; y, en efecto, fueron llamados á casa de su eminencia aquella misma noche, á las once, hora desacostumbrada, el conde de Monterey, el marqués de Leganés, D. Sebastian de Cotes y D. Francisco Ronquillo. Introducidos éstos con gran secreto en el cuarto del cardenal, les dijo brevemente lo que con el rey habia pasado, y que les llamaba para que discurriesen sobre ello. Urraca hizo su proposicion, sosteniéndola con fuertes argumentos, aunque sin elocuencia, porque dicen que si bien poseía astucia política, estaba cubierta con una rústica corteza, de tal suerte, que aún su eminencia le tenia por un diamante en bruto. Además, despues de cenar, que solia hacerlo abundantemente, se le embotaban, por lo general, las facultades intelectuales.

Oyeron todos á los dos con suma atencion. Monterey que, despues de su eminencia, ocupaba el primer lugar en los asientos, se volvió á mirar al marqués de Leganés, que era general de los ejércitos de S. M. El marqués miró á su vez á Monterey, y le dijo:—«¡Bueno! ¿Queria V. E. que yo rompiese esta valla como si fuera algun escuadron? Sírvase V. E. decir lo que le parece, y despues seguiremos todos.»

Excusóse en lo posible el conde de Monterey; y por último, con voz pausada y usando de sus frecuentes estribillos de ¿eh? ¿qué? alabó mucho el santo y laborioso celo de su eminencia en sacrificarse por el bien comun, tomando un empeño tan peligroso como el de derribar las influencias palaciegas reinantes para sustituirlas por otras de su mano. Pero añadió que no le parecia bastante prenda la que S. M. habia soltado abriendo su corazon al cardenal, porque no pudiendo cualquiera novedad que se hiciera dejar de ser enojosa á la reina, tratándose de limitar su poder, que era el orígen de las calamidades públicas, corrian los circunstantes el riesgo inminente de que al menor halago que la reina hiciese al rey, se trocase el ánimo del monarca y revelára á su esposa lo que su eminencia le hubiera aconsejado. Sostuvo este parecer con los ejemplos de lo que habia sucedido á los condes de Oropesa y de Baños y á D. Manuel de Lira, que habiendo aconsejado á S. M. en el mismo sentido, habian sufrido castigos de destierro y pérdida de empleos. Su eminencia, por consiguiente, corria el riesgo de que le retirasen á Toledo, con mengua de su persona y dignidad. Aconsejó, pues, que el cardenal fuese previniendo el real ánimo y disponiéndole á oir y á ejecutar lo mejor; pero sin señalarle ninguna disposicion concreta que pudiese revelar sus designios.

El marqués de Leganés dijo que, sin dejar de estimar el dictámen del conde, le parecia el remedio muy tibio para enfermedad tan grave. La prenda que habia dado el rey no podia ser mayor, en su concepto, pues habia llegado S. M. á prorrumpir en lamentos, diciendo que conocia sus errores y atribuyendo á ellos el justo castigo de su contínua falta de salud y de la enfermedad en que se veia postrado. No debia acobardarles tampoco el hecho de ser el rey un poco descuidado en esto de guardar secretos, porque este defecto sólo se habia advertido en casos de poca sustancia, pero no en materias graves. Era necesario, por consiguiente, aprovechar el tiempo, no fuese que S. M., en vez de agravarse en su dolencia, se mejorase, y una vez mejorado se olvidára de sus buenos propósitos, dejando las cosas en el estado en que estaban. Era preciso que al dia siguiente el cardenal ponderase al rey los daños que se seguian de tener á su lado al almirante y consiguiese un decreto para que, con la mayor brevedad, saliese desterrado á Rioseco, (lo cual para un almirante ya se deja comprender si seria pena) con órden de no volver á la córte ni salir de aquel lugar hasta nueva disposicion.

El almirante, segun el marqués de Leganés, no podria ménos de obedecer, y en caso de inobediencia, se le podrian enviar dos alcaldes de córte que le llevasen al castillo de Pamplona. «Estos alcaldes, añadió el marqués entusiasmándose, podrán ir acompañados de gente de armas, pues yo tengo muchos en mi casa, y en la córte más de doscientos oficiales reformados que estarán á mi disposicion, todos hombres de garbo y valer, lo cual no sucede al almirante, porque su escolta se compone tan sólo de cuatro pícaros poetas y bufones. Una vez separado el almirante, se habrá quitado uno de los más poderosos puntales que sostienen esta máquina.»

Al oir al marqués de Leganés, Ronquillo, invirtiendo el órden, porque era Cotes el que le seguia en el asiento, prorrumpió en voces diciendo:—«Sí, señor; V. E. dice lo que se debe hacer, y aún no basta, porque es menester que luego que se saque al almirante, demos tras la reina y la llevemos á la Huelgas de Búrgos.»

Alteróse con esto Monterey, y le atajó diciendo: —«Debe tener en cuenta D. Francisco, que su eminencia nos ha llamado para discurrir sobre soluciones practicables, pero no sobre empresas descabelladas.»

Al pronunciar estas y otras razones, se levantó de la silla, dirigiéndose hácia Ronquillo, que tambien se levantó de la suya; y sin duda hubiera habido un lance muy pesado, si su eminencia, levantándose á su vez, y poniendo entre ambos la espesa valla de su corpulenta persona y de su grande autoridad, no les hubiera sosegado diciendo:

—Siéntense por mi vida, y oigamos al señor D. Sebastian;—con lo cual volvieron todos á mesurarse, como si tal no hubiera pasado.

Cotes, que habia estado escuchando á todos con gran seriedad sin moverse ni alterarse por nada, haciendo con la cabeza una reverencia al cardenal y á los demás, dijo:

—Búsquese un hombre bueno, de sanas intenciones, que esté lo más desimaginado posible de esta fortuna, para que la reconozca á Vuestra Eminencia y pueda imbuirle las más cristianas máximas para que se las vaya dando á beber al rey como preceptos saludables para el mejor cobro de su alma. Con esto será mucho lo que se remedie, y queda el mineral en pié para que de él se puedan sacar muchos bienes en lugar de los males que lamentamos. En caso de adoptarse esta idea, para que no se malogre, es preciso que rigorosamente se observen tres circunstancias. La primera es que, conviniendo el rey en la mudanza de confesor, ántes ha de estar el elegido en el cuarto de S. M. y tomar posesion de su encargo que el saberse que se piensa en semejante novedad; pues lo que ya está hecho, con dificultad se deshace, y lo solamente ideado, con facilidad se desvanece. La segunda es que sólo Vuestra Eminencia y los que aquí hemos concurrido y el elegido sepan que ha sido Vuestra Eminencia artífice de esta fábrica, porque en llegando á saberse, está malogrado el designio. La tercera, aunque la tengo apuntada, la repito, porque es importantísima, y es que no se yerre en la eleccion.

Habianle estado escuchando todos, no sólo con atencion, sino con gusto y luego que acabó, fué aprobado con grande aplauso su dictámen, pasando enseguida á tratar del sujeto de que echarian mano. Monterey dijo que no conocia persona en quien concurriesen suficientes prendas para el cargo, y que lo dejaba al cuidadoso celo de su eminencia. Leganés exclamó: yo no entiendo de frailes, sino solamente de militares; su eminencia le buscará. Cotes dijo, que en efecto, la eleccion era propia de su eminencia; y Ronquillo, que deseaba cucharetear en todo, propuso al reverendo padre Fray Francisco Posadas, varon que pasaba por santo y que residia en Córdoba. Aunque esta propuesta pareció bien, evitó la eleccion del padre Posadas la consideracion del riesgo que habia de ocasionar la distancia desde Córdoba á Madrid y el tenerse por cierto que la virtud de aquel santo varon no le permitiria venir á la córte, y mucho ménos al confesonario, donde era necesario un hombre que pudiera hacer santos, pero no que lo fuese. Quedó, pues, convenido que su eminencia el cardenal Portocarrero eligiese el sugeto.

Quedó el cardenal gozoso de la conferencia, soñándose ya por este camino árbitro del gobierno; pero al mismo tiempo le acongojaba no encontrar con facilidad persona que le pudiera servir de instrumento en su deseada dominacion. Paseóse Urraca por todos los posibles y capaces que se hallaban en esta córte; pero en cada uno encontraba dificultades, y en los de afuera no podia fijarse la eleccion por falta de experiencia de sus cualidades y caracteres.

Así, para dar tiempo, propuso al cardenal que al dia siguiente persuadiese al rey la mudanza discurrida, y le dijese que quedaba de su cuenta buscarle persona á propósito para descargar su conciencia; que si el rey le estrechase preguntando quién era, respondiese que necesitaba oir unos informes que aquel mismo dia le habian de dar, y que descuidase S. M. y fiase en su celo y adhesion. Hízolo así el cardenal, y Urraca, sin perder tiempo, buscó al dia siguiente á Cotes, y le consultó esta dificultad. D. Sebastian, influido ya de antemano por don Francisco Ronquillo, le propuso al catedrático de Alcalá fray Froilan Diaz, pintándole como varon docto, sincero, virtuoso y caritativo. Conformóse el cardenal con la propuesta, y aquella misma tarde pasó á palacio á perfeccionar lo tratado con S. M., refiriéndole el nombre del propuesto con una descripcion de sus prendas, segun Urraca se la habia sujerido.

El rey le dió el decreto, y al siguiente dia, el cardenal, con el mayor sigilo, envió á Alcalá por el padre Froilan, con órden de que en derechura fuese á palacio á apearse, y se introdujera en la real cámara á cualquiera hora que llegase. Encomendóse por el rey, con órden verbal, el viaje á Alcalá al conde de Benavente, para desfigurar más que en este negocio hubiera tenido parte el cardenal, el cual, al mismo tiempo, envió un expreso al padre Froilan anunciándole su eleccion, que dentro de pocas horas irian por él de órden de su majestad, que supiese que era para aquel efecto, aunque no se lo explicaria el mensajero por ignorarlo, y que su eminencia era el instrumento de esta eleccion, la cual habia ejecutado por conocer sus prendas y virtud, para que le ayudase en el mayor consuelo del rey.

Llegó al dia siguiente en su coche el conde de Benavente á Alcalá en busca del padre maestro fray Froilan Diaz; pero ni este mensajero, ni el expreso del cardenal ganaron las albricias de la novedad, porque el dia antes le habia despachado el aviso D. Antonio Ronquillo, por medio de otro propio, añadiéndole la circunstancia de que á él y á su hermano D. Francisco debia el haber sido propuesto á su eminencia con preferencia á todos los hombres de su órden.

Llegó el padre maestro Froilan Diaz por la tarde, á tiempo que el rey estaba desde su cama oyendo los violines, que en la pieza inmediata tocaban los músicos para divertirle despues de comer. Hallábase por casualidad en esta pieza el padre Matilla, y habiendo entrado el doctor Parra, médico de cámara del rey, se acercaron los dos á una ventana y se pusieron á hablar, porque habian estudiado juntos en Salamanca y eran muy amigos. En aquel momento atravesó la estancia el conde de Benavente, llevando á su lado al padre Froilan Diaz, y sin detenerse entraron los dos en la cámara del rey. Alteróse el padre Matilla al ver al catedrático de prima de su religion en Alcalá entrar en la real cámara conducido por el sumiller de corps; y como era hombre perspicaz y versado en las intrigas de la córte, al instante se consideró caido, y volviéndose al doctor Parra, le dijo: «Adios, amigo, que esto empieza por donde debia acabar.» Y echando á andar sin aguardar respuesta, salió de Palacio y se retiró á su convento del Rosario.

No es fácil referir la admiracion que causó la entrada de fray Froilan Diaz en el cuarto del rey. Desde aquel momento todo el mundo se consideró inseguro en su puesto, como sucede en nuestros tiempos cuando hay un cambio de ministerio; y los noticieros de la época comenzaron á repartir cargos y destierros á unos y á otros, asegurando que ya eran muchos los decretos que habia en la covachuela dispuestos para publicarse al dia siguiente. El rey se alegró mucho de la llegada de fray Froilan, que se quedó sólo con S. M media hora.

El almirante habia sabido por sus espías las personas que habian concurrido á deshora á casa del cardenal, y comprendió que cualquiera que fuese el asunto que hubieran tratado, no podia redundar en beneficio suyo. Dió parte de esta sospecha á la reina y á sus más estrechos confidentes; pero no pudieron averiguar nada en sustancia. El mismo dia en que fray Froilan Diaz llegó á palacio, pocas horas antes, á las once de la mañana, habia entrado la reina en el cuarto del rey para verle comer. S. M., á quien no era fácil conservar muchas horas un secreto, dijo á su esposa que tenia elegido confesor, que era fray Froilan Diaz; que le aguardaba de un momento á otro, y que á esta resolu-

cion le habia movido el ver que Matilla, en lugar de desahogarle la conciencia, se la enredaba cada vez más.

La reina, ocultando su enojo, aprobó la resolucion del rey, diciéndole que desearia que disfrutase con el nuevo confesor los mayores alivios, lo cual no dudaba que sucederia siendo suya la eleccion, y no sugerida por persona alguna. No contestando el rey, retiróse la reina á su cuarto, é inmediatamente mandó llamar al almirante, ordenándole que averiguase las mudanzas que pudieran tenerse dispuestas, porque no creia que se limitaran á la destitucion de Matilla. Pusiéronse espías á fray Froilan para ver á dónde iba á parar y qué personas le visitaban, y entre tanto el almirante llamó á su casa otra junta, como la que habia tenido el cardenal, compuesta del capuchino fray Gabriel de Chuza, confesor de la reina; el conde de Adanero; el conde de Clavijo, el marqués de Celada, D. Isidoro Camargo, el padre Casnedi, jesuita, fray Antonio Folch de Cardona, comisario general de San Francisco y otros. En aquella junta fueron muy diversos los pareceres y medios que se propusieron, pero la mayoría opinó que se tratase de reintegrar á Matilla en su puesto. Todos estaban turbados, ménos el padre Folch de Cardona, que pronunció un discurso notable, que nos han legado los anales de la época.

—En las borrascas formidables, dijo, lo mismo es marchar contra el huracan proceloso que ayudar á la propia ruina; y en semejantes lances el buen piloto no puede hacer sino amainar las velas y encomendarse á la fortuna, dejándose llevar del viento á donde el destino lo permita. Lo mismo me parece que debe efectuarse en el caso presente, en que la tempestad que se ha levantado contra la reina, contra V. E. y todos sus dependientes, no puede ser más deshecha. Esta tempestad es mayor que si nuestros enemigos hubiesen discurrido y logrado sacar á V. E. de la córte ó confinarle en un castillo, porque á este mal todavía le quedaba quinta esencia que aplicar para su curacion. Tenia la reina, con el padre Matilla, á su disposicion la llave maestra de la conciencia del rey, la cual hasta ahora ha servido para conseguir cuanto se ha creido útil y evitar lo que se ha creido perjudicial; de manera que hubiera sido fácil á S. M. por este medio desvanecer el enojo del rey ó imponerle tal escrúpulo, que restituyese á V. E. á la córte, aniquilando al mismo tiempo á los que el atentado de desterrarle hubieran cometido. Pero asestado el golpe á destronar al padre Matilla, ¿á dónde acudiremos? Ciertamente que encuentro todas las puertas cerradas y todos los pasos cogidos. La reina tiene á su devocion á V. E., á los que aquí estamos y á otros pocos, sin olvidarme del secretario del despacho Ordovaz, que no omitirá diligencia para revelarnos cualquiera resolucion que pueda ser perjudicial á S. M. en sus hechuras. Pero todo esto, sin el poderoso auxilio del padre Matilla, lo contemplo ineficaz, porque los grandes están disgustados del gobierno, no por otro motivo sino por no ser cada uno de ellos el que arrebate al rey encomiendas, vireinatos y todo lo demás. Los empleados están quejosos porque sin hacerse cargo de las públicas urgencias, atribuyen á mala disposicion el atraso y minoracion de sus gajes. La comunidad de secretarios de cámara, que es bien dilatada, está desabrida por la exaltacion de Ordovaz, nuestro fiel confidente y por algunas irregularidades que se han padecido en no guardarse la antigüedad, lo que atribuyen á la reina y á V. E.

Los conventos de religiosos (y créame V. E. que los frailes somos muy malos), se quejan de la suspension del pago en sus valimientos y juros. Los militares gritan por sus sueldos, y en Madrid no se ve otra cosa más que oficiales reformados (1) rodar por esas calles y secretarías. Estas voces, quejas y clamores de todas las clases referidas, se esparcen entre el pueblo, mónstruo tan feroz como indómito é insensato, pues sólo juzga por la material corteza de lo que oye y vé; y á esto se agrega su humor general novelero, que le hace aborrecer siempre al que manda hoy, y apetecer otro Gobierno mañana, por lo cual aborrece á la reina y á V. E. Ahora bien, siendo todos nuestros enemigos mortales, ¿qué nos aprovechará la fidelidad en la covachuela, y más cuando este caso nos advierte que quizá no se sabrá en ella la resolucion hasta que esté ejecutada?

Creo, pues, que no hay otro arbitrio más que esperar con buen ánimo las resoluciones que se tomen y obedecer las órdenes que nos dieren con plácida resignacion, vendiendo como generosa oblacion de vasallaje lo que en realidad será precision ineludible y fiando mucho de la inconstancia del rey, que mañana echará de ménos á los mismos que hoy aparte de su lado. En esto nos ayudará no poco, si quedare, como no lo dudo, en el Gobierno, el cardenal Portocarrero, de quien todos sabemos que es hombre záfio, y como tal, incapaz de gobernar; pues si hasta ahora ha tenido buenos consejeros, mañana que se vea en la cumbre del valimiento, como no los habrá menester, no cuidará de agradarlos, y mandando solo él y Urraca, harán tales desatinos, que muy presto se verán más odiados que nosotros. En cuanto á lo que se trató en el congreso de casa del cardenal, debo decir que de aquí en adelante tengo el medio, que ayer no tenia, de saber lo que se discurra, porque ayer mismo al medio dia me buscó Cotes y no me encontró, y quedó en buscarme mañana. Entre todos los que concurrieron, él es el único capaz de hacer una revelacion si se le sabe reducir, y de eso yo me encargo y daré á V. E. parte de lo que se le pueda sacar. Entre tanto, V. E. debe ir á Palacio para brujulear los efectos que haya producido la venida del padre Froilan Diaz.

Pareció bien el consejo al almirante, y se disolvió el congreso. Al mismo tiempo Matilla envió á llamar á su convento al conde de Adanero, á quien no hallaron en su casa porque estaba en la del almirante. Al dia siguiente, el padre Matilla recibió una carta del secretario del despacho, en que le avisaba de órden del rey que tenia ya S. M. elegido confesor, y se abstuviera de entrar en Palacio. En vista de esta órden, conferenció con los primeros padres del convento (extrañando siempre que no acudiese Adanero), sobre si iria ó no al Consejo de la Inquisicion, de que era miembro, y resolvieron que pues la órden no comprendia esta parte, no debia voluntariamente privarse de aquel honor. Así lo hizo, y entrando muy grave en el Consejo, refirió á sus colegas la novedad, que muchos ignoraban, de su exoneracion. Dijéronle que tales estaban los tiempos, que más se le podria dar la enhorabuena que el pésame; y despues de oir en Santo Domingo el sermon con el Consejo, por ser miércoles de Cuaresma, volvió á su celda, donde halló otro papel del secretario del despacho anunciándole que S. M. le habia jubilado en el Consejo de la Inquisicion, dejándole los honores y 2.000 ducados de sueldo para que los gozara en el convento que eligiese. Aquella tarde se quedó en casa, y acudieron los consejeros de la Inquisicion, y Adanero al fin, á consolarle. Todos le encontraron, al parecer, muy conforme y alegre, deshaciéndose en expresiones de gratitud á S. M. por la merced que le habia hecho, y anunciando que al dia siguiente saldria para su convento de Salamanca, donde pensaba terminar sus dias ocupado en rogar á Dios por la salud del rey y su mayor acierto. La procesion andaba, sin embargo, por dentro, como suele decirse; porque despedidos todos, se quedó el conde de Adanero y se fueron juntos á pasear; y en este paseo, el conde de Adanero le refirió en el coche lo que habia pasado, con todos sus pormenores; las confidencias del rey con la reina; lo que ésta habia dicho al almirante, y la junta que se habia celebrado en su casa.

Aquí perdió el padre Matilla los estribos y prorrumpió en expresiones contra la reina y el almirante, diciendo que le habian sacrificado y censurando tambien al propio Adanero por no haberle avisado al momento de lo que pasaba, porque estaba persuadido de que si lo hubiera sabido antes que el padre Froilan Diaz entrase en Madrid, lo hubiera compuesto de forma que se hubiese evitado el golpe. No explicó de qué medios pensaba valerse; pero se deja entender que serian armas espirituales, tan poderosas con Cárlos II. Es lo cierto que de mucho antes se habia oido decir al padre Matilla que como él supiera con media hora tan sólo de anticipacion su caida, estaba seguro de remediarla. Las noticias que le dió Adanero llegaron á alterarle de tal modo, que volvió á su convento desfigurado, é inmediatamente conocieron todos los religiosos que habia una gran novedad en su semblante. Acostóse luego; se le declaró una gran calentura; pasó la noche sumamente inquieto, y á la mañana, los religiosos llamaron al doctor Parra, quien se admiró de encontrarle tan diferente de como le habia dejado el dia antes. Procuró alentarle, pero Matilla respondió: señor doctor Parra, querido amigo mio, todo eso es muy bueno, pero ya es inútil, porque desde ayer tarde se me ha muerto el corazon.—Eso es lo que yo no puedo remediar, padre maestro, dijo Parra: pero pues que vuestra paternidad sabe que está vivo el corazon, procure dilatarle y ofrecerlo todo á Dios. Por último, se le fué agravando la fiebre y murió al séptimo dia de enfermedad. Véase ahora el epitafio que hizo á su muerte un curioso de esta capital

«Considera, pasajero,
En esta lápida fria,
Quién fué de esta Monarquía
El eje y móvil primero.
Este dió sér á Adanero;
Este es fray Pedro Matilla,
Que, depuesto de la silla
En que no quiso obispar,
De dolor vino á parar
En morir mero capilla.»

El padre Froilan, al salir de palacio acompañado y protegido de todos los áulicos, se fué á hospedar al convento de Santo Domingo el Real, aposentándose en la celda del vicario; y en un pátio ó corralon grande que habia en aquel convento, le estaba esperando don Francisco Ronquillo embozado en la capa, el cual se dió á conocer, y le cumplimentó en su nombre y en el de su hermano. Visitáronle todos los grandes, entre ellos el Almirante, que explicó á sus confidentes que, habiéndole sondeado bien, habia reconocido que tenia más de santo que de político, y que si no le influyesen no era capaz de hacer mal á nadie. El comisario general de San Francisco refirió cuanto habia pasado en la junta del cardenal, relacion que habia podido obtener por Cotes, y con esto quedaron la reina y sus confidentes sosegados y dispuestos á aprovecharse de todas las circunstancias para perder al padre Froilan.

Así cayó el confesor Matilla, mártir de su ambicion y poderosa llave de la conciencia del impotente rey Carlos II.

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

(1) Como si dijéramos de reemplazo.

HERMANDAD ENTRE LAS LETRAS BRASILEÑAS Y CASTELLANAS.

Notable semejanza con la literatura española, que á veces raya en identidad, se advierte en toda la poesía clásica portuguesa y brasileña. Esta última, acaso porque la distancia la ha preservado algun tanto del roce con otras literaturas europeas que no tienen con su espíritu y forma grandes afinidades, ha conservado, áun en los últimos tiempos, mucho de su antiguo carácter.

La falta de espacio nos impide recorrer, siquiera sea rápida y superficialmente, las obras más sobresalientes del ya rico y brillante parnaso brasileño. Conviene ofrecer, sin embargo, muestras de los dos notables poetas épicos del siglo XVIII *José de Santa Rita Durao* y *José Basilio da Gama*. Sus poemas el *Caramurú* y el *Uruguay* vivirán siempre admirados por la posteridad, no sólo á causa de su mérito poético, que es grande en verdad, sino tambien, y muy principalmente, porque, llevados de su feliz instinto y de su amor pátrio, rompieron ambos poetas, en no escasa parte, las cadenas de la imitacion clásica que avasallaba entónces por do quiera al mundo literario. En el *Uruguay*, sobre todo, resplandece en alto grado el sentimiento local, y las costumbres y la portentosa naturaleza de aquel espléndido hemisferio están descritas con pincel fácil, lozano y vigoroso. El asunto de este curioso poema es la lucha de las tropas españolas y portuguesas con los indios del Paraguay en 1756. A este poema puede aplicarse aquello que Quintana decia de la *Araucana*: «Si hay algo bien pintado, no son los españoles, son los indios»; pero cabalmente por eso mismo es mayor y más vivo el interés de los lectores europeos. El fin trágico de Lindoya, que, desesperada por la pérdida de su amante el caudillo indio *Cacambo*, se deja morder por una serpiente, despues de lo cual la encuentra muerta su hermano *Caitutú*, y el episodio en que aquel caudillo incendia los cañaverales del rio para hacer perecer á sus enemigos, son bellísimos cuadros que, aunque episódicos, están ligados á la accion principal, «al modo de los antiguos romanceros españoles» (1), y no lastiman la unidad de interés. Hé aquí algunos versos del cuadro delicado y conmovedor de la muerte de Lindoya, que por la lengua y la armonía parecen castellanos:

Entram emfim na mais remota é interna
Parte do antiguo bosque, escuro e negro,
Onde ao pé de una lapa cavernosa
Cobre uma rouca fonte, que murmura,
Curva latada de jasmins e rosas.
Este logar delicioso é triste.
Cansada de viver, tinha escolhido
Para morrer a misera Lindoya.
Lá reclinada, como que dormia,
Na branda relva e nas mimosas flores,
Tinha a face na mão, e a mão no tronco
De um fúnebre cypreste, que espalhava
Melancólica sombra. Mais de perto,
Descubrem que se enrola no seu corpo
Verde serpente, e lhe passeia, e cinge
Pescoço, e braços, e lhe lambe o seio.
Fugem de a vêr assim, sobresaltados,
E param cheios de temor ao longe;
E nem se atrevem a chama-la, e temem
Que desperte assustada, e irríte o monstruo,
E fuja, e appresse, no fugir, a morte.
. . . . . .
. . . . . .
Leva nos braços a infeliz Lindoya
O desgraçado irmão, que, ao desperta-la,
Conhece ¡com quê dôr! no frio rosto
Os signaes do veneno, e vê ferido
Pelo dente subtil o brando peito.
Os olhos em que amor reinava um dia,
Cheios de morte; e muda aquella lingoa
Que ao surdo vento, e aos écos tantas vezes
Contou a larga historia de seus males.
Nos olhos Caitutú não soffre o pranto,
E rompe em profundissimos suspiros,
Lendo, na testa da fronteira gruta,
Da sua mao, já tremula, gravado
O alheio nome, e a voluntaria morte.
. . . . . .
Inda conserva o pallido semblante
Um não sei quê de magoado e triste
Que os coraçoes mais duros enternece.
¡Tanto era bella no seu rosto a morte!

Éste, como se vé, es un cuadro concebido, trazado y escrito de mano maestra, y tiene además el hechizo de ser una poesía de legítima inspiracion americana.

Pero faltamos á nuestro propósito, involuntariamente arrastrados por el embeleso poético de los cantos brasileños. Nos resignamos, por necesidad, á no citar verso alguno, ni de *Claudio Manuel da Costa, Manuel Ignacio da Silva Alvarenga, Thomaz Antonio Gonzaga* y otros poetas líricos de la célebre escuela de Minas Geráes, ni de *Mendes Bordalho*, de *Mello Franco*, autor de un poema satírico *O reino da estupidez*, inspirado por la *Dunciad* de Pope (2), y de otros que, aunque nacidos en el Brasil, pertenecen literariamente á Portugal, porque allí se educaron y allí florecieron; ni del zapatero de Rio Janeiro *Joaquin José da Silva*, que se distinguió por sus letrillas satíricas, imitando el género burlesco y epigramático de los españoles; ni del mulato *Domingos Caldas Barboza*, ingenioso coplero, desesperado siempre por haber nacido de una escla-

(1) Fernando Wolf.

(2) En el tomo LXVII de la *Biblioteca de Autores Españoles*, dimos por primera vez á la estampa este poema satírico del ilustre clásico inglés, libremente traducido al castellano por el Sr. D. Alberto Lista con el título *El imperio de la estupidez*.

va de Angola; ni de los poetas de principios de este siglo, como *Souza Caldas, Ottoni* y *Francisco de San Cárlos*, en los cuales prepondera el sentimiento cristiano; ni de otros ingenios de aquella época, como los *Vizcondes de Caravellas* y *da Pedrabranca*, el *Marqués de Paranaguá* y el famoso profesor y ministro *José Bonifacio de Andrada*, que fué á un tiempo sábio, estadista y poeta; ni de los poetas inspirados por el entusiasmo de la libertad política moderna ó de la autonomía americana, como *Mattos Pimentel*, el canónigo *Cunha Barboza*, el padre *Silverio da Paraopéba, Ferreira dos Santos Reis* y su hermano *Ladislao dos Santos Titára*, uno de los más célebres, por su poema el *Paraguassú* y por su *Ode aos poetas brasileiros*, en la cual, al modo de Lope de Vega en su *Laurel de Apolo*, hace un panegírico de los poetas de su patria. Entre los inspirados por la pasion política, no debemos omitir el nombre de otro poeta, hijo, como *Caldas Barboza*, de una negra, *José da Natividade Saldanha*, imitador del célebre portugués *Antonio Diniz*. Semejante al poeta cubano *Plácido*, fué *Saldanha* apóstol y víctima de sus extraviadas ideas políticas.

Aquí hacemos punto en la conmemoracion de algunos célebres poetas del Brasil, que florecieron ántes de la generacion presente. En los últimos treinta años, esto es, en el reinado de S. M. el emperador Don Pedro II, maduro ya el espíritu emancipador de la escuela romántica, y combinado con un profundo sentimiento de nacionalidad, la poesía brasileña ha tomado gran vuelo y vida propia. Los poetas son innumerables, y la fama de los más insignes empieza á cundir en Europa.

No podemos omitir el honroso recuerdo que merecen algunos de estos principales escritores de la era presente, los más de ellos reformadores, y todos profundamente brasileños: *Domingos José Gonçalves de Magalhães*, diplomático distinguido, pero, ante todo, poeta profundo y meditador, siempre elevado, algunas veces sublime, especialmente en los ocho cantos elegiacos, que tituló *Mysterios*, y cuyos asuntos *Muerte, Lamentaciones, Recuerdos dolorosos, Letargo, Vision, Conciencia, Duda, Fe*, pueden dar idea de que *Magalhães*, cantor austero y cristiano, no es el poeta de la gente frívola y alegre, sino el poeta de los hombres pensadores.

Manuel de Araujo Porto-Alegre, pintor, arquitecto y poeta, al cual la Academia Española ha admitido, no há mucho, con verdadera satisfaccion como correspondiente extranjero, siguiendo la aficion á las epopeyas artificiales, que tanto ha decaido en Europa, pero que en el Brasil continúa viva porque allí las anima poderosamente el sentimiento americano, escribió el poema *Colombo*, como su amigo Magalhães habia escrito *A Confederação dos Tamoyos*, obras ambas en que abundan altos sentimientos, nobles imágenes y esplendorosas descripciones. *Porto-Alegre* era ya ventajosamente conocido en su pátria y fuera de ella por sus comedias *O espião de Bonaparte* y *O sapateiro politicão*, por su poema *A voz da natureza sobre as ruinas de Cumas* y por las *Brazilianas*, série de notables poemas, cuyo esencial asunto es la pintura de las costumbres y de los grandes cuadros que ofrece la naturaleza del Brasil. Distínguese entre las *Brazilianas* la titulada *A destruição das florestas*, en cuyo segundo canto el incendio (*a queimada*) y la muerte de los animales, especialmente de las serpientes, están pintados con vivísimos colores.

Los *Suspiros poéticos é saudades* de Magalhães, publicados en París el año 1836, fueron uno de los despertadores del talento poético de *Porto-Alegre*. Las *Brazilianas* de éste ejercieron á su vez eficaz influencia en el ánimo de *Antonio Gonçalves Dias*, uno de los poetas más espontáneos y delicados y más populares que honran en la era presente la literatura americana. Es el poeta de la juventud y de los amores, movido casi siempre por un instinto lírico, ideal y subjetivo. Algunas de sus composiciones, como, por ejemplo, aquella que se titula *Se se morre de amor*, y tambien *A mae d'agua*, especie de ondina brasileña, han sido puestas por los alemanes al nivel de las inspiraciones líricas de Schiller. En su poema de las contiendas de los Timbiras y los Gamellas, titulado simplemente *Poema americano*, el espíritu local es el elemento inspirador. *Gonçalves Dias* lleva tan léjos este sentimiento, que hasta deplora que la América se haya puesto en contacto con la Europa, cuya civilizacion juzga con sañudo rigor. Y sin embargo, la poesía de *Gonçalves Dias* tiene mucho de alemana y mucho de española.

Un novelista y autor dramático importante, *Joaquin Manoel de Macedo*, que se unió á Porto-Alegre y á *Gonçalves Dias* para la publicacion de la célebre revista *Guanabara*, llamó sobre sí gloriosamente la atencion pública, como poeta lírico, por su fantástico y singular poema en seis cantos *A Nebulosa*. Es una curiosísima tradicion popular, relativa á una hechicera, *insana mulher, sabida en mágicas tremendas;* obra romántica, de fecunda y ardiente fantasía descriptiva, cuyo éxito fué igual á su mérito incontestable.

Manuel Odorico Mendes, insigne latinista y amigo de Almeida Garrett, *Joaquin Norberto de Souza Silva*, el fabulista *Joaquim José Teixeira, Manoel Antonio Alvares de Azevedo, Antonio Gonçalves Teixeira é Souza* y *Luis José Junqueira Freire* han escrito poesías bellí imas y adquirido lisonjera celebridad.

De las obras que conocemos de estos cinco poetas, nos han cautivado especialmente las de *Alvares de Azevedo*, ingenio de grandes esperanzas, que murió sin haber cumplido veintiun años. Están llenas de sensibilidad, de armonía y de audaz desembarazo. Gozan de gran favor entre los brasileños las composiciones tituladas *Lembranza de morrer, Crepúsculo do mar* y *A minha mãe*. Para que se forme idea de su vehemente y lozano estilo, citaremos algunos versos de *A cantiga do sertanejo*, advirtiendo que este *sertanejo* ó habitante de los bosques del interior, habla un lenguaje extremadamente pintoresco y poético, semejante al del *Pirata* de Espronceda, ó al de los árabes imaginarios de las Orientales de Zorrilla:

Donzella, se tú quizeras
Ser a flôr das primaveras
Que tenho no coração!
E se ouvíras o desejo
Do amoroso sertanejo
Que descôra de paixão!
Si tu viesses comigo,
Das serras ao desabrigo,
Aprender o que é amar;
—Ouvil-o no frio vento,
Das aves no sentimento,
Nas aguas e no luar!
—Ouvil-o nessa viola,
Onde a modinha hespanhola
Sabe carpir é gemer!
Que pelas horas perdidas
Tem cantigas doloridas,
Muito amor! muito doer!....
Pobre amor! o sertanejo
Tem apenas seu desejo
E as noites bellas do val!
Só...o ponche adamascado,
O trabuco prateado
E o ferro de seu punhal!
E tem...as lendas antigas
E as desmaiadas cantigas
Que fazem de amor gemer!
E nas noites indolentes
Bebe cânticos ardentes
Qu fazem estremecer.
etc.

Las imitaciones de lord Byron, en las cuales *Azevedo* quiere, con la ciega inadvertencia de los veinte años, eclipsar al modelo en escepticismo y en desprecio de las leyes morales de la vida y de los misterios de la muerte, han ejercido cierta influencia perniciosa en algunos poetas de la flamante escuela.

No queremos recordar sus nombres (1). Nos limitaremos á decir que, además de los poetas mencionados, gozan hoy de gran nombradía en el imperio del Brasil *Machado de Assíz*, autor de un libro muy admirado, *As phalenas; Crespo*, de quien esperan mucho los literatos brasileños, y algunos otros, cuyas obras no nos son conocidas.

Parecerá, acaso con razon, que nos hemos detenido, más de lo que cuadra al asunto, en la conmemoracion de los ingenios líricos del Brasil; pero debemos confesar, como explicacion y disculpa, que buscando en ellos la confirmacion de la fraternidad constante entre las letras y las lenguas lusitana y castellana, nos engolfamos con deleite en su lectura, pareciéndonos que teníamos ante la vista obras de literatura española. Por si hay quien lo dude, recordaremos algo de *Gregorio Mattos*, el primer poeta literario que hubo en el Brasil (segunda mitad del siglo XVII), y de algun otro de su tiempo, y como complemento de la prueba, algo tambien de cualquiera de los poetas del momento presente.

Mattos, jurisconsulto distinguido y rimador ingenioso y fecundo, era hombre desmandado y es trafalario, si los hubo. Su inagotable, fácil é implacable vena satírica fué el tormento de muchos y su propia ruina y desventura. Ni el clero, ni la magistratura, ni los gobernadores mismos de Bahía, patria del poeta, se libraron de sus diatrivas poéticas, más populares mientras más desnudas y violentas. Su situacion llegó á ser tan peligrosa y apurada, que tuvo que dejar la ciudad y retirarse á vivir con su esposa, á quien amaba, á una solitaria casa de campo. Allí no tenia Mattos objetos inmediatos que satirizar; pero su funesta manía era fatal é irremediable. Hasta su honrada mujer llegó á ser contínuo blanco de sus tiros epigramáticos, y fueron tales con este motivo las desavenencias conyugales, que la esposa, ofendida y exasperada, huyó de su hogar para buscar refugio y consuelo en el seno de su familia.

Pues bien; la poesía satírica portuguesa de *Mattos* es completamente española. Quevedo fué su principal modelo. Hay entre sus versos obras calcadas sobre las del gran escritor madrileño. Tambien imitaba á Lope de Vega, y asimismo á Góngora, como se ve en aquella letrilla contra los hipócritas, en que toma de una de las más conocidas del poeta cordobés el metro, el estilo, algunas ideas y el estribillo *¡Dios me guarde!* Estaba *Mattos* tan impregnado del gusto de la literatura española y tan acostumbrado al manejo del idioma portugués á la castellana, que era de los pocos que todavía escribian romances asonantados. De ellos es muestra aquel que compuso, siendo mozo, al salir de la Universidad de Coimbra, y empieza así:

Adeus, Coimbra inimiga,
Dos mais honrados madrasta,
Que eu me vou para otra terra
Onde viva mais á larga.....

Tambien en la segunda mitad del siglo XVII florecia en ciudad de Bahía un poeta, *Manoel Botelho de Oliveira*, no ya imitador, sino cultivador acérrimo de las letras de Castilla. Escribió muchos versos castellanos, especialmente romances, imitando á Góngora, si bien con mal discernimiento y con escaso instinto. Como su amigo *Gregoiro Mattos*, cursó leyes en la Universidad de Coimbra, y allí aprendió la lengua italiana, y segun dice el bibliógrafo-crítico portugués José María da Costa e Silva,

"*estudou con mais affinco a castelhana, que era então a lingua da moda para a sociedade aristocrática e para a sociedade poética, porque era ó idioma de Góngora, que era nessa época o oráculo da poesía, tanto em Portugal como em Castella.*"

Con el fin de introducir en el Brasil el teatro español, escribió dos comedias castellanas (1), en las cuales el talento lírico supera visiblemente al talento dramático.

Más adelante, esto es, á fines del siglo XVII, otro poeta, tambien natural de Bahía, el historiador *Sebastião da Rocha Pitta*, escribió versos líricos castellanos, y un libro de caballeria, tambien en castellano, por el estilo del *Palmerin de Inglaterra* (2).

Más adelante todavía, en la primera mitad del siglo XVII, cuando el Portugal empezaba á perder la arraigada aficion á las letras de Castilla, y estas letras habian caido en la más lamentable decadencia, todavía hubo un brasileño que se inspiró en la gran literatura dramática española del siglo XVII. Este brasileño es aquel famoso escritor dramático *Antonio José da Silva*, que, denunciado á la Inquisicion como judaizante, por una criada negra, fué quemado en Lisboa el 19 de Octubre de 1739, á la edad de treinta y cuatro años. Su muerte ha dado asunto á la primera tragedia brasileña *O Poeta e a Inquisição*, compuesta por el caballero *Gonçalves de Magalhães*, y á un cántico épico de *Sousa Silva*, titulado *A corôa de fogo*.

Sus producciones cómicas, que en lengua portuguesa no tienen igual desde Gil Vicente á nuestros dias, son conocidas con el nombre popular *Operas do Judeu*. Aunque conocia los preceptos y los modelos de la escuela seudo-clásica francesa, que empezaba á subyugar las letras en todas las naciones, *Antonio José da Silva* no sigue más norma que la tradicion peninsular de la antigua comedia española. Es la única que cuadraba á la índole libre, popular, movediza, de su ingénio dramático. Adopta el *gracioso*, desprecia las tres unidades consagradas, y mezcla sin miramientos convencionales, lo patético y lo festivo. La sola unidad á que atiende, ó por mejor decir, la sola unidad que, sin darse cuenta de ello, le inspira su gran instinto, es la del interés dramático, la de la intencion cómica. Su *Vida de Don Quijote*, su *Esopaida ó Vida de Esopo*, su *Amphitryão* y sus *Guerras do Alecrim e Mangerona* (guerras del romero y la mejorana), son obras en que rebosan la *vis cómica*, el desembarazo del estilo y el espíritu de observacion.

Pero, ¿qué mucho que un hijo de Rio-Janeiro, educado en Portugal, conservase el gusto de la dramática peninsular española, si este mismo gusto era por entónces el que hasta en el Brasil dominaba? Queda memoria de que en 1717 fueron representadas en Bahía, en castellano por supuesto, las comedias de Calderon *El conde Lucanor* y *Afectos de ódio y amor*, y en 1729 las comedias del mismo *Fineza contra fineza, La fiera, El rayo y la piedra* y *El mónstruo de los jardines*, y tambien las comedias de Moreto *La fuerza del natural* y *El desden con el desden* (3).

Terminemos esta conmemoracion de los poetas brasileños de diferentes tiempos, copiando, como última comprobacion de la semejanza de ambos idiomas hasta en la época actual, algunas estrofas de una composicion muy celebrada de *Luis José Junqueira Freire*. Este es, como *Alvarez de Azevedo*, uno de esos admirables y tristes séres, cuya imaginacion anticipada y febril los consume y devora. A los veinte años, no cumplidos, profesó en la Orden de San Benito. A los veintidos, arrepentido y desesperado, pidió y obtuvo su secularizacion, y murió poco despues, de una hipertrofia en el corazon, en Junio de 1855.

El asunto de la composicion es la profesion de otro jóven. *Junqueira Freire* explaya, con el arrebatado sentimiento y con la frase exaltada de un jóven que no sabe domar sus pasiones, la amargura y los remordimientos que le habian martirizado, y que todavía laceraban su corazon. Su sinceridad es grande, y esa misma imprudencia con que quita el velo á su alma, es indicio al ménos de su nobleza y su energía. Hé aquí las primeras estrofas:

Eu tambem antevi dourados dias
N'esse dia fatal;
Eu tambem, como tú, sonhei contente
Uma ventura igual.

Eu tambem idei a linda imágem
Da placidez da vida;
Eu tambem desejei o claustro estéril
Como feliz guarida.

Eu tambem me postrei ao pê das aras
Con júbilo indizivel,
Eu tambem declarei com forte accento
O juramento horrivel.

---

(1) Véanse las producciones de los estudiantes de la Escuela de derecho de San Pablo. *Ensaios litterarios, jornal académico*, 1850; *Esboços litterarios, jornal redigido por académicos*, 1859; *Rosas e goivos* (alelíes), 1849; *Minhas canções*, 1849.

(1) *Hay amigo para amigo.—Amor, engaños y celos.* Lisboa, 1705.

(2) Barboza Machado. *Rev. do Inst.* III.

(3) Varnhagen, *Florilegio*.

Eu tambem affirmei que era bem fácil
Esse voto inmortal;
Eu tambem prometti cumprir as juras
D'esse dia fatal.

Mas eu nao tive os dias de ventura
Dos sonhos que sonhei;
Mas eu nao tive o plácido socego
Que tanto procurei.

Tive mais tarde a rëacção rebelde
Do sentimento interno;
Tive o tormento dos crueis remorsos,
Que me parece eterno.

Tive as paixões que a solidão formaba
Crescendo-me no peito;
Tive em lugar das rosas que esperava,
Espinhos no meu leito.

No juzgamos necesario citar más versos de esta singular composicion, para hacer patente que la lengua del Brasil corriente y natural, sin afectacion y sin galicismos, es casi igual al habla castellana, cuando esta se halla limpia y pura tambien de los *francesismos* que hoy la desnaturalizan y la afean.

L. A. DE CUETO,
Marquès de Valmar.

EL MONASTERIO DE SAN ISIDRO DEL CAMPO.

Llámase así, el que lo fué junto á Santiponce é Itálica, á una legua de Sevilla; aunque mejor debiera llamarse de San Isidoro, porque en advocacion de este sábio obispo fué erigido en el sitio que ocupa, para perpetuar la memoria de la piadosa tradicion. Refiere esta, que siendo Isidoro aún muy niño, y residiendo en casa de sus hermanos, San Leandro y Santa Florentina, ambos reprendian y áun castigaban su pereza en los estudios, no muy satisfechos de sus dones intelectuales, que, al parecer, yacian adormecidos y sin dar muestras de que, andando el tiempo, serian el asombro de aquella y de las edades futuras. Amostazado al fin el rapáz, y resuelto á sustraerse de las duras amonestaciones fraternales, escapóse cierto dia de su casa, y enderezando sus pasos hácia Itálica, que erguía entonces

sus torres que desprecio al aire fueron,

hubo de parar su correría en una de las infinitas casas de campo, que rodeaban por todas partes la afamada colonia. Estaba aquella al Este de la última, muy cerca de sus muros, junto á la puerta que miraba á Sevilla, y como á todas, precedíala una piedra, asiento del caminante, donde Isidoro descansó algun tiempo, hasta que, reparando en las numerosas y hondas canaladuras que en el brocal de un pozo vecino hacia la soga con su roce, pues á falta de polea, tal era entonces la manera de sacar el agua, conoció que si el contínuo ludir del tiro sobre la piedra abria en ella tamaños surcos, el asíduo y constante estudio esclareceria su entendimiento, abriéndole de par en par las puertas de la sabiduría. Esto, y el haberse encontrado, si no en el sitio mismo del monasterio, en *Sevilla la vieja,* ó en sus cercanías, el cuerpo de San Isidoro, cuando en 1063, Fernando el Magno envió desde Leon á Sevilla sus embajadores, y entre ellos al obispo Alvito, en demanda de ciertas santas reliquias, suministró materia religiosa más que suficiente para la edificacion del suntuoso monasterio, que, construido en las postrimerías del siglo XV, ya en 1524, decia de él Andrea Navajerio: *A una legua ó poco piu de Sevilla vi e un altro monasterio bellisimo detto de Santo Isidoro, dove diacono che era Sevilla anticamente. Ma e falso, perche Sevilla era dove e. Il monasterio e assai bello (come ho detto) ancho lui, ma quel che e piu bello e che vi si vedono infinite rovine antique.*

Pertenece la parte más antigua y monumental de tan interesante edificio al estilo mudéjar, en sus dos diversas manifestaciones, gótica y del renacimiento, y á esto se agregaron despues multitud de ampliaciones y aditamentos, tanto que al verificarse la supresion de las comunidades religiosas, este monasterio fué sorprendido en la edificacion de grandes departamentos, ántes reducidos á monton de míseras ruinas, que terminados y en uso. En la referida parte monumental inclúyese la iglesia, el patio de los Frescos, el de los Muertos, el del Algibe y el grande, con algunas crujías y salones á ellos anexos, no debiéndose apartar de semejante grupo la sacristía, colecturía y otras dependencias en el mismo enclavadas, por más que su carácter arquitectónico difiera mucho de todo lo referido.

La iglesia, cobijada con bóvedas por arista ojival, guarnecida de nervios, es de bellas proporciones y sencilla distribucion. En su nave principal osténtase el altar que en 1613 comenzó el famoso escultor sevillano, Juan Martinez Montañés, y en cuyos varios compartimientos se admiran las efigies de San Jerónimo, San Isidoro, San Juan Evangelista y de la Asuncion de Nuestra Señora, con otras ménos importantes y cuatro relieves de gran bulto, que representan el Nacimiento, la Adoracion de los Reyes, la Resurreccion y la Ascension de Jesús, estatuaria toda de escelente ejecucion, con vestiduras ricamente estofadas, segun el arte entonces exigia. Sobre el presbiterio y á los lados del Evangelio y la Epístola, vense en sus respectivas hornacinas, arquitectónicamente decoradas, las estátuas orantes de Alfonso Perez de Guzman el Bueno, el héroe de Tarifa, y Doña María Alfonso Coronel, su esposa, y á los piés de esta nave, donde aun subsiste el coro, consérvase el facistol, aunque no del más delicado gusto, digno de una catedral, por su magestuoso aparato y bien esculpida hojarasca.

En la nave inmediata, que es por donde se entra al templo, es notable la puerta foral, ornada exteriormente con baquetones y ojivas de ladrillo cortado en limpio, con hiladas alternas de los colores distintos de la arcilla, y con enjutas alicatadas de azulejos, cuyas labores denuncian muy á las claras el gusto mudéjar.

Tambien llama la atencion, desde que por esta puerta se ingresa en el templo, una grande tabla, triptica, que está colgada enfrente, obra bellísima del buen tiempo en que fué fundado el Monasterio, que se admiraria aún más, si no estuviese brutalmente restaurada, no sabemos cuándo, por mano sumamente torpe de algun ignorante embadurnador. Por último, al fondo de la misma nave se contemplan, en varias hornacinas, las estátuas yacentes é inscripciones sepulcrales de algunos descendientes de Guzman el Bueno, y la leyenda que nos declaró que allí hallaron sepultura los restos de la infortunada doña Urraca Osorio, quemada por mandato de Don Pedro I de Castilla, como asímismo los de su fidelísima servidora Isabel, ó Leonor Dávalos, que con ámbos nombres la encomian la tradicion y los cantares.

La sacristía, donde antes figuraban ciertos espejos famosos por su desaparicion, tiene aún pinturas murales é imágenes de talla á quien no quisiéramos le aconteciese lo propio, ni tampoco á las capas de coro, ternos y demás prendas delicadamente bordadas ó de rica imaginería, ni mucho ménos á las alhajas y demás cosas de algun mérito, que hoy, loado sea Dios, parecen puestas á buen recaudo.

Pero aun más que todo esto, es estimable el patio de los *Frescos,* denominado así por las pinturas al temple que se contemplan en su zócalo. Alternan éstas con tableros de ornamentacion mudéjar, y consisten en la representacion de santos y santas, caballeros freires y frailes del más bello diseño, lo mismo en el natural que en los ropajes, plegados con la magistral sencillez de la estatuaria contemporánea. Aprecíanse tales temples por su mérito absoluto y por remontarse al siglo XV, del que no abundan muchas muestras de la misma especie, y en salvarlas puso la Comision de Monumentos Artísticos é Históricos todo su conato, cubriéndolas con portezuelas que se abren á merced del curioso que lo solicita, y reparando la techumbre y todo lo demás de este patio, que en otra ocasion hallóse en inminente ruina. La de hoy, hundida la escalera principal, desplomada la inmediata crugía y descubierto al cielo toda la parte alta de este departamento, no es inminente, sino ya causada y muy lastimosa, con dolor de todos los inteligentes y mengua de nuestras artes y de nuestra honra.

Mudéjar, como el del pequeño patio que acabamos de recordar, es el estilo del mayor, que llaman de los *Muertos,* por los muchos que estaban enterrados en su claustro, de donde se extrajeron los restos del P. Cevallos, primer historiador de Itálica, para llevarlos al panteon de la Universidad sevillana, donde reposan los de nuestro querido hermano D. José Amador, con los de algunos varones eminentes en las letras pátrias. Parece que este bellísimo patio gótico mudejar, en cuya parte alta señálase aun más decidido el carácter que le asignamos, fué construido con ladrillo de corte en limpio; mas la manía de enjabelgar, incorregible en estas regiones andaluzas, ha cubierto semejante riquísima obra con una capa grosera de cal, y debajo de ella aun se ven por algunos desconchados, la pintura al fresco, que venia á este patio desde el anterior, é iba á formar tambien el zócalo del paso al *patio grande,* obra de la misma época, pero que nunca fué de tan artística ejecucion, y que destinada por mucho tiempo á presidio de mujeres, no hubo de ganar mucho con semejante uso y tráfago. Afortunadamente el característico patio de los Muertos no se halla en total ruina; pero sí el del Algibe, puesto que hace tiempo es monton informe de escombros. Construido sobre columnas de mármol en sus dos cuerpos bajo y principal, y ostentando en este último una riquísima balaustrada de la misma clase de piedra, bien pudo llamarse de los Mármoles, por los muchos que tan ostentoso carácter le daban; y con ellos compartian el decorado de tan valioso edificio, los azulejos que en frisos y techumbres lucian sus pintorescos dibujos, algun tanto modelados de relieve. En uno de estos azulejos, que campeaba en el friso profusamente decorado de vichas, tallos y hojarasca plateresca, veíase la fecha de la construccion del patio, perteneciente al mejor tercio del siglo XVI.

Todo este primoroso conjunto vino á tierra, rotos en fragmentos mil capiteles, fustes, balaustres, maderámen y azulejos, y lo propio está aconteciendo con la escalera principal inmediata, que, aunque de gusto barroco, mostraba en los peraltes de sus escalones azulejos de relieve parecidos á los del pátio tan desastrosamente destrozado.

Puede asegurarse que la Iglesia, única de Santiponce, y que los dos pátios mudéjares, de los Frescos y de los Muertos, porcion monumental que á duras penas subsiste, aunque por todas partes amenazando, no inminente, sino inminentísima ruina, yace rodeada de un monton horrible de escombros que á grandes voces pronostican la precaria suerte, de lo que aún se hirgue mal seguro de las lluvias y vendavales, que en breve habrán de abatirlo sobre los demás despojos, producto de nuestra incuria y vandalismo.

La Comision provincial de Monumentos Artísticos é Históricos ha clamado cien y cien veces por la salvacion del monasterio, apelando á la Academia Nacional de Bellas Artes para que interpusiera su poderoso influjo cerca del Gobierno en beneficio de tan venerando monumento.

Por semejante intermision se libró de la venta en subasta, declarándolo nacional, y se consiguió alguna pequeña suma con que acudir á remediar los primeros daños del pátio de los Frescos, segun apuntado queda; mas como tales recursos eran harto exíguos, y la ruina comenzada en lo demás del edificio avanzaba precipitadamente, reduciendo grandes masas á polvo, se pensó al fin en formar sério y detenido expediente para acometer con ánimo decidido su definitiva salvacion. Al efecto, se levantó un plano general de todo el monasterio, con designacion expresa de su parte monumental y de la que no merecia tal concepto, señalando además las derruidas, ruinosas y de alguna subsistencia. Propúsose sobre semejante plano aislar completamente todo lo artístico y verdaderamente monumental del resto, reconstruyendo y asegurando lo primero con materiales de lo segundo, y aconsejando la venta de lo demás para auxilio de gastos, que de este modo reducíanse á lo mínimo posible. Mientras esto se hacia, un telégrama expedido por la Presidencia del Consejo de Ministros, en el que con suma urgencia se pedian antecedentes sobre el infortunado monumento, puso la pluma en la mano del que esto escribe, y como vicepresidente de la Comision, extractó de las actas de la misma todo el largo historial de lo que dicha corporacion en pró del monasterio venia haciendo; prometiéndose que con semejantes noticias y la remocion del expediente, al fin veria cumplidos sus deseos; pero planos, presupuestos, condiciones administrativas y económicas, todo vino á esta córte en forma de empezarse acto contínuo los trabajos, que nunca llegaron, por la penuria metálica de nuestras arcas nacionales, ó por otras causas que ignoramos y no queremos averiguar.

En vista de que el tiempo trascurria, de cada vez más amenazante y destructor con el desdichado monumento, y que las primeras aguas podian acabar de arrasarlo miserablemente, sugiríonos nuestra ánsia de salvarlo un arbitrio, que propuesto á la Comision y aprobado por la misma, se elevó inmediatamente á la consideracion del Gobierno.

Consiste en que al propio tiempo que se celebrara la competente subasta para las obras de reparacion, se verificase la de venta de lo que no estimamos por monumental, adjudicándose al contratista de los trabajos en parte de pago, y estableciendo además multitud de otras condiciones, que, asegurando la existencia del edificio artístico, dejasen á salvo los intereses de la Hacienda pública, favorecida por semejante procedimiento, tanto como el monumento en cuestion, cuyos medios de reedificarlo y garantirlo tan óbviamente se facilitaban.

Esto que á nosotros nos pareció tan racional como llano y hacedero, ha debido tropezar sin duda con escollos insuperables, ocasionados por los trabajosos trámites de nuestra intrincada administracion, porque remitida la propuesta al ministerio de Fomento y consultado por éste el de Hacienda, no sabemos que se hayan podido poner ambos centros de acuerdo, y el Monasterio mudéjar del siglo XV, acometido en tanto por la crudeza del presente invierno, no debe de haber ganado mucho con detencion semejante. Posible será que la cantidad calculada para su reparacion sea necesario duplicarse, y no será difícil, que prosiguiendo la demora, ya no nos reste más recurso que inútiles quejumbres, recriminaciones y destemplados lamentos.

Apartados de nuestro carácter oficial, y como meros artistas, amantes de lo bello; como cultivadores de los estudios arqueológicos, hacemos con este Monasterio lo que tantas veces hemos verificado respecto de otro aún más infortunado que él; el de San Jerónimo extramuros de Sevilla. Tambien éste poseia una iglesia ojival, destruida aún antes de establecernos en dicha ciudad, y un pátio de renacimiento el más hermoso de cuantos se construyeron en ella, y sin cansarnos jamás de clamar por su salvacion, gritamos en balde desde su última piedra.

Muy abatido, muy destrozado está el Monasterio de San Isidro del Campo en Santiponce; pero aún puede hacerse un postrer esfuerzo, asegurando á nuestros posteros sus peregrinas bellezas. Aún pueden sacarse de entre el polvo las tumbas de los Guzmanes, las maravillas de Montañez, y las labores esmeradísimas de aquella fábrica tan delicadamente construida lo mismo en piedra que en ladrillo, y particularmente en este último material, admirablemente manejado para nuestra enseñanza y aun para nuestra vergüenza; pues dejamos aniquilar lo que somos impotentes para reproducir.

Una mirada sobre aquel monton de ruinas desde la cima del poder, y de entre ellas se levantará incólume por algun siglo más aquella muestra felicísima del maridaje artístico entre el arte ojival y el estilo mudéjar, realizado con tanta expontaneidad como gracia y magnificencia.

Abrigamos semejante esperanza, y los amantes de nuestras glorias artísticas, que son nuestras más caras glorias nacionales, aplaudirán con nosotros á la administracion gubernamental que devuelva á la pátria este perdido tesoro de sus preseas más valiosas.

DEMETRIO DE LOS RIOS.

DEL PRÓLOGO DE LOS PEQUEÑOS POEMAS.

LA VERDADERA ORIGINALIDAD.

Sentiré volver á caer en el pecado de la pedantería; pero despues de rectificar la expresion de que yo *en verso hago lo que quiero y como quiero,* tengo que ratificarme en la asercion de que, «á mí, en mis obras, me pertenece siempre por completo la verdadera originalidad, que son los cuatro factores que constituyen el arte, *la invencion del asunto, el plan de la composicion, el designio filosófico y el estilo.*»

Ya sé yo que he hecho mal en sentar una afirmacion que honra poco mi modestia; pero, en fin, ya lo he hecho, y no tengo más remedio que sostener mi opinion. Además, nunca he tenido ocasion de exponer mis principios literarios, y no me parece fuera de lugar hacerlo hoy al defenderme de cargos injustos de innovacion, porque yo, siguiendo en lo posible el consejo de la sabiduría divina, como mero aficionado, me consagro en el arte, aunque infructuosamente, «á la eleccion constante de lo que creo mejor.» Declaro con rubor que al llegar á este punto vacilo, y no sé cómo continuar sosteniendo que mi sistema es el mejor, sin que parezca que me alabo. Pero ¡cómo ha de ser! áun á riesgo de que dude de mi humildad la gente mal pensada, añadiré que, al defender mis principios literarios, no lo hago por vanagloria, sino por

cumplir un deber. Al que lo crea, Dios se lo premie; y al que no, se lo demande.

Nunca he comprendido por qué un conservador en política tan pertinaz como yo, se le supone contagiado de un cierto jacobinismo intelectual. Las pruebas de mi rebeldía á la autoridad retórica constituida, consisten en haber escrito las DOLORAS, y en que, últimamente, con LOS PEQUEÑOS POEMAS he querido dar forma á unas composiciones que reuniesen todos los géneros poéticos, desde el epigrama y el madrigal, hasta la oda y la epopeya. La idea es un poco pretenciosa; pero no me parece censurable por lo revolucionaria.

Y por cierto que si yo tuviera alguna ilusion literaria, que no tengo, hubiera quedado bien castigado al ver que, si se exceptúa el Sr. Revilla en sus *Principios generales de literatura*, ningun crítico ha observado que, separándome en esto de la generalidad de los demás escritores, sigo un procedimiento exclusivamente personal, que será bueno ó malo, pero que en mí es idiosincrásico, que es hacer de toda poesía un drama, procurando basar este drama sobre una idea que sea trascendental y que pueda universalizarse.

Yo, que quisiera ser tan feliz como Dante, que se alababa de que *copiaba* á Virgilio, ó como Goethe, cuando tuvo el orgullo de confesar—«que él habia aceptado y recogido muchas ideas, lo mismo de los que le precedieron que de sus contemporáneos,»—me veo en el caso de declarar que jamás he tomado un solo asunto ni una sola idea de ningun poeta, porque lo que ya pertenece á la poesía, no creo que hay necesidad de repetirlo; pero sí insisto en sostener la afirmacion de que es menester poner las ciencias al servicio del arte, agrandando su esfera con esa magnífica irrupcion de ideas, de frases y de giros que, en forma de literatura prosáica, de filosofía y de ciencias naturales, van elevando cada vez más el nivel del espíritu humano. Nadie puede calcular lo que podria levantar este nivel intelectual un talento perceptivo, como el de Byron, por ejemplo, que para vestir las ideas madres de sus poemas, versificaba trozos enteros de los impresos de su tiempo, y copiaba *al pié de la letra* las historias que relataban los incidentes de sus leyendas.

Aunque en realidad, la verdadera originalidad sólo consiste en la reverberacion del carácter personal de un autor, se puede decir que hay dos originalidades, una pequeña y otra grande; la empírica y la sintética; la de los pensamientos secundarios y la de las ideas madres; la originalidad de las ideas de relleno y la de los pensamientos de construccion.

He indicado, y me ratifico en ello, que se debe dar poca importancia á los pensamientos secundarios de una composicion, reservándola especialmente para la idea matriz.

Con este motivo recuerdo que el padre Velez, con el principal objeto de acusar á Quintana de irreligioso, insinúa la censura de que ha convertido en versos suyos la prosa de Federico el Grande. Y aunque—«son las mismas palabras, el mismo estilo»—como dice el padre Velez, éste no cayó ni por un momento en que á Quintana, áun en caso afirmativo, le perteneceria por completo la originalidad, por haber convertido las ideas y expresiones del rey filósofo en *obra artística*. Y es inútil que el padre Velez acuse al poeta, repitiendo que—«las expresiones de Federico son idénticas á las del canto del Sr. Quintana.»—Las frases del filósofo rey podrán vivir ó morir pronto, segun sea su mérito, y la crítica del padre Velez será olvidada por nécia; pero el canto del Sr. Quintana será eterno como su nombre, y le pertenecerán las ideas que se ha apropiado del gran Federico, por haberlas expresado mejor que él, pues como dice muy bien el Sr. Cánovas del Castillo, discípulo y admirador de Quintana:—«nadie tiene como suyo sino lo que ha dicho como nadie.»

El divino Fernando de Herrera, que para mí seria mucho más divino si fuese un poco más humano, ha escrito dos de sus más celebradas canciones, la de *A la pérdida del rey D. Sebastian* y la de *A la batalla de Lepanto*, copiando de la literatura hebrea en la segunda de dichas canciones, todas las frases y versos que pongo en letra bastardilla:

"*Cantemos al Señor*, que en la llanura
venció del ancho mar al Trace fiero:
Tú, Dios de las batallas, Tú eres diestra,
salud y gloria nuestra."
"*Sus escogidos* príncipes cubrieron
los abismos del mar, y *descendieron*
cual piedra en el profundo; y tu ira luego
los tragó, como arista seca el fuego."
"Derribó con los brazos suyos graves
los cedros más excelsos de la cima."
"*Bebiendo ajenas aguas*"
"*Temblaron los pequeños*, confundidos
del impío furor suyo: *alzó la frente*
contra tí, Señor Dios...
y los armados brazos extendidos,
movió el airado cuello aquel potente;
cercó su corazon de ardiente saña"... etc.

No traslado más, porque me canso de copiar una cosa tan árida, pero todas las estrofas se hallan empedradas de igual número de hebraismos.

Al copiar una de estas canciones, dice el señor D. Alberto Lista: «¿Por qué no escribió más que dos composiciones de esta clase? Estas dos obras son de lo más clásicas de nuestra poesía, y de las más dignas de estudiarse.»—Estas ideas y frases tomadas por Quintana y por Herrera, despues de fundidas en el molde de su concepcion artística, son suyas y tan suyas, como aquellos centenares de millones, fruto de sus conquistas, que tenia Napoleon en un sótano de las Tullerías, y de los cuales decia:—«Son mios, y tan mios, que sólo constan en un libro de memorias de mi secretario particular.»—El oro de las frases de Quintana, dejará las del Gran Federico convertidas en una escoria vulgar, y si Herrera no mata las de los libros hebreos será porque son la expresion de la palabra viva de Dios.

El jesuita español Eximeno ha dicho:—«que la riqueza de las lenguas nace del número de las ideas que se introducen en un pueblo, las naciones libres adquieren contínuamente nuevas ideas, y por lo tanto, enriquecen su lengua de frases y de palabras nuevas.»

Todo esto, aunque le pareciese bien al Sr. Lista, supongo que les parecerá mal á los corredores literarios intrusos que, equivocando la contratacion fraudulenta con el trabajo lícito, quieren alejar del comercio literario á esos indianos ricos, como Herrera, que despues de exploraciones arriesgadas, vuelven de países lejanos cargados de riquezas.

Los elementos dispersos que se apropian para sintetizarlos, no quitan nada al mérito de la obra artística. Un escultor recibe un pedazo de mármol para hacer una Vénus.—¿Está hecha?—Sí.—¿Qué es lo que pertenece al que dió el mármol?—Nada. —¿Qué es lo que pertenece al artista?—Todo.

ASUNTOS DIGNOS DEL ARTE.

A un artista no se le puede pedir en sus composiciones más que su idea y su estilo; y generalmente, para ser grande le basta sólo su estilo. Pero yo en esta parte disiento del modo comun de pensar, y dándole al escritor la libertad de adoptar las ideas suplementarias que tenga por conveniente, diciendo en verso—buenos dias tenga usted,—lo mismo que lo hacen en prosa los demás mortales, creo que todo artista está obligado á sintetizar en un pensamiento fundamental los pensamientos accesorios. El asunto es la espina dorsal del cuerpo de una obra.

Ha de haber una idea clave, sin la cual la obra artística se vendria abajo. Versificar ideas todas iguales en importancia, sin categorías, sin someterlas á un principio único de concepcion, es hacinar, pero no es componer: es formar un monton de piedras informes, sin ensambladura ni objeto arquitectural.

Decia Rafael que sacaba el modelo de todas sus vírgenes—«de una *cierta idea*.»—Esa cierta idea de Rafael es el asunto, es la idea cierta que debe tener el artista para que sirva de base á todos sus pensamientos.

Segun Santo Tomás:—«el hombre piensa más cuantas ménos ideas más generales tiene, hasta llegar á Dios, que todo lo vé con una sola idea.»—Y así como en el órden intelectual hay una verdad de la cual dimanan todas las verdades, el genio, en la vida práctica, consiste en poseer el secreto de hacer depender de una sola idea lo que otros tienen vinculado en muchas. La táctica con que Napoleon vencía á sus contrarios, consistia en lo siguiente: —«Ser más fuerte que el enemigo en un punto dado.»—Esta es la idea matriz que explica y determina todos sus movimientos estratégicos. De una sola idea se pueden deducir millones de hechos, aunque con un millon de hechos no se pueda explicar ni una sola idea.

Nuestros clásicos, en general, adolecen de un defecto que han heredado de los antiguos, y, como ya se ha dicho, en particular de Petrarca, que es el de hacer poesías sin asunto, ó escoger asuntos que no tienen ninguno. En este gran poeta las ideas todas son soldados rasos, sin jefe que los mande. En Petrarca los adornos valen tanto como el ídolo que engalanan: son cuadros sin perspectiva y sin figuras próximas ni términos lejanos. En este panteismo de ideas y de frases, el mismo valor tiene una chinela de Laura que Laura misma. Y no habiendo en sus pensamientos jerarquías ni diferencias, resulta un caos, en el cual Dios es idéntico á las cosas, y por consiguiente, como todo es igual, todo parece indiferente.

Los que se empeñan en dar importancia á los pensamientos secundarios, es porque no quieren que se investigue en ellos cuál es la idea de construccion. En todos los guijarros del arroyo hay parte de un Escorial: la dificultad y el mérito están en construirlo. Lo primero es el asunto, lo segundo el asunto y lo tercero el asunto. No se pierda de vista que cuando nombro el asunto, quiero decir el argumento y la accion. Y al oir esto se me preguntará:—«pues qué, ¿hay poetas que han escrito sin asunto?—Muchos.

Es menester leer doscientas letrillas, por lo ménos, para encontrar una con un asunto tan determinado como en esta de Villegas:

Yo ví sobre un tomillo
Quejarse un pajarillo,
Viendo su nido amado,
De quien era caudillo,
De un labrador robado:
Víle tan acongojado,
Por tal atrevimiento,
Dar mil quejas al viento,
Para que al Cielo Santo
Lleve su tierno llanto,
Lleve su triste acento.
Ya con triste armonía,
Esforzando el intento,
Mil quejas repetía:
Ya cansado callaba,
Y al nuevo sentimiento
Ya sonoro volvía;
Ya circular volaba,
Ya rastrero corria
Ya, pues, de rama en rama
Al rústico seguia,
Y saltando en la grama,
Parece que decia:
"Dame, rústico fiero,
Mi dulce compañía;"
Y que le respondia:
El rústico:—"No quiero."—

Ese pájaro, al cual le roban su nido, esos movimientos convulsivos de desesperacion y de ternura, que parecen reclamar del labrador el nido profanado y el áspero «no quiero» del labrador, forman la historia completa de un amor desventurado. Aquí el asunto es lo principal; la ejecucion, que es admirable, podria desempeñarse de mil maneras distintas.

Componer bien es tener el arte de enlazar un principio á sus consecuencias. Toda verdad secundaria es hija de otra primordial. Así como lo presente entraña lo porvenir, de un asunto bien pensado nacen incidentes múltiples, propios y naturales. Lo principal resuelve por sí mismo lo accesorio.

El orígen de las ideas es el orígen de las verdades. Un asunto, sobre todo si es abstracto, hay que reducirlo á sensacion y convertirlo en imágen, y, al esculturarlo, darle carácter humano, y despues universalizarlo, de modo, que en vez de la causa de un hombre, se dilucide en él, si es posible, la causa de todos los hombres. Toda poesía que sea impersonal, que carezca de asunto, que no sea una historia, que no sea contable, será un rosario de versos, más ó ménos tolerables; pero esos versos sin cuento serán unas cuentas de rosario sin el hilo interior que las sujete, podrán ser una coleccion de perlas; pero nunca se podrá formar con ellas un collar.

Cualquier objeto puede ser asunto de versos, pero son pocos los objetos que sirven para asuntos de composicion.

Un artista que sabe ver y pensar bien lo visto, realiza lo ideal, individualizando las ideas generales, personaliza lo abstracto, echa líneas en lo indefinido, hace particular lo universal, y pone de relieve los asuntos de sus obras, realizando lo que se llama *el arte por el arte*. Pero despues, si el artista es digno de serlo, hace una operacion inversa, y aunque disguste á los idólatras del género llamado por ironía *inocente*, el arte por el arte lo convierte en el *arte por la idea*. ¿De qué manera?

EL PLAN DE TODA OBRA ARTÍSTICA.

Me parece conveniente que el lector no olvide el objeto de este prólogo, que es el de pedir humildemente perdon por algunas fanfarronadas que se me han escapado en el ardor de várias polémicas, y de ratificar algunos juicios, que, aunque algo aventurados, á mí en el fondo me parecen justos. He dicho, y repito, que además de la *invencion de los asuntos*, me pertenece por completo en mis obras la manera de sujetarlas á un *plan* determinado. Será un mal sistema que sólo expongo para disculparme; pero como á mí me parece bueno, aunque algunos lo hallan detestable, porque lo creen difícil, insisto en sostener que toda poesía lírica debe ser un pequeño drama.

Así como Dios todo lo hizo con número, peso y medida, la obra de arte ha de estar planeada de tal modo, que la unidad no se pierda en la variedad, ni ésta se halle absorbida por la unidad.

Despues de inventar la idea generadora, base del asunto, hay necesidad de dramatizarla, de sujetarla á un plan. Antes de vestir la idea con el ropaje del estilo, ó sea el colorido, es menester hacer el cuadro, dibujar los personajes, para pintarlos despues, haciendo resaltar en la expresion el objeto para que han sido dibujados y pintados.

Segun un crítico francés, que lo copia de Aristóteles, entre los griegos, el mayor mérito de una obra consistia en el asunto y en el plan: entre nosotros, al contrario, consiste en el estilo. Si esto es así, que no lo sé, es menester retroceder hasta los griegos.

Una poesía debe ser una cosa animada, pintoresca, que hable, si es posible, á los ojos y á la fantasía. No debe ser materia de versos lo que no sea contable. La poesía debe tener la plasticidad de todas las artes: el dibujo y el color de la pintura; lo rítmico de la música; lo escultural de la estatuaria, y la unidad en la variedad de la arquitectura. El arte debe hablar á un tiempo á la inteligencia, al alma y á los sentidos. Cuando alguno me recita versos de nuestros autores clásicos, que ni emanan de un pensamiento fundamental, ni están sujetos á un plan determinado, haciendo lo que los jugadores de manos que sacan de la boca cintas de una largura interminable, me hago las preguntas siguientes: «¿Por qué causa habrá empezado, y con qué motivo concluirá?»

Hé aquí un precioso ejemplo del modo de planear un asunto:

. . . . . .
Este, con llorosos ojos,
Mirando estaba Belardo,
Porque fué un tiempo su gloria,
Como ahora es su cuidado.
Vió de dos tórtolas bellas
Tejido un nido en lo alto,

Y que con arrullos roncos
Los picos se están besando.
Tomó una piedra el pastor,
Y esparció en el aire vano
Ramas, tórtolas y nido,
Diciendo alegre y ufano:
—«Dejad la dulce acogida;
Que la que el amor me dió,
Envidia me la quitó,
Y envidia os quita la vida.
Piérdase vuestra amistad,
Pues que se perdió la mia:
Que no ha de haber compañía
Donde está mi soledad.»—
Esto diciendo el pastor,
Desde el tronco está mirando
A dónde irán á parar
Los amantes desdichados.
Y vió que en un verde pino
Otra vez se están besando;
Admiróse y prosiguió
Olvidado de su llanto:
—«Voluntades que avasallas,
Amor, con tu fuerza y arte;
¿Quién habrá que las aparte,
Si apartallas es juntallas?
Pues que del nido os eché,
Y ya teneis compañía,
Quiero esperar que algun dia
Con Filis me juntaré.»—

¡Qué asunto tan bello y qué primorosamente está planeado!

La gran dificultad del arte consiste en hacer perceptible un órden de ideas abstractas bajo símbolos tangibles y animados. El apólogo que suele representar una máxima moral expuesta en un drama con personajes que se mueven, siempre será un género de literatura admirable. La fábula de la lechera vale más que todas las odas, elegías y poemas que se han escrito y que se escribirán sobre la ruina de las ilusiones humanas. El arte es enemigo de las abstracciones y gusta mucho de estar representado por personas que vivan, piensen y sientan. Lo que se impersonaliza se evapora.

Hay en todo asunto una parte iluminada que es menester poner á la vista del lector al formar el plan de una obra, y otra parte oscura de la cual es bueno prescindir por completo.

Para inventar los asuntos hay que ver bien, y, para planearlos, pensar bien lo visto.

La naturaleza se ha dicho que no es más que la letra pintada; la sensacion la vé, la inteligencia la piensa, la imaginacion la pinta y hé aquí el arte. En el drama de la Creacion todo está escrito por Dios con tinta simpática. No hay más que aplicar el reactivo y sacarlo á luz. El mayor artista es el mejor traductor de las obras de Dios.

DESIGNIO FILOSÓFICO: DEL ARTE TRASCENDENTAL.

Ya que hemos estudiado el asunto y el plan de toda obra de arte, entremos por fin de lleno en el exámen del designio filosófico.

¿Cuántos elementos han de constituir una obra, y en qué proporcion deben estar en ella el sentimiento, la imaginacion y la razon? El sentimiento todo, la imaginacion lo que se pueda, y la razon lo que se deba.

Desde que la filosofía, por medio del cartesianismo; la religion á causa del protestantismo, y el arte por efecto de la inmortal parodia del *Quijote* han creado esto que se llama *espíritu moderno*, los artistas, so pena de parecer unos cándidos, no pueden ménos de afrontar los problemas de la vida humana en relacion con la cosmología y la teodicea. El arte, al revés de la filosofía, no necesita tener certidumbre en sus máximas, ni utilidad en sus consecuencias, y tan recomendable es idealizando lo real como realizando lo ideal, y es suficientemente religioso cuando, en vez de cantar á nuestro gran Dios, entona himnos á los dioses. Pero lo que el artista no puede olvidar es, como hemos indicado anteriormente, que lo universal es el carácter de la época actual, y que así como antiguamente el mundo todo se reducia á Roma, el hombre de hoy es ciudadano del universo. Los poetas de este siglo están obligados á tener en su lira, además de todas las cuerdas de sus predecesores, una cuerda más, y esa completamente suya.

Yo no disputaré si el arte se debe cultivar sólo por el arte, ó si es mejor el arte por la idea. Acepto lo bello, lo mismo en Virgilio que en Horacio, si bien se me ha de permitir creer que por el tinte de filosofía, no muy sana por cierto, de este último, con ser uno de los poetas menores, es el más grande y más humano de todos. Cuando á la belleza se junta algun objetivo, cuando una línea ó palabra determinan y recuerdan lo infinito, haciendo el arte trascendental, entónces es verdaderamente divino. Espanta el pensar lo que hubiera sido un tan gran poeta como Byron si, con propósito deliberado, á sus pasmosas concepciones personales las hubiera dado puntos de vista generales, en los cuales se hubiera entrevisto lo infinito.

Y el lector me preguntará: ¿y qué obra de arte cumple las condiciones que nuestra crítica exige? Muchísimas: hé aquí una muy corta para ejemplo:

Cuentan de un sábio que un dia
Tan pobre y mísero estaba,
Que sólo se sustentaba
De unas hierbas que cogía.
¿Habrá otro, entre sí decia,
Más pobre y triste que yo?
Y cuando el rostro volvió
Halló la respuesta, viendo
Que iba otro sábio cogiendo
Las hierbas que él arrojó.

Cuadro completo: buen asunto, planeado admirablemente, y en el cual se vé un designio lo más consolador y más humano que se puede concebir. La poesía no puede llegar á más.

Cuando las artes se cultivan sin designio trascendental ninguno, me parece que estoy oyendo decir á Ciceron:—«Se pudieran llamar plebeyos á todos los filósofos que no son de la sociedad de Platon, de Sócrates y toda su familia.»—Lo mismo sucede en el arte. Los autores que no han frecuentado el trato de los Platones y los Sócrates literarios, como Shakespeare y Calderon, se exponen á no producir más que obras plebeyas.

El arte solo *por el arte* es un principio de composicion que yo no censuro, aunque no es de mi gusto, profesado por preceptistas de gran mérito. El *arte por la idea* tiene muchos inconvenientes para el escritor. Uno de ellos es que, buscando el sentido recóndito de vuestros pensamientos, la crítica suele descubrir que la parte mortífera de vuestra lanza no está en la punta, sino en el mango. Otro, y muy grande, es que el artista suele ser clasificado en una escuela que, ó repugna á sus inclinaciones, ó está en contraposicion con sus principios. Supuesta la libertad en el arte, es raro el artista cuyo conjunto de composiciones forme un todo completo de ideas, pues cada una de ellas, ó casi todas, son contradictorias entre sí, pues es condicion del arte reducir los pensamientos á sensaciones, y estas son tan múltiples como los objetos que las producen.

Yo mismo, que no sé bastante para ser del todo creyente, pero que he estudiado demasiado para no tener algunas dudas, he sido censurado por suponer que pertenezco á una escuela que, en último resultado, nunca podria llegar en radicalismo excéptico á ser tan censurable como el pesimismo de los místicos.

Lo repito, no sin un poco de pesar por la injusticia, pero tambien yo, sin saberlo, creo que he sido afiliado á una escuela filosófica para la cual este mundo está lleno de trabajos y el otro es un vacío de recompensas. ¡Yo, que en materia de excepticismo no he escrito nada parecido, en su acepcion terrena, á la *Imitacion de Cristo*; y que, con respecto á la vida futura, nunca he puesto en duda á Dios, como tantos otros, ni lo he omitido por completo, como nuestro gran Quintana! ¿Cuándo acabaremos de una vez con estas comedias de moral casuística? La síntesis filosófico-teológica del cristianismo se reduce á lo siguiente:—«Creo en un Dios personal, infinito en su esencia y en sus atributos, que sacó libremente la creacion de la nada, y que juzga nuestra alma inmortal despues de la muerte, premiando á los buenos y castigando á los malos.»—Esto es lo constitucional, y todo lo demás, como decimos en política, para el artista es reglamentario. Respetando estas verdades fundamentales, el escritor que se dedique *al arte por la idea*, será *esencialmente* cristiano, aunque dé á todos los demás problemas ético-filosóficos la direccion que más convenga á su objeto, sean los que quieran los aspavientos de una ortodoxia litúrgica tan suspicaz como falta de ilustracion. Colocado en la cúspide de este credo, Dante, erigido por el arte en juez supremo, arrojaba al infierno de cabeza á los mismos príncipes de la Iglesia, siempre que los hallaba incursos en injusticia.

Desde la opinion de Leibnitz, que creia que el mundo es el mejor de los mundos posibles, hasta la asercion de Renan, que pregunta:—«¿Quién sabe si este mundo es la pesadilla de una divinidad enferma?»—el artista puede recorrer esa infinita escala de problemas filosóficos, reduciendo á imágenes sus pensamientos, sin ser optimista como Leibnitz, ni pesimista como Renan.

En poesía, en pintura, en música, en todas las artes, cuando no tenemos un objetivo racional, se nos puede aplicar á los autores lo que llamaba por burla Ciceron—«ensalzadores de fórmulas y cazadores de sílabas.»—Siempre que oigo recitar versos sonoros, muchas veces excelentes, pero que no trascienden ni abisman el alma en las regiones indeterminadas de la razon y el sentimiento, se me ocurre repetir aquel proverbio árabe tan conocido:—«Oigo el tic-tac del molino, pero no veo la harina.»—

R. CAMPOAMOR.

LA OBLIGACION Y LA DEVOCION.

CUENTO POPULAR.

I

Andaba yo á caza de cuentos populares para la novena coleccion que voy á dar á luz, y despues de medio dia salí de Durango con ánimo de trasmontar la cordillera de Oiz y pernoctar en Marquina; pero como desde Bérriz dirigiese la vista hácia el Oeste y viese que hácia los Siete consejos del valle de Somorrostro habian empezado á aventar trigo, pues se veia el tamo, como dicen en las Encartaciones cuando ven que cierra en agua la costa, y me pareciese que el *tamo* iba avanzando hácia el Este, me decidí á dejar para la mañana siguiente la continuacion de mi viaje, no pasando aquella tarde de Mallábia.

Viendo un grupo de cuatro ó cinco casas medio escondidas en el castañar de Basagóiti, me dirigí á ellas con ánimo de pedir hospitalidad en la que mejor me pareciese, seguro de que en cualquiera de ellas la habia de encontrar muy afectuosa y franca.

Mi querido amigo Marcelino Menendez Pelayo, en cuyo elogio basta decir que á la edad de veintidos años ha obtenido la cátedra de literatura é historia en la Universidad central, en porfiada y luminosa oposicion con contrincantes de altísimo valer, me ha dado un varapalo, á la vuelta de corteses piropos, diciendo que tengo el defecto de extremar el optimismo en la pintura de las costumbres populares, y todo con objeto de enaltecer el pesimismo de José María de Pereda, insigne y querido amigo suyo y mio que emplea en el estudio y pintura de las costumbres montañesas procedimiento distinto del que yo empleo en el estudio y pintura de las vascongadas. Concedamos que el campo que yo recorro sea igualmente fértil en flores y espinas que el que recorre Pereda. Señor, ¿tan poco liberales son los estatutos por que se rige el arte literario que, permitiendo á unos artistas recargar sus cuadros de espinas, no permitan á otros recargarlos de flores? Y en caso de pecar exagerando la pintura, ¿no ha de ser, cuando ménos, la exageracion de tintas rosadas tan perdonable como la de tintas negras? Pues si tú y yo, querido Marcelino, nos damos una cita esta primavera, por ejemplo, bajo los robles y los castaños que dan sombra á las ruinas del *Amanum Portus*, para abrazarnos y decirnos las mil cosas que rabian por volar de mi corazon á tu oido y á mi oido de tu corazon, y despues de decírnoslas nos separamos en direccion distinta, yéndonos por aquellos campos de Dios para hacer cada cual un ramillete con lo que mejor le parezca, ¿habrá quién se incomode porque yo haya hecho un ramillete con flores en lugar de hacerle con espinas, como tú le has hecho?

Tengo el sentimiento, ó mejor dicho, tengo el placer de decirte que si no encontré en Basagóiti Dorilas ni Melibeos, cuya raza me apesta á pesar de oler á tomillo, encontré Mari-Rosas y Pepe-Antones, que sin discretear ni escribir ternezas en el tronco de los árboles, eran dignísimos de ser cantados por todo el que como yo no excluya de la poesia á las gentes de carne y hueso.

Con que, querido Marcelino, enhorabuena que aplaudas á nuestro buen José María, á quien tuve la honra de presentar por primera vez al público asido de la manita, porque ande por los valles montañeses haciendo ramilletes de espinas entreveradas de flores, pero no seas tan poco liberal que me silbes porque ande por los valles vascongados haciendo ramilletes de flores entreveradas de espinas.

En estos valles, como en todos, hay sapos y culebras que se arrastran por el suelo, pero, como dije en otra ocasion, el arte pictórica me parece demasiado noble para emplearse en pintar sabandijas. Si á otros les parece todo lo contrario, sea muy enhorabuena, que yo soy muy liberal, aunque no falte quien me tenga por muy absolutista.

Cuando llegué á Basagóiti, el tamo de los Siete concejos se extendia ya por la falda meridional del Oiz y la gente habia abandonado sus heredades y charlaba y reia á la puerta de sus casas, los hombres con la pipa en la boca y las mujeres con la rueca en la cintura ó la aguja de hacer media en la mano, viendo caer la lluvia que venia sobre sus campos como bendicion de Dios, aunque las ovejas y las cabras bajaban del monte huyendo de ella y se refugiaban bajo los aleros de los tejados mientras les abrian la puerta de la cuadra.

Como tonto, me metí en la casa más grande y blanca del barriecillo, prévia una breve peticion de hospitalidad que fué otorgada antes de terminada.

Cerró muy pronto la noche, cada vez más lluviosa, y todos nos fuimos á instalar en la cocina donde crujia, alegraba, iluminaba y fortalecia, una gavilla de leña en combustion, que las muchachas, rie que rie, tenian buen cuidado de renovar conforme se consumia.

Poco á poco, fueron llegando algunos vecinos y entre ellos dos ó tres guapos chicos que alegraron los ojillos á las muchachas más que los viejos, con pretesto unos y con objeto otros de hacer tiempo, mientras en sus respectivas casas, como en la nuestra, preparaban la cena las mujeres.

Yo fuí cortesmente instalado en el secular escaño al lado derecho del dueño de la casa.

Ya habia llegado á aquellas latitudes la noticia de que yo, á falta de otro caudal, le tenia grande de cuentos populares. Más aún habia llegado allí: una coleccion de los que llevaba publicados, y los buenos aldeanos (sí, querido Marcelino, buenos como el pan blanco y la borona amarilla de la vega de Guernica, aunque tuvieran sus maliciejas y socarronerías que no me disgustan, porque si no las tuvieran serian tontos,) y los buenos aldeanos, repito, despues de guiñarse unos á otros y comprenderse, me salieron con que era necesario que contase algun cuento de los muchos que sabia.

Díjeles que los contaba muy mal y me objetaron que á ellos les hacian mucha gracia los de mis libros; repliqueles que aunque así fuera, no era lo mismo contarlos por escrito que contarlos de palabra; no conseguí hacerles comprender esta diferencia, y, por último ,me avine á complacerlos con la condicion de que despues que yo les contara un cuento, me habian de contar ellos otro.

A esta avenencia me decidieron las muchachas de la casa, que si en discreteos eran muy inferiores á las Dorilas, Filis y Galateas, no lo eran ¡vive Dios! en lo reidoras y de ojos habladores y de colorcitos de rosa.

Grave era el compromiso que yo habia contraido, porque si no soy del todo desgraciadillo para los cuentos escritos, soy inaguantable para los cuentos hablados; pero contaba para salir de él con lo que en términos de predicacion se llama sacar el Cristo. El Cristo que á mí me habia ocurrido sacar, era uno fabricado con madera del árbol de Guernica, y le saqué (¡por Dios, no se lo digan ustedes á Cánovas, que en la ria de Bilbao nunca falta una cañonera!) y entusiasmé con él á todos los amados oyentes mios, sin excluir á las muchachas que, como el cuento, aunque esencialmente histórico, tuviese su pizquita de amor casto y entrañable, echaban unos ojazos, á la par púdicos y amorosos, á los *mutillac*, sus vecinos, que me escuchaban....

Terminado mi cuento con éxito muy superior á su mérito y á mis esperanzas, exigí el cumplimiento de la condicion con que le habia contado, y al fin el patron se avino á cumplirla, por eleccion de todos los concurrentes.

De seguro, dije para mis adentros, el cuento que voy á oir, participa de todo lo bueno y lo malo de los populares: lo bueno, la ingenuidad, la agudeza y la buena intencion moral de los narradores campesinos; lo malo, la puntadita picaresca, la frase, aunque castiza, incorrecta, lo maravilloso creido á pié juntillas, y, sobre todo, lo anacrónico y fuera de carácter de la época y de los interlocutores. En este punto, nuestro buen pueblo es incorregible: en la forma, aunque no en el fondo, humaniza hasta lo más divino y vulgariza hasta lo más poético.

Ahora verán ustedes si me equivoqué ó no, porque ahora dejo yo de hablar, y me reemplaza el honrado campesino de Basagóiti.

II

"Esta era una muchacha que se llamaba Petra, muy buena cristiana, muy trabajadora, muy de su casa, muy guapa y muy amante de sus padres, aunque su talento no era cosa mayor, como más tarde veremos.

Sus padres eran pobres, enfermizos y ya viejos, y la muchacha se desvivia por gobernar bien la casa y tenerlos contentos, tanto que la mayor dicha que deseaba, era que nada faltase á sus padres hasta que Dios se los llevase.

Como era buena cristiana, naturalmente deseaba poder oir misa todos los dias y asistir á todas las funciones de iglesia; pero, como además de correr á su cargo el gobierno de la casa tenia que trabajar en la costura y en lo demás que salia, para poder ir tirando, tanto sus padres como ella, con lo que ganaba, la pobre apenas podia poner los piés en la iglesia más que los dias de precepto, en que con mucho trabajo oia su misita madrugando mucho, á pesar de que se acostaba muy tarde, y asistia por la tarde al rosario, privándose de dar un paseito, que le hacia buena falta, porque la pobre en toda la semana no tenia un minuto de descanso.

Siempre que entraba en la iglesia, ya se sabia, lo primero que habia de rezar era siquiera un padre-nuestro al glorioso santo de su nombre, pidiéndole que á sus padres y á ella abriese de par en par las puertas del cielo en la hora de la muerte, y lo segundo era pedir á Dios que la ayudase á proporcionar á sus queridos padres una vejez siquiera algo cómoda y holgada.

Doña Jesusa, una vecina suya á quien tenia por una santa, porque se pasaba todo el dia de Dios en la iglesia, y á quien participó á qué se reducian sus mayores ambiciones, le aconsejó que jugase á la lotería á ver si Dios le proporcionaba siquiera un premiecillo; y lejos de echar el consejo en saco roto, pasó un par de noches sin pegar ojo, cose que te cose, para ganar, por extraordinario, tres pesetas con que comprar un décimo de una lotería en que no costaban más que esto.

Compró, en efecto, el décimo; pidió á Dios, de todo corazon, que le cayese algo, aunque fuera poco, y tuvo la suerte de que le cayeran 10.000 rs., que hicieron felices así á Petra como á sus padres, que con ellos pudieron, la primera, descansar un poco, y, sobre todo, frecuentar un poco más la iglesia; y los segundos, regalarse y medicinarse un poco más, y consolarse viendo que la pobre muchacha no necesitaba aperrearse tanto como ántes con la pícara costura.

Al cabo se llevó Dios á sus padres, los lloró mucho, pero se consoló algun tanto pensando que todos nos hemos de morir, y que al fin habian pasado los últimos años de su vida sin faltarles nada de lo preciso.

Desde entonces, Petra, si bien no hizo variacion en la primera parte de sus oraciones, que era pedir al santo de su nombre que le abriese las puertas del cielo en la hora de su muerte, lo hizo en la segunda pidiendo á Dios que le concediese un marido honrado, trabajador, de buen génio, buen cristiano, y, en fin, un hombre como Dios manda. Para esperar de Dios esta gracia, contaba principalmente con lo que habia ido aumentando su asistencia á la iglesia desde que le cayó la lotería, y, sobre todo, desde que murieron sus padres, porque desde entonces, si no le fué posible pasarse todo el santísimo dia en la iglesia como doña Jesusa, al ménos pudo oir su misita todos los dias, aunque no fueran de precepto, y aún ir á la iglesia las más de las tardes, particularmente cuando habia novena ó cosa así.

No en vano la buena Petra pidió á Dios un buen marido, porque le concedió uno que ni hecho de encargo hubiera sido mejor. Anton, que así se llamaba, era carpintero, como el glorioso San José, y, por consiguiente, pobre, pero á hombre de bien, y cristiano, y trabajador, y de buen génio no le ganaba ni el más pintado.

—Señor,—decia Petra al verse tan feliz;—¡con qué le pagaré yo á V. M. las gracias que me ha concedido sin merecerlas! La primera fué la de que me cayera la lotería, gracia tanto más de agradecer, cuanto que para obtenerla no tenia yo más merecimientos que los de oir una misa ó rezar un rosario de prisa y corriendo el dia de fiesta. Es verdad que los merecimientos que me valieron la segunda gracia eran algo mayores, pues ya hacia algun tiempo que oia mi misita todos los dias y asistia á la iglesia las más de las tardes; pero para corresponder como es debido á gracia tan grande, ni aun bastaria pasar en la iglesia, como doña Jesusa, todo el dia.

Petra creyó un deber de conciencia el aumentar, lejos de disminuir, en lo sucesivo su asistencia á la iglesia, tanto más, cuanto que sobre estar obligada á ello para corresponder á la última é inestimable gracia que Dios le habia concedido, tenia que pedirle otra. Petra, hablando en plata, creia, tomando al pié de la letra la doctrina de su consejera áulica doña Jesusa, que los favores de Dios eran proporcionados al tiempo que se pasaba en la iglesia.

La nueva gracia que solicitaba era nada ménos que la de que le volviese á caer la lotería y si era posible, no un premiecillo de tres al cuarto como el de marras, sino el prémio gordo ó cuando ménos uno de diez mil duros.

Ustedes dirán que eso era ya pedir gollerías. Pues no, señor, ya verán ustedes como no lo era, y para que lo vean van á oir las razones en que Petra se fundaba para ir al Señor con una nueva peticion.

—Ahora,—decia Petra,—nos iremos llenando de familia, y entonces será ella; porque eso de que cada chico que nace trae un panecillo bajo del sobaco, es conversacion y agua de pilon. Si ahora que no tenemos más que el angelito que ha empezado á darme pataditas en el vientre, anda el jornal si alcanza no llega, ¡qué será, Dios mio, cuando tengamos media docena ó más de ellos! Luego esas criaturas destrozan que no hay ropa ni calzado que baste para ellas, y hoy que están malos de esto, mañana que están malos de lo otro, otro dia que lo están de lo de más allá, el médico no deja la ida por la venida. Las necesidades de una casa son muchas, y el jornal de un pobre carpintero ya se sabe á lo que llega, por buen gobierno que haya en la casa. Que ya el pan, que ya la carne, que ya la verdura, que ya el carbon, que ya la luz, el dinero se va sin sentir, y más en tiempos como estos en que todo se va poniendo por las nubes, y por más que una se mate no encuentra medio de convertir los perros chicos en monedas de cinco duros. Si una no puede ahorrar ahora un cuarto por más que se vuelva mica, ¡qué será cuando tenga una porcion de boquitas más que tapar! Y si viene, lo que Dios no quiera, una enfermedad, ó aquél carece una temporada de trabajo, ¡qué vá á ser de nosotros, y sobre todo, qué va á ser de los pobres hijos de mis entrañas! Y, suponiendo que nada de esto suceda, y vayamos tirando todos con el jornal, ¡con qué hemos de dar una miaja de educacion á los chicos, porque los pobres hijos de mi alma no han de llegar á mozos hechos unos borriquitos! ¡Pues no faltaba más, que unas criaturas como el sol de Dios de hermosas, no aprendieran lo que las demás aprenden! Era cosa de volverse una loca con estas cavilaciones, si no fiára en que Dios, á quien tanto tengo que agradecer, no me ha de negar la nueva gracia que ahora tengo que pedirle. Para conseguirla, haré los imposibles, y si para ello tengo que pasar en la iglesia todo el santísimo dia como doña Jesusa, le pasaré, y tres más, aunque me muera allí de humedad y de debilidad de estómago.

Estas eran las razones en que Petra se fundaba para pedir al Señor una nueva gracia. ¡Y vénganme ustedes ahora diciendo que eso era ya pedir gollerías!

Iban pasando años, y Petra tenia ya tres ó cuatro chicos que cabian bajo un celemin; pero aunque no habia dejado pasar ni una lotería sin jugar algo, aunque fuera poco, en compañía de doña Jesusa y otras vecinas, no habia sacado un cuarto.

Lo que es la falta no era suya, porque la pobre ponia de su parte cuanto le era posible para que el Señor le concediera la nueva gracia que con tanta ánsia le pedia hacia años. Para conseguirla del Señor, hasta se habia resignado á que su marido la aborreciera, y áun á que más de cuatro veces le cascase las liendres de firme, á pesar de ser un bendito de Dios.

Como todo el dia se pasaba en la iglesia como doña Jesusa, pide que pide al Señor la gracia que tanto ambicionaba, en su casa todo andaba patas arriba; los chicos en camisa, súcios, desgreñados, sin saber siquiera persignarse; el marido roto, sin camisa que mudarse, sin gobierno en la comida ni en nada; en fin, que en aquella casa todo era una perdicion.

En casa de doña Jesusa sucedia dos cuartos de lo mismo; pero allí, del mal el ménos, porque doña Jesusa no tenia hijos, y su marido, que tenia más posibles que el de Petra, viendo que su mujer no paraba en casa, ni en ésta encontraba él calor, ni cariño, ni nada, se las habia arreglado al fin con una viuda guapetona, fresca y querenciosa que vivia en la casa de al lado, y allí se componia muy ricamente para comer, para vestir, para hablar, para distraerse, en fin, para todo.

Petra no dejaba de conocer el sacrificio que le costaba lo que hacia por obtener del Señor la gracia que le pedia inútilmente hacia tanto tiempo, pero se resignaba á aquel sacrificio esperando que, tanto ella como su marido y sus hijos, se habian de desquitar de todo cuando el Señor le concediese la suspirada gracia. Y además, estaba muy conforme con lo que doña Jesusa le decia.

—Hija,—le decia doña Jesusa,—lo que mucho vale mucho cuesta. Lo que yo busco es solamente el cielo, que de seguro me habrá concedido ya el Señor, porque desde chiquirritita me paso la vida en la iglesia, y no como hace la generalidad de las gentes que solo entran en ella, como quien dice, para cubrir el expediente; pero tù buscas aún más que yo, porque buscas, además del cielo, el premio gordo de la lotería. Con que, hija, aguanta todo lo que en tu casa te sucede, que, como dice el refran, no se cojen truchas á bragas enjutas.

Naturalmente, la pobre Petra, oyendo estos consejos de doña Jesusa, á quien todos, y ella la primera, tenian por una santa, continuaba pasándose todo el santísimo dia, y aún parte de la noche, en la iglesia.

Sobrevino en el pueblo una epidemia, de que moria gente como chinches, y el médico encargó á todos los vecinos que se guardasen mucho de la humedad, porque esto era lo primero que habia que hacer para preservarse de tan pícaro mal.

La iglesia del pueblo era muy húmeda; pero á pesar de eso doña Jesusa y Petra continuaban pasando en ella todo el dia, porque lo que ellas decian, "nadie se muere hasta que Dios quiere."

Muchísima razon tenian en esto último; pero caten ustedes, que aunque la tuvieran, una noche, despues de ir de la iglesia las dos, se sintieron malas, y mal fué, que á la mañana siguiente las dos eran difuntas.

Esta es la primera parte del cuento de la *Obligacion y la devocion*, y ahora oirán ustedes la segunda parte, que verdaderamente es maravillosa, y se supo por medio no ménos maravilloso, dispuesto, sin duda, por Dios, para que en este mundo se disipase alguno de los muchos errores que hay en punto á la manera de servir á su divina majestad.

III

Antes de empezar la segunda parte del cuento de la *Obligacion y la devocion*, van Vds. á oir cómo se supo lo que á la pobre Petra, y aun á su amiga y consejera doña Jesusa, les pasó al ir al otro mundo.

Pocos dias despues de haber enviudado, se acostó Anton rezando y llorando por la difunta, porque como era tan buenazo, no tenia corazon para guardar rencor á nadie, y ménos á una muerta, y ménos aun á la madre de sus hijos. Sí, el buen Anton lloraba muy de veras su viudez, á pesar de que le habia caido la lotería el dia que murió su mujer... ¿Qué, se rien Vds. maliciosamente creyendo que esto lo digo con segunda? No hay segunda que valga: el dia que murió Petra salió premiado con diez mil duros el último décimo de la lotería que la difunta habia comprado y encontró Anton en su faltriquera.

Pero volvamos al caso prodigioso que á Anton le sucedió en la cama. Quedóse dormido pensando en Petra, y al despertar del primer sueño, notó que su mujer estaba á su lado en la cama como cuando vivia, y lo verdaderamente maravilloso es que en aquel instante no se acordaba de que su mujer habia muerto.

—¡Si vieras, Anton,—le dijo Petra,—qué sueño tan extraño y aun horroroso acabo de tener! He soñado que me habia muerto...

—¡Ave María! No lo permita Dios, mujer,—exclamó Anton.—Vamos, cuéntame tan triste sueño y así nos entretendremos un rato ya que nos hemos despavilado.

Y Petra le contó lo que constituye la segunda y maravillosa parte del cuento de la *Obligacion y la devocion* que luego oirán ustedes.

Al despertar Anton por la mañana, no vió, por supuesto, á su mujer á su lado, y no extrañó el no verla, porque demasiado recordaba entonces que su mujer habia muerto. De lo que no le quedaba la menor duda era de que la habia tenido á su lado en la cama al despertar del primer sueño, y de que entonces no se acordaba de que habia muerto, y de que habia oido de sus lábios la maravillosa historia de lo que les habia sucedido á ella y á doña Jesusa al ir al otro mundo.

Creyendo Anton que aquella era milagrosa revelacion de Dios dispuesta para disipar uno de los muchos errores que hay en punto á la manera de servirle, creyó tambien que debia divulgarla por todo el pueblo, como lo hizo, y gracias á esto lo van á saber Vds. despues de enterarse de cómo lo supe yo, con lo que nos evitamos de que salgan Vds. con la pata de gallo de costumbre, que consiste en decir que nadie sabe lo que pasa en el otro mundo porque de allí nadie vuelve.

Oigan Vds., pues, lo que les pasó á Petra y doña Jesusa despues que se fueron al otro mundo.

Se encontraron por casualidad al salir de éste, y como es consiguiente, se alegraron mucho de este encuentro, porque así podian hacer el viaje en amor y compañía.

Como es de suponer, lo que las preocupaba más que todo era lo que les iba á pasar al fin de la jornada, y sobre esto travaron conversacion apenas se saludaron.

—¿Qué le parece á Vd., doña Jesusa, qué será de nosotras cuando lleguemos delante de Su Majestad?—preguntó Petra á su amiga y compañera.—Yo, si le he de decir á Vd. la verdad, no las tengo todas conmigo, porque si es cierto que desde que murieron mis padres, y sobre todo desde que me casé, he seguido el santo ejemplo de Vd. pasando casi toda la vida en la iglesia, tambien lo es que antes, por atender á las cosas mundanas, apenas ponia en ella los piés más que el dia de fiesta, y aun entonces era de prisa y corriendo.

—Chica,—le contestó doña Jesusa,—hablándote con franqueza te diré, que si yo me hallara en tu caso, no me llegaria la camisa al cuerpo. Yo no sé si en el tribunal de Dios valdrán recomendaciones; pero puedes estar segura de que si valen, poco he de poder yo ó te he de sacar adelante.

—¿Eso es decir que Vd. está segura de su salvacion?

—¡Ave María Purísima! ¡Pues, mujer, podia no estarlo habiendo pasado la vida en la iglesia desde chiquirritita y no como tú que has necesitado como quien dice tener hijos para hacer lo que yo!

—Verdad es, señora; pero tambien lo es que yo tengo un padrino muy bueno, que es el glorioso santo de mi nombre. Yo creo que siendo mi tocayo portero del cielo y no habiéndome olvidado nunca de rezarle el primer Padre-nuestro al entrar en la iglesia, no ha de negarme la entrada.

Doña Jesusa, al oir esto, se sonrió con aire de compasion, como diciendo: esta pobre chica vive de ilusiones, y me parece que si yo no saco la cara por ella, va al chicharrero.

Hablando, hablando así, continuaron Petra y doña Jesusa, y alcanzaron á otra mujer que iba un poco delante de ellas, y se habia sentado á descansar en una piedra á la orilla del camino.

Saludáronse las tres, y travando conversacion, continuaron juntas su jornada, charla que te charla, como es propio de mujeres, áun en ocasiones tan sérias como aquella, si es que alguna puede serlo tanto.

La recien encontrada se llamaba doña Justa, y era de un pueblo cercano al de Petra y doña Jesusa. Pareciéndole á esta que hacia el viaje como temerosa y triste, le preguntó la causa de ello.

—¿Quién,—exclamó,—puede ir ante el tribunal de Dios, sin temor é incertidumbre?

—¿Quién?—contestó doña Jesusa.—Todo el que haya hecho méritos para salvarse. Aquí me tiene Vd. á mí, que voy con la mayor tranquilidad, porque desde chiquirritita he echado enhoramala las cosas mundanas para pensar sólo en la otra vida, por más que de soltera le supiese muy mal á mis padres, y de casada le supiese aún peor á mi marido.

—¡Ay, dichosa Vd. que ha podido hacerlo!

—Pero vamos á ver: ¿qué es lo que ha hecho usted para servir á Dios mientras ha vivido? Que pudiera suceder que sus temores sean infundados, porque más de una vez he oido yo decir á personas, al parecer muy discretas, viéndome dejar la iglesia para comer algo en casa y volver á la iglesia con el bocado en la boca: Si Dios es lo justo que de él es de suponer, muchos tizonazos tienen que llevar en el infierno estas beatonas.

Doña Justa contó ce por be su vida, que se parecia mucho á la que Petra habia hecho hasta que supo por boca de doña Jesusa que los favores de Dios eran proporcionados al más ó ménos tiempo que se empleaba en las prácticas religiosas: en resumidas cuentas, su historia era la que Vd., don Antonio, explica en aquellos versos del *Libro de las montañas*, que dicen, si mal no me acuerdo:

La historia de la mujer
que me parece mejor,
es la que en resúmen dice:
"Amó, rezó y trabajó."

O en otros términos: habia amado á Dios y á la humanidad; habia rezado por la felicidad propia y la ajena y habia trabajado por el bien ajeno y el propio bien.

—Pues, hija,—le dijo doña Jesusa despues de oirla,—siento darle á Vd. un mal rato, pero yo soy muy franca, y en ocasiones como estas, está una más obligada que nunca á decir la verdad: tiene Vd. motivos más que sobrados para acercarse temerosa al tribunal de Dios. Ya ve Vd., esta pobre chica no las lleva todas consigo, á pesar de que ha pasado media vida en la iglesia y ¡qué no deberá temer Vd., que durante toda la suya ha hecho lo que ésta hizo durante la otra media!

En esta conversacion, las tres viajeras divisaron tres grandes edificios: el del centro, resplandeciente como el oro; el de la derecha, pardo con un visito verde, y el de la izquierda, negro como el pecado, de cuyas señas dedujeron que el primero era el cielo, el segundo el purgatorio y el tercero el infierno.

Conforme se fueron acercando, se fueron convenciendo de que no se habian equivocado en cuanto á la calificacion de aquellos edificios. Delante de las puertas del cielo habia una gran plaza, de la cual partia un camino en direccion al purgatorio, y otro en direccion al infierno.

El apóstol San Pedro, con un manojo de llaves en la mano, conversaba con su amigo y compañero el apóstol San Pablo á las puertas del cielo, por cuyas rendijas salia un resplandor que enamoraba. En el arranque del camino del purgatorio, se veia un angel de aspecto á la vez amoroso y triste, y en el arranque del camino del infierno estaba el diablo con unas uñas que el verlas ponia los pelos de punta.

Petra y doña Justa se echaron á temblar de incertidumbre y miedo al acercarse á la plaza y ver aquello, pero doña Jesusa, por el contrario, miró con compasion á sus compañeras como diciendo: ¡ya están aviadas estas pobrecillas! y se llenó de alegría pensando ¿y yo qué tengo que ver con que las uñas del diablo sean largas ó cortas?

Al ir á pasar por delante del diablo, Petra y doña Justa torcieron á mano derecha alejándose de él llenas de miedo, pero doña Jesusa, por el contrario, más bien que alejarse de él, se acercó como desafiándole.

—Alto ahí las tres,—les dijo el diablo,—que las tres teneis que venir conmigo.

Petra y doña Justa, se detuvieron silenciosas y aterradas; pero doña Jesusa empezó á chillar y á poner de vuelta y media al diablo. Este alargó sus tremendas uñas hácia las tres, y las atrajo á sí intimándolas que tomaran el camino del infierno pues las tres le pertenecian.

Petra y doña Justa como estaban más muertas que vivas, apenas se encontraban con aliento para replicar, pero doña Jesusa empezó á gritar como si la desollaran viva.

San Pedro, que distraido en su conversacion con su compañero y amigo San Pablo, no habia reparado en la llegada de las viageras, volvió la vista al oir aquellos gritos, y enterándose de lo que les pasaba, echó á correr en su auxilio, desatándose, con razon, en amenazas contra el diablo, que tenia la audacia de juzgar por sí y ante sí á las gentes llamadas ante el tribunal de Dios, único que tenia derecho á fallar sobre el premio ó el castigo que cada una merecia.

—¡Cuidado,—decia el glorioso portero del cielo,—que es mucha la desfachatez del cornudo ese! Si le dan el pié se toma la mano. Ya podia imitar el ejemplo del pobre Angel que no se mueve de su camino del purgatorio, resignado, con tanto amor como dolor, á cumplir lo que el Señor le mande! ¡Y como quien no dice nada, está entre las que ese canalla de uñas largas quiere llevarse á su horrible freidero, una tocaya mia que me tiene rezados más Padre nuestros que pelos tengo en la cabeza! ¡Ya le arreglaré yo las cuentas á ese desvergonzado! Oye tú, mala traza, á ver si dejas en paz á esas pobres mujeres que nada tienen que ver contigo.

—¿Cómo que no tienen que ver?—replicó el diablo.—Las tres son mias y muy remias.

—¡Sí, no te untes!

—No me untaré, pero untaré de alquitran á las tres y les pegaré fuego.

—Yo sí que te voy á pegar á tí un llavazo que te rompa el alma. ¡Largo de aquí, poca vergüenza!

El diablo retrocedió á su puesto al ver la actitud amenazadora del santo portero, que blandia el manojo de llaves, como dispuesto á darle para castañas, y en aquel instante el Señor, avisado por San Pablo de lo que pasaba fuera, apareció en las puertas del cielo, inundando de resplandores la plaza.

El diablo, cuyo mayor tormento es no poder ver la cara de Dios, se tiró al suelo al anunciar aquel resplandor la presencia de su Divina Majestad, y sepultó su hedionda cabeza en un hoyo que hizo con los cuernos en la tierra.

El Señor hizo seña al glorioso portero y á las mujeres para que se le acercáran.

Despues de reconvenir amorosamente al santo anciano por la viveza de su génio, que siempre le habia hecho perder la paciencia en ménos que canta un gallo, invitó á las mujeres á que cada cual le diese cuenta de toda su vida, empezando por la que la habia tenido más corta, que era Petra, mucho más jóven que sus compañeras.

Cuando terminó Petra su relacion, su santo tocayo la recomendó eficazmente á la benevolencia del Señor, teniendo en cuenta los muchos Padrenuestros que le habia rezado; y lo mismo hizo doña Jesusa, con un aire de proteccion que hizo sonreir misericordiosamente al Señor.

Terminada la relacion de las tres mujeres, el Señor llamó al Angel, y le dijo señalando á Petra:

—Angel, llévate esta mujer al Purgatorio, donde se purifique del error de la mitad de su vida, para venir despues de purificada á gozar de las inefables y eternas delicias de mi reino.

—Señor,—se atrevió á decir Petra en tono de quien pide perdon y misericordia;—es verdad que durante media vida sólo he ido á la iglesia cuando mis ocupaciones me lo han permitido...

—Pues eso,—la interrumpió el Señor,—y la recomendacion de Pedro, y el buen, aunque mal entendido, deseo con que despues abandonabas tus principales y sagradas obligaciones para ir á la iglesia, es lo que te libra de ir al infierno.

El ángel, á la vez lleno de amor y dolor, tomó el camino del Purgatorio conduciendo á Petra.

Llegaba á doña Jesusa el turno de oir su sentencia, que esperaba sonriendo de triunfal confianza. Esta sentencia fué formulada por el Señor en estos terribles términos, dirigidos al diablo, que continuaba con la cabeza humillada y hundida en el suelo:

—Hediondo ministro de mis supremas justicias, cuando las puertas del cielo se cierren tras mí, llévate á tus espantosos dominios á esta desdicha, que pasó toda su vida sin comprender que antes es la obligacion que la devocion.

Y al decir esto, el Señor señaló á doña Jesusa, que empezó á chillar como una condenada.

—Pedro,—añadió el Señor, dando amorosamente el brazo á doña Justa;—ábrenos las puertas del cielo, que me llevo conmigo á esta predilecta amada mia que debe sentarse eternamente conmigo á la diestra de mi padre por haber comprendido durante toda su vida que si santa es la devocion, deja de serlo convirtiéndose en negro pecado cuando para practicarla se abandonan los sagrados y primordiales deberes de la sociedad y la familia.

Y mientras en el cielo resonaban dulces cánticos de regocijo por la llegada de la mujer que habia abandonado la tierra con la doble corona de la devocion bien entendida y de la obligacion bien desempeñada, resonaban en el infierno horribles aullidos de gozo por la llegada de la que la habia abandonado sin comprender lo que debe ser la devocion ni lo que debe ser la obligacion."

Así terminó su cuento el labrador de Basagóiti, á quien oí con tanto más gusto, cuanto que ya habia echado yo á volar por esos mundos una copleja que decia, con el optimismo que el buen Marcelino me ha echado en cara:

La mujer que por la iglesia
deja el puchero quemar,
tiene la mitad de diablo
y de ángel la otra mitad.

ANTONIO DE TRUEBA.

Bilbao, 1979.

LA CRÍSIS ECONÓMICA EN ESPAÑA.

I

La profunda crísis económica que aflige actualmente á Europa, procede de causas mediatas é inmediatas: las primeras, consisten en una série de perturbaciones que vienen enlazándose unas á otras desde hace muchos años; entre las segundas, figuran, varias guerras, y especialmente la de Oriente, uso inmoderado del crédito y de la asociacion industrial, reformas monetarias inoportunas ó imprudentes epidemias y epizotias, malas cosechas, recargo insoportable en los impuestos, y la inseguridad política y sorda agitacion que amenaza la paz y el órden en las potencias continentales.

Sin remontarnos más atrás de 1853, encontraremos como una de las principales causas mediatas las guerras ocurridas desde entonces, cuyas pérdidas en hombres y dinero pueden resumirse así:

GUERRAS.	PÉRDIDAS EN	
	Hombres muertos.	Millones de pesetas.
Crimea, 1853-56.....	784.991	8.500
Italia, 1859-60.....	45.000	1.500
América del Norte, 1861-65.	800.000	35.000
Schleswig-Holstein, 1864...	3.500	180
Prusia é Italia contra Austria, 1866.....	45.000	650
Méjico, Cochinchina, Marruecos, Santo Domingo y Paraguay.....	65.000	»
Brasil contra el Paraguay..	»	312'5
Inglaterra contra Abisinia..	»	212'5
Idem contra los Asfhantes.	»	660
Franco-Prusiana, 1870-71..	169.000	10.450
Carlista en España, 1872-75.	»	800
Insurreccion de Cuba 1868-78	»	1.200
Sumas.....	1.912.491	59.465

Faltan aun muchos datos, y especialmente los de los hombres muertos en nuestras discordias civiles y los de las pérdidas de la última guerra de Oriente, que son enormes.

Si pudieran reunirse todos esos datos, probablemente llegaríamos á las cifras de dos y medio millones de muertos y setenta mil millones de pesetas. ¿Cómo no habia de perturbarse el órden económico con tan espantosos desastres?

Me he referido á la guerra de Crimea, á pesar de haber trascurrido veinte y cinco años, porque la Hacienda rusa, que ya estaba mal entonces, sufria todavía sus consecuencias al lanzarse de nuevo á la lucha contra Turquía, y porque no puede negarse la influencia de aquella guerra en la abolicion posterior de la servidumbre, que tampoco puede realizarse sin perturbaciones, y cuya influencia se siente todavía.

En Inglaterra, la guerra norte-americana de secesion produjo la crísis de los centros manufactureros del algodon de 1861 á 1864, á que buscó pronto remedio aquel pueblo libre y emprendedor proveyéndose de dicho textil en el Brasil, en Egipto y en la India; pero la influencia en la Bolsa de Lóndres de los capitales dejados sin empleo por la guerra, combinándose con una reforma legislativa que facilitaba la formacion de sociedades anónimas, ocasionó, segun dejo indicado en mi artículo *La crísis económica en América*, (1) la famosa fiebre de especulacion que terminó con el pánico iniciado el 10 de Mayo de 1866 por la quiebra Overen Gurney y Compañía. Contribuyeron al mismo tiempo á estos desastres de 1866 una epizotia que destruia rápidamente las más productivas ganaderías, el tiempo que con tenaz persistencia se mantuvo frio y lluvioso, la mala cosecha consiguiente, una de las peores que ha tenido Inglaterra, la guerra entre Prusia y Austria, la invasion del Canadá por los fenianos irlandeses residentes en los Estados-Unidos, en estos y en Egipto una mala cosecha de algodon; y por último, el cólera. El Banco, en consecuencia, se vió obligado á mantener el descuento al enorme tipo de 10 por 100 durante catorce semanas.

Inglaterra, no obstante, gracias á sus libertades económicas, pudo hacer frente á este terrible conjunto de calamidades reponiéndose pronto de sus pérdidas. En la industria algodonera inventó nuevos procedimientos, perfeccionó los antiguos y consiguió surtir de nuevo á sus antiguos mercados, y entre ellos á los de los Estados-Unidos que tan imprudentemente le habian privado de la primera materia con el bloqueo de los puertos del Sur. A fines de 1868, la industria habia vuelto á su estado normal de actividad.

Francia entró en una vía de progreso económico desde que el ilustre Cobden y el economista Miguel Chevalier negociaron el tratado de comercio con Inglaterra, al que siguieron otros con diversas potencias, inspirados en el mismo espíritu de libertad mercantil. El funesto despotismo imperial se neutralizaba en parte con aquellas franquicias, y la Exposicion universal de 1867 en París atestiguó de una manera brillante sus rápidos adelantos; pero en 1870 el Gobierno imperial con un fútil pretexto declaró la guerra á Prusia impulsado por una política de celos injustificados, ó quizás, más bien, buscando en la gloria de las armas un medio de adormecer la impaciencia que se notaba en el pueblo francés por recobrar sus libertades políticas. La guerra acabó con el imperio, hizo sufrir á París los quebrantos del asedio por los prusianos y los incendios, destrucciones y violencias de los revolucionarios de la *Commune*.

II

Las perturbaciones económicas y la ruina de la hacienda española son de orígen y causas antiguas; pero desde 1833, á pesar de la primera guerra civil carlista y de las conmociones políticas, la desamortizacion y un sistema político y económico relativamente más liberal, nos habian hecho mejorar mucho con relacion al estado en que nos encontrábamos á la muerte de Fernando VII. Teníamos y se publicaban los presupuestos del Estado, habian desaparecido los diezmos, las comunidades religiosas, las corporaciones gremiales y las Aduanas interiores; aunque con graves imperfecciones se habia regularizado el sistema de contribuciones y reformado los aranceles de Aduanas: se hizo una ley de contabilidad en 1850; bien ó mal nos compusimos con los acreedores del Estado en 1851, y ora tropezando, ora adelantando, llegamos á 1854, en que una política reaccionaria, los apuros del Tesoro y un empréstito forzoso produjeron el movimiento revolucionario que durante dos años dió libertad á los pueblos, decretó la desamortizacion civil, sentó bases legales para la construccion de los ferro-carriles y facilitó la creacion de grandes Compañías de crédito.

Excelentes cosechas en 1854-55 cuyos sobrantes exportamos con beneficio por efecto de la guerra de Crimea, fueron seguidas de la escasez en 1856, que ocasionó lamentables desórdenes y hasta el incendio de varias fábricas de harinas en Castilla.

Si las turbas incendiarias estaban ó no movidas por agentes de la reaccion política, fué entonces materia de vehementes sospechas, pero no es asunto bien averiguado: lo cierto es que á mediados de 1856, triunfó la contra-revolucion y que con la reaccion política sobrevino una atonía económica de las más aflictivas. Así trascurrió el año 1857 y la mayor parte del de 1858. A principios de este, vino á agravar el mal la repercusion en Europa de

(1) Véase el número 5.°

uno de los mayores pánicos por que han pasado los Estados Unidos, producido por una extensa y atrevidísima especulacion á la baja sobre las obligaciones á corto término de las Compañías de ferro-carriles.

La reaccion política era impotente contra estos males que contribuia en primer término á sostener: era indispensable salir de aquel marasmo que atrofiaba todas las fuentes de la produccion; era urgentísimo hallar recursos para nuestro exhausto Erario. Despues de varias vacilaciones y cambios de Gabinete, entró por fin la union liberal en el poder el 30 de Junio de 1858. El nuevo Gobierno se apresuró á utilizar los recursos que ofrecia al Tesoro la legislacion del bienio liberal; pero sin cumplir los fines beneficiosos para el arreglo de la Hacienda á que aquella legislacion iba encaminada.

Así, la desamortizacion civil decretada por las Córtes de 1855-56 se convirtió en un empréstito permanente y por cantidad indeterminada, en cuya virtud el Estado emitia inscripciones intransferibles al 3 por 100, á cambio de las propiedades de los pueblos y de las instituciones de beneficencia, que vendia á metálico y á plazo.

Los grandes recursos de que el Gobierno pudo disponer á beneficio de estas ventas, afirmaron su crédito, prestando ocasion á que la Caja de Depósitos, que hasta entonces habia sostenido una modesta existencia, se convirtiera en oficina de otro empréstito abierto, tambien permanente y por sumas ilimitadas.

Empezó á subir la Deuda pública, alza que continuó casi sin interrupcion durante seis años; llegaron á cotizarse á la par las obligaciones del Estado para subvenciones de ferro-carriles: la construccion de estos tomó vigoroso desarrollo á impulsos de las Sociedades de crédito, creadas en virtud de la ley liberal hecha por las Córtes de 1855-56. Más de mil millones de pesetas, la mayor parte de capital francés, acudieron á interesarse en aquellas construcciones; otros muchos millares extranjeros se invirtieron en nuestros fondos públicos, y no pocos en las operaciones de banca é industriales á que prestaba ocasion aquel movimiento inusitado de produccion; subieron los jornales, tomó precios exagerados la propiedad inmueble, parecia que por fin habíamos entrado de lleno en los progresos del siglo XIX.

Así habria sido, en efecto, si la union liberal no desperdiciara locamente los inmensos recursos que el bienio liberal habia puesto en sus manos; si los hubiera aprovechado para reorganizar la Hacienda, suprimiendo malos impuestos, reformando los susceptibles de mejora, liberalizando el sistema aduanero, reorganizando la administracion fiscal y poniendo al dia la contabilidad del Estado; si, por otra parte, procurara compensar las emisiones contínuas de inscripciones intrasferibles á que la desamortizacion le obligaba, por amortizaciones de Deuda, adquirida á tipos bajos, unificándola y realizando una conversion voluntaria en que á cambio de mayor seguridad se consiguiera una rebaja en los intereses.

En lugar de estas reformas, sólo se pensó en aumentar el ejército, la marina, y en hacer otros gastos completamente improductivos: con el nombre de presupuestos extraordinarios, en poquísimo tiempo se aumentaron los del Estado en más de 30 por 100, sin prever que así se creaban necesidades que casi siempre se convierten en permanentes. En 1858 los gastos públicos no llegaron á 1.974 millones de reales, y en 1863-64 escedieron de 2.706; mientras que los ingresos permanentes del Estado, que en el primero de dichos años produjeron 1.719, en el último sólo habian aumentado á 1.977, y aun eso, gracias al desarrollo transitorio producido en la industria por la construccion de ferro-carriles. Como se vé, en el fondo de aquella aparante prosperidad fiscal existia oculto un enorme déficit que cubrian los recursos de la desamortizacion á costa de recargar á las generaciones futuras con la pesadumbre de enormes intereses.

Mientras tanto, la especulacion privada escarmentada, y con el recuerdo de la fuerte crísis de Sociedades anónimas de 1847-48, no se interesaba en las acciones de las Compañías semi-francesas, de crédito y ferro-carriles, ni consentia la creacion de otras completamente españolas. En cambio, la especulacion encontró alimento en empresas tontinieras ó de seguros mútuos sobre la vida, que invertian los fondos de los imponentes en Deuda consolidada. Tambien obtuvieron favor otras empresas de imposicion sin capital propio ni más garantías que el crédito personal de sus fundadores, las que atrajeron á sus cajas muchos millones con el cebo de fuertes intereses, repartidos mensualmente, y la facultad concedida á los imponentes de retirar sus capitales, mediante aviso anticipado de pocos dias. Estas empresas invertian los fondos en préstamos á asociaciones de crédito mútuo, creadas en combinacion con ellas.

Así se levantaba un castillo de naipes que debia venir á tierra con la baja de los fondos públicos para las empresas tontinieras; ó cuando las asociaciones de Crédito mútuo, compuestas en su mayoría de deudores sin garantías, no pudieran devolver los préstamos.

La Union liberal, ilusionada completamente por el brillo de su artificial prosperidad, llegó, sin duda, á creer que era el momento de recobrar la antigua influencia de España en la política del mundo, y acometió guerras como la de Marruecos y anexiones como la de Santo Domingo, y organizó las expediciones á Méjico, á Chile y al Perú, consumiendo locamente los recursos de la desamortizacion.

El primer Gobierno de la Union liberal cesó en 3 de Marzo de 1863; pero el alza del 3 por 100 continuó hasta fin de Diciembre, en que se cotizó al precio máximo de 54'30 por 100. En la Caja de Depósitos, el período ascendente terminó el 15 de Noviembre, en que el saldo contra el Tesoro llegó á la cifra de 1.942 millones. Desde el mes de Diciembre se notó ya la escasez de capital: el descuento del Banco subió desde 5 á 7 por 100, y en Febrero de 1864 al 8: los billetes empezaron á cambiarse con dificultad y á negociarse con quebranto, durando todo el año la cola famosa de cambiantes. En Junio fué necesario negociar 1.200 millones en títulos del 3 por 100 para levantar 600 millones de reales efectivos: los recursos de la desamortizacion estaban casi agotados, y la Caja de Depósitos, en vez de alivio, se habia convertido en dogal que ahogaba á los ministros de Hacienda.

Al mismo tiempo se hizo la primera emision de Billetes hipotecarios, que produjo 847 millones; otros 124 millones se obtuvieron en 1865-66. La crísis estaba declarada. Los imponentes en las asociaciones tontinieras perdian en las liquidaciones, por la baja de la Deuda, todo el producto de los intereses y la mortalidad, más una parte del capital. Las empresas de imposicion suspendian pagos y se ponian en liquidacion, porque las asociaciones de crédito mútuo no podian devolver los préstamos; las Compañías de ferro-carriles veian desequilibrados sus cálculos con la depreciacion de las obligaciones del Estado, que ocasionaba la de las suyas propias; los títulos del 3 por 100, colocados en París y Lóndres, afluian sobre Madrid; el trabajo empezó á faltar y los jornales á bajar. Los compradores de bienes nacionales, que habian pujado á precios excesivos, no podian pagar y eran declarados en quiebra: algunas empresas, que invirtieron sus fondos en construcciones urbanas, tenian que liquidar, tambien en pérdida, por la rápida baja de la propiedad inmueble.

El año 1866 fué todavía peor que el de 1865. La crísis inglesa se declaró desde Abril á Mayo, y las insurrecciones en Madrid del 3 de Enero y el 22 de Junio, provocaron una reaccion política que vino á aumentar las crecientes dificultades del órden económico: continuó así en 1867 con nuevas sublevaciones en la frontera francesa, y en 1868 una malísima cosecha terminó aquel período con la revolucion de Setiembre.

Por esta lijera exposicion de los hechos se demuestra que la principal causa eficiente de las dificultades económicas con que lucharon los Gobiernos de la revolucion, y despues los de la restauracion hasta la época presente, está en el insensato uso que se hizo desde 1858 á 1863 de los grandes recursos de la desamortizacion civil y de la Caja de Depósitos, y en la persistencia en seguir el sistema de grandes gastos militares y fuertes impuestos de los Gobiernos conservadores. Pero ninguno de éstos ha tenido, como el de la Union liberal, cinco años de tiempo y cerca de 6.000 millones de reales de recursos para reorganizar la hacienda, y á ninguno le corresponde tan gran responsabilidad como á los que emplearon aquellos poderosos medios de crédito en crear un déficit anual de 600 á 800 millones. En segundo lugar, pesa esa responsabilidad sobre los que, siguiendo una política reaccionaria por conservar la fuerza material, su principal apoyo, en vez de corregir el mal lo acrecentaron sin prudencia ni consideracion alguna.

La revolucion procuró poner ese remedio, pero no la era dado hacer milagros; sus leyes, favorables á la libertad del trabajo, no podian improvisar capitales que acudieran á utilizarlas. A pesar de esto, liquidó la Deuda del Tesoro por medios honrados y hasta donde las circunstancias lo permitian: su retorma arancelaria produjo en el trienio de 1870-72 un movimiento comercial en año comun de 3.957 millones de reales, mientras que en el período de la prosperidad artificial y de la construccion de los ferro-carriles, 1860-64, el promedio fué sólo de 3.037, y en el quinquenio de 1865-69, ese promedio habia descendido á 2.897. De forma que las leyes de la revolucion dieron un aumento de más de 1.000 millones. El espacio me falta para exponer otros datos y deducir sus legítimas consecuencias; pero la insurreccion carlista y los sucesos posteriores de 1873, y más que todo el sistema seguido desde 1875, recargando fuera de toda moderacion los impuestos, suspendiendo la reforma arancelaria, hostigando al comercio con visitas domiciliarias, y sacando á subasta, por millares, las fincas de los contribuyentes morosos é insolventes, se ha traducido en una atonía económica y en una carestía que nos empobrece y arruina.

FELIX DE BONA.

NOTAS Y APUNTES

de un viaje por el Pirineo y por la Turena, hecho en el verano de 1878.

III

AGUAS-BUENAS.

Despues de algunos dias de residencia en Pau, donde se reunió de nuevo con nosotros el Sr. Amblard, quien, como queda dicho, se habia detenido en Bayona para acompañar al Sr. D. Tomás Retortillo, emprendimos nuestro viaje á Aguas-Buenas, para donde sale todos los dias una *diligencia*, pues aunque está proyectado un camino de hierro que penetrará hasta dentro del valle *D' Osseau*, todavía tardará la terminacion de estas obras. Además de las expediciones de la diligencia, hay magníficos coches de los llamados *landós*, que hacen este viaje por veinticinco ó treinta francos, y nosotros preferimos este medio, por ser más cómodo bajo todos aspectos. Salimos de Pau al medio dia, despues de almorzar, para gozar á nuestras anchas las bellezas del camino, que está tan bien cuidado como todos los de Francia, por lo cual no hay que sufrir las molestias que producen los baches y malos pasos; y como son tan frecuentes las lluvias, tampoco fatiga el polvo; así que íbamos de ordinario con el carruaje abierto, salvo algunos momentos en que nos obligó á cerrarlo la lluvia, pues con estar en los últimos dias de Julio, hacia un tiempo nebuloso y húmedo.

Tomamos el coche en el pátio del Hotel Gassion, y dando un gran rodeo, á que obliga la desigualdad del terreno, vinimos al hermoso puente sobre el Gave, que tiene siete arcos; una vez pasado, empiezan las *villas* ó alquerías, y en seguida las calles del pueblo de Jurançon, de modo que todo aquello es un verdadero arrabal de Pau, pues el mismo pueblo sólo dista de la ciudad dos kilómetros.

Entre las *villas* de esta parte de Pau, y antes de llegar á Jurançon, no puede ménos de llamar la atencion de los españoles, una llamada *Cadiz*, segun se lee en un rótulo que está en la verja de entrada; la causa de este nombre consiste, en que la finca pertenece á un hijo de aquella famosa ciudad, que reside allí por motivos de salud con su familia, D. Rafael Sanchez de Mendoza, antiguo diputado á Córtes; todos teníamos con él relaciones de amistad, y especialmente el Sr. Amblard, pues los dos tomaron gran parte en la organizacion del partido moderado en la provincia de Cádiz con el Sr. D. Alejandro Llorente y con otros desde antes del año 38, habiendo fundado por entonces el periódico que se llamó el *Globo*, y que de resultas de ciertos sucesos ocurridos en 1841, cambió su nombre por el del *Comercio* que todavía se publica con gran éxito en aquella plaza, bajo la direccion del Sr. Arboleya; no nos detuvimos, sin embargo, á visitar á este antiguo amigo, porque ya sabíamos que estaba en Aguas-buenas, donde íbamos, y allí le encontramos y estuvimos al mismo tiempo algunos dias, anticipando él su regreso como habia anticipado su llegada.

Segun ya he indicado, el pueblo de Jurançon, es célebre por sus vinos, que son rojos y blancos, y que alcanzan precios considerables, de tal modo, que aún en Pau cuesta la botella del añejo de seis á siete francos; á pesar de la latitud en que el pueblo se halla, el vino es más alcohólico que el de Burdeos, y se parece más que á los de esta region á los de Borgoña: las viñas, que ocupan poca extension, se labran con gran esmero, y están sostenidas por rodrigones altos que levantan los sarmientos para impedir que los racimos se pudran con la excesiva humedad del suelo, y para que la accion de la luz y del sol los madure pronto, favoreciendo la formacion del azúcar que llaman los químicos *glucosa*: en Jurançon hay un mosáico de la época romana, y fuera de esto no existe otra curiosidad digna de notarse.

Siguiendo el camino, á ocho kilómetros está *Gan*, donde hay una granja-escuela y una fuente ferruginosa: aquí se bifurca el camino siguiendo su rama principal á Oloron. Despues de pasado el puente sobre el rio Neez, va el camino de Aguas-Buenas por *Rebenac*, que está á 15 kilómetros de Pau, y de aquí parten las aguas que alimentan las fuentes de esta ciudad y que se toman en el manantial del *Goueil del Neez*. Cerca de Rebenac está el antiguo castillo de *Bitaubé*, y más adelante el pueblo de *Sevignac*; á los 26 kilómetros se llega á *Louvit-Juzon*, donde ó se mudan los caballos ó al ménos se les da un descanso muy necesario para proseguir el camino, pues, aunque desde allí no quedan sino diez y ocho kilómetros hasta Aguas-Buenas, es la parte más difícil del camino, porque empieza á ser más sensible la subida, á pesar de las grandes obras que se han hecho para suavizarla.

A la entrada de *Louvit* hay un puente sobre el *Gave* y muy cerca el parador, donde se suelen detener los carruajes; el sitio es muy pintoresco, lleno de árboles, como lo está hasta allí todo lo que se descubre á derecha é izquierda del camino. Habiendo almorzado en Pau, entretuvimos el tiempo en Louvit, contemplando el paisaje y tomando, lo que llamamos los españoles, una sangría caliente; pues á pesar de la hora, que era de tres á cuatro de la tarde, á fines de Julio, el tiempo estaba húmedo y tan fresco que nos agradó mucho envolvernos en nuestros abrigos. Al emprender de nuevo el camino se entra ya en el valle de Ossau, que tiene diez y seis kilómetros de largo y por partes dos de ancho; está formado por dos cordilleras del Pirineo que corren casi paralelas; la calzada vá siempre á la orilla del Gave de Ossau y el panorama que desde allí se descubre es magnífico: á derecha é izquierda altísimas montañas, unas pobladas hasta la cumbre de árboles, otras que desde cierta altura dejan ver las rocas peladas, contrastando sus colores amarillentos, grises y azulados, con la verdura del bosque que presenta todos los matices, desde el más intenso hasta el más ténue. Las nubes suelen adornar las crestas como gigantescos penachos, y otras parecen velos flotantes suspendidos de los costados de los montes, en los cuales todavía se crian algunos osos y en las partes más elevadas los revecos, que aquí llamamos *izards*, y otras especies de mamíferos que en lo antiguo eran más abundantes, por lo que toda aquella region fué el sitio predilecto de caza de los condes de Bearne, especialmente desde Gaston Febo á Enrique IV, sirviendo de apeadero y aún de residencia á estos príncipes el castillo llamado Castel-Gelas que está á la entrada del valle.

Tres kilómetros mas allá de *Louvit* está *Bielle*, donde hay una iglesia ogival, que está considerada como monumento histórico, y además hay mosáicos, sepulcros y otras antigüedades de la época romana, y en el pueblo algunas casas construidas en los siglos XV y XVI. Sigue á este pueblo *Belesten*, que dista de él tres kilómetros y seis mas allá *Laruns*, que es el más importante del valle, y está situado en su parte más ancha, dominado por el castillo de *Espalungue*. Despues del puente sobre el

Arriezée, se atraviesa el *Gave* de *Osseau*, y allí se bifurca el camino; el de la derecha conduce á *Aguas-Calientes*, y el de la izquierda á *Aguas-buenas;* desde esta encrucijada la pendiente es muy rápida, á pesar de haberse hecho há pocos años un nuevo camino que la suaviza; pero los seis kilómetros que hay desde *Laruns* á *Aguas-buenas* son los más penosos y difíciles, por lo que se echa más de una hora en recorrerlos, teniendo que ir siempre al paso, por fuertes que sean los caballos del carruaje. No obstante los rótulos que veíamos por todas partes, diciendo que la mendicidad está prohibida en el departamento de los Bajos Pirineos, seguian el carruaje pidiendo limosna muchachos, hombres y mujeres, siendo de notar entre ellos un imbécil, de los que propiamente se llaman *cretins* en Francia, no sólo por la pequeñez de su cabeza, sino por sus gritos inarticulados y por sus contorsiones y saltos.

El valle de *Ossau* que habíamos atravesado, tiene una historia muy interesante y es de los más famosos del Pirineo; sin duda fué una de las primeras regiones habitadas por el hombre quizá al final de la época que los geólogos llaman terciaria, sirviéndole de refugio las cavernas que aun se ven en las laderas de los montes, especialmente la de *Arudy*, donde se han encontrado muchos instrumentos de piedra de los que llama el vulgo piedras de rayo, que son verdaderas hachas, y además martillos, puntas de lanzas ó flechas y huesos de animales de especies extinguidas. Como en otras partes de Francia y España, hay tambien monumentos de época posterior á la del hombre troglodita pertenecientes á la raza llamada céltica, siendo de notar entre ellos el dolmen de *Buzy* y los círculos de piedra (cromlechs) de *Bilheres* y del valle de *Brousset;* no es posible fijar el tiempo que medió desde la aparicion de esta raza perteneciente ya al tipo caucasiano y á la rama aria en esta region, hasta que llegaron á ella los romanos, que, como se sabe, despues de tremendas luchas sometieron en tiempo de César y por sus victorias las Galias á su imperio. Como ya he dicho, en diversos puntos del valle se encuentran aun restos de esta dominacion, y sin duda el castillo de *Castet* fué, antes que sirviera de fortaleza á los vizcondes de *Ossau*, un campamento romano que aseguraba la posesion del valle á sus conquistadores, los cuales como en todas partes, impusieron aquí su lengua y sus costumbres, siendo de lo primero evidente testimonio el dialecto que hablan los bearneses, más cercano al latin que la lengua francesa y sin rastro alguno de la euskara, que se habla todavía en la region más occidental del Pirineo á ambos lados de la frontera. Asimilados y fundidos romanos y galos, y constituyendo un sólo pueblo, vivieron los habitantes de Ossau como los de toda la Aquitania hasta las invasiones del siglo V, en que sin duda tuvieron mucho que sufrir por ser este valle uno de los que dieron paso á los bárbaros desde Francia á España, y claro está que procurarian establecerse en él y fortificarse para asegurar sus comunicaciones; sin duda desde entonces, y probablemente en *Castet*, se estableceria algun tiufado que con el título de *vice-comes* ú otro análogo, seria el jefe militar de aquella comarca, que luego formó parte del condado de Gascuña.

Convertidos ya al catolicismo los francos, godos y ostrogodos en el siglo IX, se erigió la Iglesia románica de *Bielle*, término de las peregrinaciones de los devotos de aquellas épocas, que dejaron grabados sus nombres en las columnas del templo, los cuales han dado materia á curiosas investigaciones de los eruditos. Al fin del siglo XII, el vizcondado de *Ossau* se unió al de *Bearne*, pero conservó cierto grado de independencia y su fuero especial, copilado en 1221, en el cual se consignaban las franquicias de los habitantes y los derechos del señor de Bearne: así se conservaron las cosas hasta que en el siglo XVI, Enrique IV de Navarra, siguiendo la tendencia unificadora de las monarquías de su época, sometió á los de *Ossau* á las leyes por él promulgadas, pero el valle conservó todavía su independencia administrativa y su organizacion especial, segun aparece del catastro mandado formar por Colbert en 1675, en que se dan, entre otras, las siguientes noticias:

"El valle de *Ossau* forma parte del Estado de *Bearne*, y es una lengua de tierra que no tiene más de mil pasos de ancho, rodeado á derecha é izquierda y al mediodía de colinas, montañas, bosques y rocas inaccesibles; hay en él diez y ocho parroquias, que son: *Laurus, Santa Coloma, Bielle, Bilheres, Louvie-Juzon, Buzy Arudy, Castet, Beost-Bagés, Sevignac* y *Meyrac, Gere* y *Belesten, Aste* y *Beon, Aas, Yzeste, Bescat, Louvie-Listo, Assouste, Geten.* Estas parroquias forman la comunidad ó concejo general del valle que sirve de valladar á Francia del lado de Aragon."

"Al rey, Señor, soberano de *Bearne*, pertenece en todos sus grados la justicia en todo el valle, cuyos habitantes son sus verdaderos y leales súbditos, y le deben obediencia y servicio en todas ocasiones; los jurados de todas las parroquias tienen su punto de reunion en *Bielle*, en la sacristía de la iglesia de San Vivian, y allí deliberan y resuelven los negocios del concejo á pluralidad de votos, siguiendo al emitirlos el órden de las parroquias. No se pueden convocar los Estados generales de *Bearne* sin llamar á los jurados de *Ossan*; el valle está en la jurisdiccion del Parlamento de *Pau* y en la Senescalía de *Oloron*, habiendo en él un procurador del rey, y en señal de la jurisdiccion de éste en Bielle está la picota. El concejo tiene para su uso un sello con las armas del valle, y sus habitantes gozan el derecho de caza y pesca; en *Arudy* hay mercado público, que de tiempo inmemorial se celebra cada quince dias, en miércoles. Este valle tiene tratados de paz con los de *Tena, Echo* y *Ansó*, y con la villa de *Canfranc* en España, y con los de *Aspe* y *Baretous*, y con las ciudades de *Pau* y *Lescar* en Francia.

Esta situacion política y administrativa desapareció como todas las que tenian los diferentes Estados y regiones que llegaron á formar á principios del siglo XVII el reino de Francia, bajo la fuerza niveladora y unitaria de la revolucion de 1789, y hoy el valle forma varias municipalidades sometidas á la prefectura de *Pau* en lo administrativo, y á su tribunal ó córte en lo judicial; la de Aguas-Buenas se ha emancipado hace poco de la de Aas, y tiene su alcalde propio y su régimen independiente.

Llegamos al término de nuestro viaje y al fin del ameno valle de *Ossau*, donde está Aguas-Buenas, á la caida de la tarde; y, aunque habíamos telegrafiado á los dueños del hotel de Francia, salió á recibirnos madame Toverne, que, más que su marido, lleva con gran habilidad la gerencia del Establecimiento, y nos dió la triste nueva de que no tenia habitaciones para todos nosotros, por lo cual, el Sr. Amblard y yo nos alojamos provisionalmente en una de las varias sucursales de dicho hotel, y el Sr. Santillan en la Maisson Bonne-caze, donde al dia siguiente nos colocamos todos.

Sacudido el polvo del camino, fuimos á comer al restaurant del hotel, y al retirarnos á dormir, sentimos un frio más propio de Enero que de Julio, cosa que por fortuna no volvió á suceder durante nuestra permanencia en Aguas-Buenas.

Para no perder tiempo, al dia siguiente, despues de nuestra instalacion definitiva en la Maisson Bonne-caze, donde encontramos cómodo alojamiento,—pues sin duda es de las mejores de la poblacion, y reina en ella una quietud y un órden perfectos,—y á eso de las doce de la mañana, fuimos á consultar nuestras dolencias con el inspector general de las Aguas, M. Pidoux, que es, como se sabe, una de las eminencias de la vecina Francia en el difícil arte de curar, segun decian los antiguos, ó en las ciencias médicas, como ahora se dice, siendo clásico el tratado de terapéutica general que escribió en union con el doctor Trousseaux.

Es el doctor Pidoux un anciano, pero está aún en el pleno uso de sus facultades intelectuales y físicas, y goza, como dicen los franceses, *d'une verte vieillesse*, esto es más de notar, porque está realzado por su carácter afable y hasta jovial, de suerte que es todo lo contrario de aquellos doctores pedantes y adustos que pintó con mano maestra Moliére en el *enfermo imaginario* y en otras obras suyas. Aunque los tres consultantes éramos enfermos leves, el doctor nos examinó individual y minuciosamente, revelando así en sus preguntas como en el diagnóstico y pronóstico que formó de nuestras dolencias sus grandes conocimientos y su extraordinaria práctica, á que sin duda ha servido de base lo que se llama ojo médico ó intuicion médica. Despues del exámen de cada uno, nos fijó el tratamiento que habíamos de seguir, escribiéndolo con claridad y concesion; aquel mismo dia empezamos por la tarde á tomar las aguas en pequeña dósis, y al dia siguiente, yo y Amblard, baños generales y todos duchas pulverizadas sobre la boca posterior y entrada de los conductos aéreos para combatir su flogosis calificada de herpética.

No será fuera de propósito dar aquí alguna, aunque breve noticia, de las Aguas Buenas y de su historia; desde muy antiguo son famosos diferentes manantiales de ambas vertientes del Pirineo; ya habló de ellos Plinio el antiguo ó sea el naturalista, si bien no tiene fundamento la opinion de Scalígero, que supone que el escritor romano se referia especialmente á los de Bearne, no habiendo vestigio alguno de que los del valle de Ossau fueran conocidos ni mucho ménos usados por los romanos. Las Aguas Buenas y las Aguas Calientes tienen una historia comun, y la primera indicacion fidedigna respecto á las últimas, es la que consigna Bordeu, de quien se hablará luego, el cual dice que entre los letreros que vió en las paredes del baño de la *Esquirette*, habia uno que llevaba la fecha de 1507, lo cual prueba que aquellas aguas eran conocidas y usadas antes de esta fecha; pero no se sabe más de aquellos tiempos si no que les dieron fama algunas curas que con ellas se alcanzaron, y que por esto fueron favorecidas y visitadas por los señores de Bearne, á lo que se debió que se conocieran bajo el nombre de *Aguas de Albret*.

En corroboracion de esto, se cita el hecho que cuenta el historiador de Thou, de haber intentado subir al pico del Mediodía M. de Candale, de la casa de Fox, cuando acompañaba á Enrique II de Navarra, durante su permanencia en estas regiones: se sabe además que en 1540 Jacobo de Fox, obispo de Fox, pidió permiso al municipio de *Laruns* para construir una casa de piedra con el objeto de acompañar á los príncipes de Navarra, cuando iban á Aguas Calientes y á Aguas-Buenas. *Laruns* concedió el permiso con las franquicias más ámplias, y esta casa, además de la llamada *casa vieja del Rey*, de que se habla en 1571, eran los únicos edificios sólidos y permanentes que allí habia, pues los demás no eran sino chozas; así es que habiéndose quemado en 1560 la de Peyroton Duguetine, la Reina le dió permiso para levantarla, con la obligacion de que admitiera en ella á los enfermos, al precio y con las condiciones establecidas en la Ordenanza referente al asunto. La Reina Juana d'Albret venia con frecuencia á estas Aguas, y estando en ellas supo la conspiracion tramada contra ella y sus hijos por los católicos, descontentos por la tiranía con que trataba de establecer en su reino la reforma calvinista. Estos viajes dieron gran fama á las aguas, donde concurria ya mucha gente, á la que se predicaban las novedades religiosas, á cuyo fin se destinaron hasta cuatro pastores calvinistas, y todavía en 1620, el ayuntamiento de *Laruns* mandó que se pusiera una campana en la *casa vieja del Rey* en Aguas-Calientes, para convocar á los sectarios á oir las pláticas de los pastores calvinistas, pues no obstante la abjuracion de Enrique IV, siguió siendo protestante la mayoría de los habitantes del valle de Ossau hasta la revocacion del edicto de Nantes.

Como prueba del favor que gozaron las aguas minerales de este valle, y de la importancia que alcanzaron en el siglo XVI, puede citarse el reglamento que en 1576 dió Enrique d'Albret, lugarteniente del rey en Navarra y Bearne, y por el cual se obligaba á los jurados de *Laruns* á que tuvieran provisiones de pan, vino, carneros, carne salada, aceite y bugías en Aguas-Calientes, y que no vendieran estas mercancías á los bañistas sino un *liard* más caro cada libra del precio que tenian en *Laruns*.

ANTONIO MARÍA FABIÉ.

DOLORES.

(*Continuacion.*)

XXVII

¿Y en qué dia habia sobrevenido aquella especie de explosion del amor de María? En un dia en que se habian sublevado poderosos y terribles recuerdos en la conciencia de don Pedro. Recuerdos que habia avivado en él, hasta hacerlos desesperados, la profunda, la melancólica mirada de Dolores, encontrada por acaso en la calle. Mirada que habia obligado á don Pedro á seguirla, conmovido, palpitante. Que le habia impulsado á ocupar un cuarto en la misma casa para vivir á la inmediacion de Dolores. Espectros sombríos se habian levantado con una fuerza y de una manera más distinta que nunca en la conciencia de don Pedro representando una maldicion. Y cuando aquella maldicion le aterraba, cuando veia en ella una manifestacion de la eterna justicia, el amor que acababa de revelarle de una manera indudable María, no podia traerle más que una suprema desventura.

XXVIII

María habia bajado rápidamente la escalera, haciéndola temblar bajo su peso de buena moza, de una manera que parecia firme. Pero al llegar al descancillo irregular á donde daba la puerta de la bohardilla de Dolores, se detuvo y vaciló; una palidez densa habia hecho desaparecer el leve sonrosado de sus mejillas; una expresion de angustia habia aparecido en sus bellos ojos. La excitacion de su alma habia conmovido su cuerpo y habia sobrevenido un vértigo que se fué condensando hasta que tomó algo de carácter congestional. Esto demostraba que la impresionabilidad de la pobre niña era extraordinaria. Extendió ansiosa una de sus pequeñas manos, que temblaba bajo una potente excitacion nerviosa, y la apoyó en la puerta de la bohardilla: no estaba más que encajada y cedió, se abrió, faltó á María el equilibrio, dió dos pasos, vacilante, y cayó desmayada dentro de la bohardilla. La gran violencia que se habia hecho para decir á don Pedro algunas palabras para ella gravísimas, la expresion de atonía, de asombro, y luego de alegría, de pasion, de adoracion, que al escucharlas don Pedro habia aparecido en sus ojos; una vida poderosa que se habia acariciado un instante, pero un instante inmenso, en las miradas de ambos; algo supremo que se habia infundido en el sér de María, insoportablemente doloroso en fuerza de inefable, de infinito, de embriagador, habian producido en ella, por una emocion demasiado profunda el accidente que en algunos segundos la habia hecho perder el sentimiento de sí misma.

XXIX

Almorzaban en aquel momento, sentados al rededor de una pequeña mesa, en el centro de la bohardilla, Dolores, Casquetillo y Cármen. El almuerzo no podia ser más modesto, más económico; media libra de sardinas en pimenton, con muchas sopas; pero aquel pobre almuerzo se comia con muy buen apetito, y resultaba muy rico. Dolores daba de comer á Cármen. La desventurada niña no tenia conciencia para nada. Era necesario darla de comer, y comia, como si no hubiese sentido el gusto de lo que comia; como por un impulso material del organismo á causa del hambre. Satisfaciendo su necesidad sonreia, y su mirada sin expresion, pero límpida, bella por un no se qué de misteriosa pureza, vagaba de la cazuela de las sopas al semblante de Dolores. La sonrisa de la niña era indescribible. Un misterio, un fenómeno puramente animal... no encontramos medios de expresion.

En el extreno de un felpudo ordinario, sobre el cual, como sobre un tapiz, estaba la mesa, habia un pequeño barreño con fuego. Al caer María se hirió en la frente sobre la sien derecha, contra el borde del barreño: saltó la sangre en abundancia: aquello fué tal vez providencial: la sangría que acaso necesitaba urgentemente María, no se habia hecho esperar.

XXX

Un momento antes de que sobreviniese este accidente, hablaban de una manera tranquila y cariñosa Dolores y Casquetillo: la mirada del jóven se recreaba en la melancólica mirada de Dolores, siempre triste y poética, siempre dulce y profunda, siempre dejando ver de tiempo en tiempo, y como de una manera fatal, irremediable, algo luciente, algo abrasador á Casquetillo.

—¡Cómo le gustan las sardinas á la niña!—decia él.

—Ya sabes que no le gusta ni le disgusta nada,—decia Dolores:—es que hoy almorzamos más tarde.

—¿Qué quieres, Dolores? Hoy se ha retrasado el periódico: ¿por qué no habeis almorzado sin mí?

—¡Oh! ¡no!—dijo Dolores.

En aquel momento se abrió como por sí misma la puerta, apareció María, perdido ya el equilibrio, cayó, se hirió y quedó inmóvil.

Dolores y Casquetillo se levantaron violentamente, como si los hubieran lanzado de sus sillas dos poderosos resortes. La sorpresa no era para ménos. Hubo un momento de estupor. En aquel momento María se extremeció. Habia oido un monosílabo gutural, pero determinado: un gemido. Volvió la cabeza y vió á Cármen extremecida, crispada, mirando de una manera determinante, fija, espantada, á María.

Parecia como si el alma de la pobre idiota se hubiera despertado. Habia en su mirada actividad, sentimiento, espanto, y como esfuerzo por recoger un recuerdo perdido.

—¡Oh, Dios mio!—exclamó Dolores.

Y su ansiedad se compartió entre María y Cármen.

Pero aquella ráfaga de sentimiento, de actividad, pasó por Cármen como hubiera podido pasar instantáneamente una corriente eléctrica que la hubiese galvanizado, si es que puede hablarse de galvanismo tratándose del alma. La mirada de la niña volvió á su expresion de insensibilidad moral, ó más bien á su falta de expresion. Dolores gimió: levantó los ojos al cielo en una inmensa

súplica, acudió á María, la levantó la cabeza y le puso el pañuelo sobre la herida. Casquetillo se habia disparado: vivo, enérgico, comprendiendo la necesidad imperiosa de un auxilio eficaz, benévolo, impresionable, se habia lanzado fuera. Pero se le ocurrió que su voz llegaria antes que él al pié de las escaleras, y avanzándose á la barandilla, inclinándose sobre el profundo hueco, gritó con su voz extensa y vibrante:

—¡Señor Facundo! ¡Señor Facundo!

Tal era la entonacion de la voz de Casquetillo, que el remendon-portero se alarmó. La voz de Casquetillo sonaba á desgracia: tiró la prenda que recosia, corrió al pié de las escaleras y levantó el agrio semblante.

—¿Qué sucede?—respondió.

—¡Aquí hay una jóven que se muere!—dijo Casquetillo: ¡vaya usted á escape por un médico!.. ¡yo le daré á usted una pesetilla! ¡Vaya usted, hombre!

—¡Pues por el aire!—dijo el señor Facundo.

Y al olor de la pesetilla escapó.

XXXI

De la misma manera que la extensa voz de Casquetillo habia descendido por la escalera, subió por la otra escalera en espiral hasta la habitacion de don Pedro. La voz de Casquetillo habia encontrado al veterano, de pié, pálido, atento. Habia oido el ruido que habia producido al romperse escapado de las manos de María el jarro en que habia llevado la leche: á aquel pequeño fragor, habia sucedido otro ruido sordo, pesado, producido por María al caer. Por último, habia sonado la voz vehemente, impregnada de una especie de espanto, de Casquetillo. Don Pedro no tuvo ya duda, y como lanzado por un poder incontrastable, bajó, nos atreveremos á decir que magnéticamente, las escaleras, y llegó á la bohardilla.

XXXII

Entró en ella, ó por mejor decir, la invadió.

—¡Oh! ¿qué es esto?—exclamó,—¡María!

Dolores habia incorporado á la jóven que continuaba sin conocimiento. Casquetillo estaba aturdido. Dudaba entre permanecer allí ó ir por sí mismo á buscar auxilio, temeroso de que el señor Facundo no fuese bastante activo, bastante celoso.

—¡Ah! no, no os asusteis, hijos mios,—exclamó don Pedro que habia examinado á María: esto no es tan grave como parece; esa herida ha sido una fortuna.

Dolores miraba con asombro, con un asombro en que habia algo semejante al espanto, á don Pedro. Por el contrario, Casquetillo le miraba con confianza. Dolores continuaba apretando su pañuelo sobre la frente de María.

La atencion de don Pedro se dividió entre la enferma, Dolores y Casquetillo. Miraba á María con ansiedad, á Dolores con ternura, á Casquetillo con inquietud, á la niña, á Cármen, de una manera profunda. El relámpago de sentimiento espiritual que habia aparecido en ella, á la vista de María, cayendo como dos años antes habia caido su madre, habia pasado. El idiotismo, la existencia únicamente en ella de las necesidades materiales, habia vuelto. La pobrecilla no se habia movido del lugar en que estaba junto á la mesa, y como no se habia calmado aun su hambre, comia con una especie de voracidad las sardinas que sacaba con la mano de entre el caldo rojo del pimenton. Dolores compartia su atencion entre María, la niña y el desconocido. Cuando miraba á éste bajaba los ojos y se extremecia.

XXXIII

—¿Es usted por acaso médico?—preguntó Casquetillo á don Pedro.

—No,—dijo éste.—No importa, cojeremos como podamos la sangre á María.

—¿La conoce usted?—dijo Dolores dirigiéndo la palabra de una manera insegura á don Pedro.

—Sí, mucho,—respondió Don Pedro;—es la hija del dueño de la casa de vacas, de donde me sirven la leche: pero... agua, agua y algo que sirva de vendaje.

Don Pedro se habia apoderado de María, la habia levantado, y ayudado de Dolores, la habia puesto en el lecho de ésta, que estaba en un ángulo, bajo la parte más baja del techo, inclinado como todos los de las bohardillas. Casquetillo llenó de agua una pequeña jofaina ordinaria, y la llevó á Don Pedro. Dolores abrió su baul, buscó en él, de una manera apresurada, ansiosa, una de sus camisas más usadas, la encontró y la rasgó en largas bandeletas. Don Pedro labó la herida, que era superficial, y la vendó. María respiraba de una manera fatigosa. Empezaba á volver en sí. Cármen continuaba comiendo, completamente insensible á cuanto pasaba cerca de ella, y sonriendo como siempre que satisfacia su sed ó su hambre.

—Usted es, sin duda, el vecino que se ha mudado esta mañana al palomar,—dijo Casquetillo.

—Sí, mi jóven amigo,—contestó don Pedro:—á mí me gusta vivir alto, muy alto, donde haya mucha luz y mucho aire, y tengo la satisfaccion de ofrecer á ustedes mi casa, ó más bien mi palomar; ¿y ustedes son hermanos?—añadió don Pedro de una manera extraña y como con ánsia de oir la contestacion.

—Sí, señor;—se apresuró á decir Dolores:—hermanos.

Y bajó los ojos ante la profunda y extraña mirada de don Pedro.

—¿Y esa niña?—preguntó éste.

—¡Ah! ¡Mi Cármen! ¡Mi pobrecilla Cármen! Esa niña es una huérfana á quién yo sirvo de madre: la hija de mi señora.

—¡Oh, que Dios te bendiga, hija mia!—exclamó dolorosamente conmovido don Pedro.—Pero has dicho, mi señora.

—Sí, señor, mi pobre señora,—respondió con la voz apenas perceptible Dolores.

Se iba tranquilizando respecto á don Pedro. Encontraba en él algo que la era simpático. No podia dudarse de que aquel señor tenia muy buen corazon. Un hombre que tiene buen corazon no puede ser malo.

María volvió completamente en sí. El accidente no habia sido tan grave como se habia creido. Volvió en torno suyo la mirada, se incorporó sin trabajo, y exclamó:

—¡Ah, don Pedro!

Y como sintiese el dolor de la herida, y viese la sangre que la manchaba, añadió sonriendo como para tranquilizar á los que veia consagrados á cuidar de ella.

—Ya se lo decia yo á usted, don Pedro: esas escaleras son muy malas, me he caido por ellas: no vuelvo más.

Y se echó fuera de la cama.

El accidente parecia haber pasado completamente. Habia sido un vértigo agravado por un principio de congestion, que la sangre vertida por la herida habia neutralizado.

María era muy fuerte: parecia recobrada de todo punto. Sin el vendaje de la cabeza, sin la sangre que manchaba el pañuelo de seda blanco que tenia sobre los hombros y el pecho hasta el talle, y parte de su pañolon alfombrado, nada se hubiera notado en ella más que una leve palidez que la embellecia. Miraba con una franca y hechicera simpatía á Dolores, á Casquetillo con curiosidad, á don Pedro de una manera indefinible, mezcla de miedo y de interés del alma. Su mirada iba por acaso á fijarse en Cármen, que ya no comia, que permanecia junto á la mesa en un sillon de brazos, y que dejaba ver en el suyo izquierdo una convulsion persistente. Siempre habia en Cármen un miembro convulsionado: cuando la convulsion se hacia general, sobrevenia el accidente epiléptico. Esto acontecia todos los dias. Aquél la convulsion que se dejaba ver en el brazo izquierdo de la niña, era más insistente, mucho más perceptible. De tiempo en tiempo un gesto nervioso alteraba la belleza de aquel semblante sin expresion, producia una mueca, y pasaba con un rechinamiento de dientes.

—¡Oh, y qué niña!—exclamó María:—¡pobrecilla!

Y luego añadió, extendiendo una de sus manos hácia María.

—Ahora me voy... sí... me voy... pero yo volveré, volveré á dar usted las gracias.

—¿Y no más?—dijo Dolores.

—¡Oh! ¡siempre! ¡sí!—dijo María:—seremos amigas.

Y luego, dirigiéndose á don Pedro, entre séria y sonriente, entre temerosa y desconfiada, añadió:

—Pero no subiré mas arriba; no... no quiero volver á caerme.

—Pero, ¿te sientes fuerte, María?—exclamó con un vivísimo interés don Pedro, en quien habia más ternura que si María hubiera sido su hija.

—Sí, sí, señor,—dijo María,—estoy un poco cansada, y me duele un poco la cabeza... no es nada.

Pero un nuevo, aunque ligero desvanecimiento, la desmintió. Vaciló y hubo de sentarse en el borde de la cama.

XXXIV

En aquel momento sobrevino el señor Facundo: con un viejo vestido de negro y abrigado con una capa azul.

—Aquí está don Nicanor,—dijo,—mi médico, el médico del amo, un excelso médico: pero, ¿quién está aquí malo? ¡Oh!—añadió reparando en María,—¡la jóven pasiega que me preguntó hace poco por el nuevo inquilino!

—Veamos, veamos,—dijo el médico.

Y examinó á María.

De resultas del exámen, declaró: que no habia que pensar en que María se volviera á su casa; que, por el contrario, era de todo punto necesario se metiese en cama: que la conmocion cerebral que la habia acometido, aunque no fuese grave, no habia desaparecido aún: que una imprudencia podia agravarla: que la herida que habia recibido, habia sido un milagro de Dios: que iba á recetar, y á dejar además un tratamiento, y que él volveria por la tarde.

No habia medio: María debia permanecer allí. Sentia, además, un desvanecimiento que no la permitia tenerse de pié.

—¡Oh, Dios mio!—exclamó María:—¿y mi padre?

—Yo iré á avisarle,—dijo don Pedro.

Y dejando á María al cuidado de Dolores y de Casquetillo, subió á su vivienda.

XXXV

Se vistió apresuradamente, en lo que no invirtió mucho tiempo. Su traje de calle era bien ligero. Abrió su maleta, y de un ángulo de ella en que habia algun dinero, tomó seis ú ocho napoleones. Entonces era ésta la moneda que casi exclusivamente corria.

Bajó, asomó la cabeza á la puerta de la bohardilla, y dijo á Casquetillo.

—Ven acá, hijo mio.

Casquetillo acudió sonriendo. La sonrisa era la expresion habitual de Casquetillo: era el rebosamiento, por decirlo así, de su vida sin cuidados, alentada por las esperanzas de lo porvenir. No importaba cuáles fuesen aquellas esperanzas. Para Casquetillo la vida era el paraíso de la adolescencia, de esa juventud primera, en que el hombre gozaria de una manera indecible si conociese ya las amarguras de una contínua decepcion de la esperanza que de tal manera hace insoportable la vida á los viejos. Para Casquetillo el sol tenia todavía luz de oro: el cielo explendor de gloria: no tenia como don Pedro, tumbas en la memoria, espectros en los sueños, frio y nubes en el corazon y en el alma, y un porvenir breve y lúgubre, limitado de una tumba cercana, anhelada tal vez. No sentia su juventud sepultada en un cuerpo viejo. Su amor era un fresco sueño, en tanto que el de don Pedro era un dolor insoportable, perdido en un desesperante imposible. El amor de los amores, que es tanto más grande, tanto más terrible, cuanto ménos puede esperar su expansion, su delirio, su encanto. Alma jóven en cuerpo viejo. ¿Lo comprendeis? Si no lo comprendeis ahora, lo comprendereis mañana, ó la muerte os habrá ahorrado una agonía.

XXXVI

Don Pedro sacó al muchacho al descansillo de las escaleras.

—Toma, hijo mio,—le dijo,—para lo que ocurra.

Y fué á darle el dinero de que se habia provisto.

—¡Quiá!—dijo Casquetillo entre sério y sonriente;—no, señor, ¿para qué? No hace falta; yo soy rico... tengo mil y quinientos reales y mi sueldo: yo soy periodista: formo parte de la redaccion de *La Correspondencia*.

—¡Ah! ¡ya!—dijo don Pedro entre complacido y asombrado;—¡tú eres... periodista! ¡tú tienes un sueldo!.. ¡tú tienes ahorros!.. No importa, toma: María es casi, casi como mi hija...

—Pero está en nuestra casa,—dijo Casquetillo;—ni Dolores ni yo podemos permitir...

—¡Bueno!—dijo don Pedro.—No disputemos, adios.

Y bajó caviloso las escaleras.

XXXVII

—¡El espíritu y la materia!—murmuraba,—¡la contradiccion constante! ¡la lucha! El espíritu aprisionado en la materia, ó más bien, los dos espíritus: el sensual y el ideal. Lo perecedero y lo eterno. Ella le miraba con sorpresa y asombro: insistia en mirarle: él encarnizaba en ella su mirada absorta. El alma de la materia, que siente la juventud y la belleza. Y la otra, la otra... cuidadosa... expiando las involuntarias miradas de los otros dos; ¡oh Señor, Señor! ¡Los accidentes imprevistos de la novela de la vida! ¡Lo trascendental! ¡lo trascendental! ¿y qué es lo trascendental? ¡lo que vaga en torno de un misterio que no se esclarecerá jamás! ¡la vaguedad! ¡la duda! ¿dónde está la verdad! ¿qué es la vida?

Y soñando y filosofando, desesperándose y esperando, don Pedro bajó las escaleras, salió á la calle, y siempre en paso lento, cavizbajo, meditabundo, anegado en sí mismo, embriagado por una violenta excitacion nerviosa, cuidadoso por María, celoso por ella, andando y evitando tropezarse con las gentes de una manera instintiva, llegó al fin á la casa de vacas.

XXXVIII

Don Pedro se entró en ella: pero no por la puerta del despacho, sino por la del establo.

El señor Domingo, (así se llamaba el padre de María), estaba ordeñando una hermosa vaca. Oyó el saludo cortés, aunque seco, de don Pedro, y le contestó sin dejar de ordeñar y sin mirarle. Para él, don Pedro era una cosa familiar. Con mucha frecuencia iba á su casa, y se pasaba allí las horas muertas. Don Pedro iba como quien va á una casa, como por conocimiento, como por buena correspondencia, como por pasar un rato de conversacion en confianza. Pero la verdad era, que le llevaba allí una atraccion: María.

Las gentes del pueblo suelen tener el corazon sano: pero son rudas. Cuando ménos lo esperamos, sin género alguno de preparacion ni de forma, sueltan lo que tienen sobre el corazon. Ellos juzgan por sus impresiones y por su manera particular de ver las cosas. El señor Domingo habia visto. Don Pedro no se habia apercibido de que el señor Domingo veia.

Apenas terminado el saludo, el señor Domingo se levantó, con el barreño lleno por mitad de leche en las manos, y dijo:

—Me alegro de que haya usted venido, don Pedro, cuando no está aquí la rapaza. Tengo que decirle á usted.

—Y yo tambien tengo que decirle á usted mucho,—dijo don Pedro;—es urgente que se venga usted conmigo.

—Pues al momento don Pedro,—dijo el señor Domingo;—tengo que hablar con usted, muy largo y muy sério.

En efecto, el pasiego, que contaba ya más de setenta años, estaba más sério que de ordinario.

Entró en el despacho, dejó sobre el mostrador el barreño, se puso un chaqueton burdo y un sombrero de los de su tierra, encargó del despacho á los mozos, y dijo á don Pedro:

—Ahora, vámonos al café.

—Al café no,—dijo don Pedro.—A mi casa, es decir, á la casa donde yo tengo un rincon en todo lo alto, porque María no está en mi casa, sino un poco más abajo, en una bohardilla.

Se detuvo el señor Domingo, que ya se habia lanzado á la calle, y dijo:

—¿Que María está.... me ha dicho usted?

—Sí; María está enferma y no puede venir.

Los ojos indiferentes y apagados del pasiego, se encendieron de repente en una llamarada sombría. Paseó con una mirada recelosa y agresiva el semblante de don Pedro, y exclamó con voz concentrada:

—¡Que mi hija está enferma! ¡que no puede venir! ¡mi hija habia ido á su casa de usted!

—En efecto, y al bajar por las escaleras, que son muy malas, ha resbalado y ha caido.

—¡Que ha caido!—dijo el pasiego.

Y su semblante empalideció y se convulsionó. En sus ojos habia aparecido una agresiva expresion de ferocidad.

—Vamos, vamos,—exclamó,—y Dios quiera que no tenga yo que pedirle á usted cuenta de la caida de mi hija.

Y apretó el paso. Don Pedro le siguió más sombrío y más abismado en sí mismo que antes.

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

(Continuará.)

REVISTA ESPAÑOLA.

La mayoría y el Ministerio.—Moderados y centralistas.—Lo que es el Senado.—La carestía y la administracion.—La alianza electoral en los Municipios.

Puestos en el caso de rendirse á la carga de un poder personal, los pueblos que no se gobiernan por sí mismos se consuelan todavía si la iniciativa que ellos perdieron la recoje osadamente aquel que se vió de improviso en la cumbre. Pero no hay siquiera consuelo ni lenitivo alguno así que se advierte que á la sumision, por no decir á la servidumbre, se corresponde con el descuido y el abandono, y que ni el ciudadano tiene facultades, porque le fueron mermadas, para remediar por sí mismo las públicas desdichas, ni los remediará tampoco el que manda por su notoria incapacidad.

O la última crísis no tuvo causa ninguna que la explique, ó, si la tuvo, se quiso con ella como desvincular el Gobierno del mayorazgo que el señor Cánovas se habia ganado por virtud de las circunstancias y tambien por méritos propios. En el primer caso, aquella crísis es una sombra ó quizá una mancha en el sistema parlamentario. En el segundo, el resultado de las elecciones demuestra lo que ya se iniciaba en la manera como se venian preparando: que el Sr. Cánovas es más fuerte que la crísis y sus causas, y que no ha perdido, despues de los últimos trastornos, aquella especie de supremacía de que se le ha supuesto fundadamente absoluto poseedor. Con el ministerio caido se formó el ministerio triunfante y con despojos de la mayoría disuelta se ha reorganizado la actual mayoría. De un lado, las apariencias de la autoridad política con el general Martinez Campos: de otro, su ejercicio positivo y real con el Sr. Cánovas del Castillo; en ninguno, sinceridad constitucional ni regulares prácticas parlamentarias.

No se han abierto aún las Cámaras y asoman ya los primeros recelos; no se habrá leido el discurso de la Corona y aparecerán las primeras desconfianzas; y es muy probable que no acabe la legislatura sin que broten y prosperen las primeras disidencias. Por lo pronto, se ha de resolver acerca de asuntos que conciernen á las personas, que son ahora los más graves asuntos. ¿Quién presidirá el Senado? ¿Quién el nuevo Congreso? ¿Quién, por último, la comision de Mensaje? Es imposible que tenga este Gabinete candidatos propios, porque á la verdad, este Gabinete acude á las lides políticas con fuerzas prestadas. Vaya la presidencia del Senado al marqués de Molins ó al de Barzanallana; quédese en la del Congreso el Sr. Ayala, y obtenga la de la comision del Mensaje régio el Sr. Romero Robledo, siempre el Gabinete actual habrá de contentarse con que se sirvan darle distribuidos estos puestos, mientras que el Sr. Cánovas del Castillo podrá tomar para sí el que más le convenga. Y quiere tan sólo el de diputado, y haciendo en él cabecera, se dispone con muy buena voluntad á la defensa de su ilustre sustituto en la presidencia del Gobierno. Es natural que así sea, porque hasta ahora el general Martinez Campos no ha hecho cosa ninguna por la cual merezca el desvío de la nueva mayoría ni el de su jefe natural, que es el Sr. Cánovas. Pero en el trascurso de los dias, y en la sucesion de los acontecimientos que se preparan, esta adhesion y este apoyo dependerán así de los deseos de la una parte, como de los actos de la otra, y es fácil que no marchen siempre acordes actos y deseos. Y porque el personalismo gane en la nueva situacion todo aquello que el sistema constitucional va perdiendo lastimosamente, á esta especie de dumvirato, que lo forman el presidente del último Gobierno y el presidente del Gobierno actual, se llega el Sr. Romero Robledo con humos y honores de triunviro, apoyado en sus treinta mil electores y en su fraccion de diputados, que la tiene muy briosa, y en los muchos gobernadores y alcaldes que puso hábilmente á la cabeza de las provincias y de los pueblos.

Más han hecho hasta hoy los moderados puros por el actual Gabinete, que los mismos conservadores liberales; pero en las Cámaras lo que necesitará el general Martinez Campos son oradores que le defiendan, votos que le apoyen personalmente, y esto no se lo pueden dar los moderados, porque no lo tienen, ó no lo han traido al nuevo Parlamento. Quedáronse sin la voz autorizada del señor Moyano, que fué vencido en su misma tierra de Castilla por una negra ingratitud ó por una ciega venganza; pudieron luchar en muy pocos distritos, y en los ménos lograron la victoria; dividiéronse antes de las elecciones ó en las mismas elecciones, y sus periódicos han dado al público estas intestinas discordias. Y así será este partido siempre un endeble auxiliar del Sr. Martinez Campos, aunque hubiera en la última reunion que celebró su junta directiva, estrechos abrazos; y aunque en ella, como prenda de amistad entre los disidentes y como seguro de su tolerancia y aún de su benevolencia futura, se acordara el suspender la convocatoria de cierta Asamblea del partido en que se queria con el mucho ruido y aparato hacer una vanidosa ostentacion de fuerzas. Entretanto, y como consuelo de su derrota electoral, las ciudades de Zamora y Búrgos, y las Universidades de Valladolid y Salamanca, han ofrecido al Sr. Moyano sus sufragios para el Senado. Por último, y con esto acaban las noticias que se refieren al partido moderado, el Sr. Ramiro Lapuente, marqués de Alta Villa, escribe á *El Mundo Político* para que este periódico declare que no es cierto que reciba su director inspiraciones de París ni que el comunicante haya tenido ó tenga que ver nada con la empresa de *El Mundo Político* ni con ninguna otra empresa de periódicos españoles. Datos y noticias que importa reunir por lo curiosos, aunque verdaderamente no sean del mayor interés ni signifiquen otra cosa que la suma decadencia ó quizá la absoluta inutilidad en que cayó el partido moderado por sus propias culpas y desaciertos.

Además de la benevolencia de los moderados, se ha dicho que el Sr. Martinez Campos contaba particularmente con la benevolencia de los centralistas, que, por distintos móviles que aquellos, se colocan, por lo pronto, en una actitud espectante. Pero ni esta benevolencia de los centralistas, ni la de los moderados, ni la adhesion de los conservadores liberales, le libran de su embarazosa situacion, puesto que cada una de ellas se ofrece á nombre de distintas ideas y de distintos intereses, ó se quiere imponer á las otras, y al mismo que debe aceptarla, con duras y onerosas exigencias.

Nos aguarda, pues, una política de contradicciones absurdas ó de transacciones violentas y en la cual cabe holgadamente lo más inverosímil ó lo más inesperado.

El resultado de la eleccion de senadores ha correspondido, naturalmente, al resultado de la eleccion de diputados, y aun la representacion de las oposiciones será menor en la alta Cámara que en la Cámara popular. Aunque hayan puesto siempre las Constituciones al Senado como al nivel del Congreso, y tengan ambos Cuerpos Colegisladores las mismas atribuciones, ello es que en España toda la vida y movimiento político se agolpan hácia esta última Cámara: nuestras contínuas reacciones y revoluciones rompen frecuentemente los asientos ó bases de la institucion del Senado; la antigua nobleza perdió con la antigua monarquía el vigor que, por otra parte, ni ella misma pretende recobrar; los altos funcionarios del Estado carecen absolutamente de influencia positiva en la sociedad, porque rara vez se consideran aquí los más largos servicios administrativos como servicios prestados al país, ni, por lo comun, merecen tampoco esta consideracion; y finalmente, las industrias, las Universidades, los cultos, las academias, las artes, el comercio y todas estas representaciones particulares que como variedad orgánica de la representacion colectiva del pueblo se ha querido llevar al Senado, no pueden adquirir sin leyes ni costumbres democráticas la importancia superior y decisiva en las grandes crísis sociales que en otras naciones les ha dado la libertad de que gozan, la independencia con que viven y el espíritu de asociacion que aquí sofoca y destruye un poder absorbente, centralizador y suspicaz. Se ha reservado, además, el Poder ejecutivo atribuciones escesivas en la organizacion del Senado; y ahora mismo tiene más importancia para los partidos el nombramiento de senadores vitalicios, que se anuncia para este mes de Mayo, que la renovacion de senadores electivos: si dará ó no dará este Gobierno participacion á las minorías, y si entre las minorías ha de preferir á la constitucional ó á la moderada, es á la par que un verdadero conflicto para el Gabinete, como un cebo que se quiere poner á la vista de las oposiciones para aquietarlas con esperanzas, ya que no sea posible satisfacerlas despues de los últimos desengaños.

Al paso que se agrava la crísis política, y como si hubiera entre ambas una funesta relacion, se complica tambien la crísis económica. La esterilidad de los campos con el atraso de la agricultura, lo costoso y difícil de los trasportes con el peso de los tributos, la codicia de los acaparadores junto al más lamentable descuido de los servicios y atenciones municipales, han llegado á encarecer de tal suerte los artículos de primera necesidad, que la cuestion de subsistencias toma un aspecto muy alarmante. De Jaen, Granada, Ronda, Velez-Málaga y Ecija, se sabe que han ocurrido perturbaciones más ó ménos graves porque los jornaleros piden pan y trabajo; y pan y trabajo faltan en Castilla, empezando por Madrid, y en Galicia y Extremadura, y en Aragon, Valencia y Cataluña. Cerradas este año muchas fábricas, ó paralizadas las industrias, retrasadas las labores del campo, la cuarta parte de la renta particular para el pago de las contribuciones directas, y otra parte mayor para el de las indirectas, el obrero teme á la indigencia ó la padece, el capitalista se empeña ó se arruina y aun el más opulento no sabe cómo dar buen empleo á su riqueza.

Prestarle al Tesoro es ya el mejor negocio en España; y el Tesoro dá en garantía de su deuda, porque no tiene otra segura, el mismo impuesto que ha de recaudar con graves dificultades y á costa de apremios y embargos. Con que no sea toda la responsabilidad de estos males imputable á los Gobiernos conservadores, no se escusa el que no empiecen á ponerles remedio: hasta el presente, la gestion financiera del Gabinete presidido por el Sr. Cánovas, se redujo á pedir prestados 990 millones de pesetas con el interés anual de 232 millones de reales, sin contar la diferencia que hay entre la emision y la amortizacion; y si es cierto que el Gabinete presidido por el Sr. Martinez Campos se propone plantear los presupuestos en circunstancias tan graves, por medio de una autorizacion, no hay que decir que no lleva mejores trazas que su antecesor. Inseguridad en lo político, torpeza en lo financiero, desórden en lo administrativo, y en último término, la carestía general en muchos puntos y en algunos el hambre.

Ultimamente, además del pan y de la carne, han subido en Madrid otros artículos de primera necesidad: vale ordinariamente el quintal métrico de trigo en la capital de España 16 pesetas más caro que en París y 20 más que en Viena; la carne, siendo de peor calidad, alcanza tambien un altísimo precio; y en lo general, la habitacion, el vestido y el alimento son más costosos que en ninguna otra ciudad de Europa, escepcion hecha de Lóndres; en cambio, la administracion municipal no cuenta con los medios que en las grandes poblaciones hay que emplear en socorro de la clase más menesterosa y en alivio de la ménos acomodada. Y todo lo que en la carestía presente le ha ocurrido al Ayuntamiento, es solicitar que los obreros de Administracion militar elaboren para la venta pública cierta cantidad de panes, que no pasan de 3.000, para una poblacion de 400.000 almas, con lo que no se consigue absolutamente nada; porque la Administracion militar apenas tiene material ni personal suficiente para servirse á sí misma y satisfacer sus propias atenciones. Monopolios en el matadero y en los mercados, derechos de consumos insoportables, el gremio de abastecedores organizado de tal modo, que empieza por perjudicar al productor ó ganadero y acaba por perjudicar al público: estos y otros abusos y corruptelas se han sufrido en la abundancia, que en la escasez parecen más irritantes.

El caso es que ahora, con motivo de la carestía, se ha levantado un gran clamor en Madrid contra los recargos de su Municipio sobre la contribucion de consumos; y este clamor es justo, con tal que se generalice á España entera; es egoista, si se circunscribe á la capital. Porque no se crea que en otros Municipios la administracion se halla mejor organizada, ni el impuesto de consumos es tampoco soportable. Donde no pierde su carácter de contribucion indirecta, va sucediendo lo que en Madrid: la subida, primero insensible y al cabo abrumadora de los artículos sujetos á este gravámen. Y donde el reparto lo ha convertido,—y esto pasa en muchos pueblos de escaso vecindario,—en otra especie de contribucion directa, el comisionado de apremios, á cada trimestre, llama á todas las puertas con el vejámen del recargo ó con el pregon de la subasta, y á cada presupuesto queda un déficit que es un nuevo apuro al presupuesto siguiente. ¿Qué remedio? Uno muy sencillo; que se vea la manera de rebajar esta contribucion, y que los Municipios gasten poco, y aquello que gasten sea empleado principalmente en la instruccion, la beneficencia, la policía y la vigilancia. Y antes de que á los pueblos les obligue la necesidad á reducir su presupuesto de gastos, que la provincia y la nacion, en fin, les den el ejemplo reduciendo los suyos; porque al cabo sucede con la hacienda municipal como con la justicia y la enseñanza, y en absoluto con todas las atenciones y servicios municipales; que no los hay como ellos para merecer el cuidado, ni los hay tampoco que se hallen como ellos en mayor abandono.

Despues de la eleccion de diputados y de la eleccion de senadores, el cuerpo electoral ha sido convocado para la eleccion de Ayuntamientos. A reavivar la fé de los electores, que entre aguardarlo todo del Gobierno los adictos, y temerlo todo los de oposicion desiertan de los comicios en daño de sus derechos y de sus intereses, tiende un notable Manifiesto del directorio de los partidos aliados, que se publicó el dia 3 de Mayo, y que le firman, además de su autor el Sr. Castelar, los señores Mártos, Romero Ortiz y Sagasta en representacion de los partidos liberales y democráticos.

Con que el Gobierno se reserva en las grandes poblaciones el nombramiento de alcaldes, mientras en las poblaciones de corto vecindario pesa sobre los alcaldes constantemente la tutela ó la amenaza del gobernador, y con que los pueblos hayan recibido del poder ministerial, en dias perturbados, el nombramiento de sus concejales, orígen anómalo y vicioso de su jurisdiccion, no bien reparado todavía, obsérvase que los municipios, por lo comun, se han sometido fácilmente á ser una especie de humildísimas dependencias administrativas en que primero se atiende al superior gerárquico que al bien de los vecinos; ó, lo que es peor, comités permanentes electorales donde se manipula el sufragio y se facilita el triunfo antes de abrir el colegio á una votacion libre. El Manifiesto es una elocuentísima protesta en contra de estos y otros abusos; encarece la urgencia de que tengan los pueblos curadores más expertos en negocios administrativos que en maniobras electorales; y solicita el concurso generoso de todos los ciudadanos que sepan sobreponer á la política el amor á su ciudad, dulce y apacible reflejo del amor pátrio, y quieran impedir que sean los nobles cargos concejiles fortalezas del caciquismo, filones de escandalosas fortunas ó materia de miserables grangerías.

Y ciertamente que hay que sanear los manantiales de toda la vida civil y política en el municipio para que no sea el Estado un mar de impurezas y corrupciones; y si el libre voto de los vecinos no lo consigue, que no espere ningun pueblo á que baje un dia el bien á los hogares, como un don superior que caiga desde las alturas del poder.

ENRIQUE PEREZ LIRIO.

EL CANTO EN LA RIA.

—

RECUERDO DE DEVA.

La tarde cae: el luminar del dia
en incierto crepúsculo se apaga;
cede la mar en su tenaz porfía;
tímida el aura por las frondas vaga.

Ya conduce el zagal á sus ovejas
hácia el redil por el cercano ejido;
ya suspende la tórtola sus quejas
al ver que vuelve su consorte al nido.

El pescador por la vecina playa
sus pardas redes en la arena tiende,
y del ocaso la indecisa raya
apenas vago resplandor enciende.

Hora de paz, indefinible y pura
en que vuelan á Dios los pensamientos;
hora de melancólica ternura,
tal vez de amor y dulces juramentos.

En su lecho de rústicas montañas
con lánguido rumor susurra el Deva,
y entre adelfas y juncos y espadañas
con lento paso sus cristales lleva.

De súbito, turbando su reposo,
alegre juventud llega á la orilla,
y con humor festivo y bullicioso
gana en tropel empavesada quilla.

El remo cae: la linfa trasparente
al golpe hierve en bullidora espuma,
y venciendo la plácida corriente
sube la barca entre lijera bruma...

Todo silencio: la nocturna sombra
el cielo cubre, envuelve el horizonte,
y es el follaje como negra alfombra
que enluta el valle y que tapiza el monte.

Mas luego asoma en la vecina cumbre
la luna como fúlgido topacio,
y en suaves tintas y argentada lumbre
baña la tierra y el azul espacio.

Y torna en plata el sosegado rio
en donde el claro cielo resplandece,
y la barca, suspensa en el vacio,
como vision fantástica parece...

Elena, Elena, entónces tu garganta
desátase en raudales de armonía,
y las floridas márgenes encanta,
inmóvil queda la corriente fría.

II

Es tu cantar dulcísimo suspiro,
endecha enamorada
que mezcla el ruiseñor en su retiro,
al plañidero son de la cascada.

De un arroyuelo el plácido murmullo
en la risueña vega;
de la mansa paloma el tierno arrullo,
aura de Abril que en la campiña juega...

Ó ya al vibrar tu aliento soberano
mi espíritu extremece,
como si oyera el piélago lejano,
ó la borrasca que en sus ondas crece.

Y no sé yo si, enérgica ó suave,
la voz que me enajena
es angélico acento, trino de ave,
gemir del mar ó canto de sirena.

Sólo sé que despierta en mi memoria
la dicha ó el dolor,
que me cerca de imágenes de gloria,
que me arrebata en éxtasis de amor.

Sólo sé, Elena, que tu voz encierra
divino talisman;
que en ella los lamentos de la tierra
y los himnos angélicos están...

———

Cesó el cantar: el remo cadencioso
volvió el cristal de la corriente á herir;
mas de tu voz el eco melodioso
aun pensaba en los ámbitos oir.

Y aun hoy, léjos de tí, mi fantasía
guarda de aquellas horas la ilusion:
tu imágen vive en la memoria mia;
tu acento me subyuga el corazon.

ENRIQUE R. DE SAAVEDRA.
(Duque de Rivas.)

LA DIVINA COMEDIA.

—

CANTO VIGÉSIMO SÉTIMO.

El ángel que guarda el paso advierte á los poetas que para seguir adelante tienen que entrar en las llamas. Túrbase Dante al oirlo y titubea hasta que le decide Virgilio que le anima y conforta. Introducidos ya en el cóncavo de la escalera les coje la noche y Dante se duerme y tiene una vision. Despierto luego con la luz del dia, llega al Paraíso terrenal, donde Virgilio le dice que él ya ha cumplido su mision, y que le deja dueño de sus acciones.

Como cuando su luz primera vibra (1)
dó vertió su hacedor la sangre pura,
y entra el Ebro en la mar, bajo de Libra,

O de Balanza el Ganges só la altura,
era así el sol; con que espiraba el dia
cuando del ángel vimos la figura.

Fuera del fuego estaba, y repetia
Beati mundo corde, (1) con sonido
más rico asáz que el nuestro de armonía.

Luego: *No hay paso ya, si á lo encendido*
no penetrais; entrad, ánimas santas,
y á los cantos de allá prestad oido.

Dijo, al vernos ya cerca de sus plantas;
con que angustias pasé, que el desdichado
que van vivo á enterrar no sufrió tantas.

Y alcé las manos juntas de asombrado,
y miré al fuego con memoria fuerte
de como el cuerpo á muchos ví quemado.

Su amparo el par custodio(2)aquí me advierte
y Maron: «Hijo caro, en esta vía
tormento puede haber, más nunca muerte.

Recuerda bien, recuerda (3); si otro dia
sobre aquel Gerion (4) pude salvarte,
hoy más cerca de Dios, ¿qué no podria?

Créeme, si en la más viva y honda parte
de esta hoguera estuvieses cien mil años,
ni en un pelo llegáras á encalvarte.

Y si piensas te animo con engaños,
anda y toca tú mismo la evidencia,
poniendo allí la punta de tus paños.

Ea, deja el temor (con insistencia
me repetia) avanza, vé seguro...»
y yo quieto y en lid con la conciencia.

Cuando me vió tan obstinado y duro:
«Pues sábelo (exclamó, sintiendo enojos),
no hay entre tí y Beatriz mas que ese muro.»

Como al nombre de Tisbe abrió los ojos
Piramo, y la miró ya falleciente,
cuando el moral sus frutos mudó en rojos, (5)

Así domado el resistir vehemente,
volvíme al Sábio, al nombre aquel querido
que manándome está siempre en la mente;

Y él me dijo en irónico sentido:
"¿Con que te quedas?» y rióme el gesto
que se hace al niño por el don vencido.

Aquí al fuego el primero echóse presto,
rogando á Estacio que tras mí siguiera,
que há tiempo entre los dos iba interpuesto.

Cuando fuí dentro, echádome yo hubiera
en ardiente cristal por refrescarme,
¡tanto allí sin medida el volcan era!

Y aquél padre de amor, por confortarme,
en mi camino de Beatriz me hablaba,
diciendo que su faz ya iba á mostrarme.

Voz guiándonos iba que cantaba,
á la que, atentos cual sumisa grey,
salimos fuera y dó la escala estaba.

Venite, benedícti patris mei (6)
de entre un foco sonó que resplandece
tal, que abatió mi vista su alta ley.

El sol se vá: la noche ya aparece,
(prosiguió) *no os pareis, doblad el paso,*
mientras no el Occidente se ennegrece.

Recto iba el corte del peñasco, y raso
hácia donde á mi frente yo cortaba
el reflejo del sol, que era ya escaso.

Y cuando dél muy poco se trepaba,
los tres notamos, por mi sombra extinta,
que el sol trás de nosotros se acostaba.

Y antes que lo que aún es parte distinta
fuese conjunto de tinieblas hecho,
y extendiese la noche igual su tinta,

Cada cual de un peldaño se hizo lecho,
porque la ley del monte no se presta
al proseguir como el querer del pecho.

Cual las cabras que á risco y alta cresta
van, no pastadas, en arisco alarde,
y tranquilas y mansas por la siesta,

Yacen rumiando cuando el sol más arde,
guardadas del pastor que el cuerpo inclina
en el baston con que las rija y guarde:

Cual vaquero que en vida campesina
quieto junto á su grey pernocta bruta,
porque no la disperse rés dañina;

Así éramos los tres en nuestra ruta,
yo cual rumiante, y ellos cual pastores,
en la estrechez tendidos de la gruta.

Poco se vén de allí los exteriores:
mas yo por ese poco las estrellas
via lucir más claras y mayores.

Así, rumiando y contemplando en ellas,
cogióme el sueño: el sueño que frecuente
suele trazar del porvenir las huellas.

A la hora, yo creo, que de Oriente
su débil primer luz al monte envia
Vénus, de amor fogoso siempre ardiente, (7)

Jóven hermosa ver me parecia
que iba flores cogiendo por la banda
de un jardin, y cantando así decia:

"Sepa el curioso que quien soy demanda,
que soy Lia, (8) y con arte voy moviendo
mis dedos por tejerme una guirlanda.

(1) Partiendo del supuesto planteado por el poeta, de que el sol vibraba en Jerusalem sus primeros rayos, se sigue naturalmente: que empezaba á oscurecer en el Purgatorio; que era media noche en el Hebro, confin occidental, y medio dia en el Ganges, confin oriental, supuestos ambos respecto de nuestro hemisferio y considerando que ese rio de la India corre bajo el meridiano de España; meridiano que es el horizonte comun á Jerusalem y al monte del Purgatorio. Téngase tambien presente, que estando el sol en Aries, la noche debia estar en el signo opuesto que es el de Libra.

(1) *Beati mundo corde, quia ipsi Deum videbunt.* San Mateo.

(2) *El par custodio* son Estacio y Virgilio.

(3) Esta reticencia es muy probable que la usara Virgilio como para recordar al poeta que no estaba bien limpio del vicio que allí se purga, y que para ir adelante era preciso que se purificase algo; con más motivo cuanto el ángel no le habia borrado esta vez, la última P de la frente.

(4) El mónstruo sobre cuya espalda pasaron del sétimo al octavo cerco del Infierno.

(5) Véase la fábula de Piramo y Tisbe en Ovidio La morera, que antes producia flores blancas, regada por la sangre de los amantes, las produjo desde entonces encarnadas.

(6) Palabras de Jesucristo, segun San Mateo.

(7) Al rayar el alba.

(8) Lia hija de Laban, esposa primera de Jacob.

Aquí al espejo adórnome riendo:
mas mi hermana Raquel (1) no se conforma
si eternamente en él no se está viendo.

Harta nunca se vé de ver su forma,
como yo de adornarme con mis manos:
si ella el ver, yo el obrar tengo por norma.»

Del alba los crepúsculos tempranos
dulces al peregrino que los techos
ya vé del patrio hogar ménos lejanos,

Despejaban del cielo largos trechos
y mi sueño tambien; y en pié pusíme,
viendo á mis altos guías ya derechos.

«La dulce poma (2) por que tanto gime
el codicioso afan de los mortales,
hoy va á saciar el hambre que te oprime.»

Estas palabras, ó en el fondo iguales,
me habló Marón, y estrenas ó adhealas
deleites nunca me causaron tales.

Y de ya verme en las divinas salas
tal se dobló mi afan, que á cada huella
sentia por volar crecer las alas.

Cuando vencida fué la escala aquella,
y el escalon pisábamos superno,
Virgilio en mí su vista puso bella,

Diciendo: «El fuego temporal y eterno,
hijo, ya viste, y has llegado á parte
dó por mí sólo yo nada discierno.

Con ingenio hasta aquí pude guiarte:
ora por tu albedrío te conduce:
ya aspereza y fragor no han de cansarte.

Mira allí el sol que frente á tí reluce:
las flores, yerbas y árboles aquellos
que voluntario el suelo aquí produce.

Mientras que alegres llegan ojos bellos
que á tí venir me hicieron con su lloro, (3)
sentarte puedes y pasearte entre ellos.

Ya no oirás que te aviso ó que te esploro:
sano es tu juicio, libre tu persona, (4)
y harás mal en no usar de tu tesoro,
pues te doy sobre tí mitra y corona.» (5)

.....

EL CONDE DE CHESTE.

(1) Raquel, otra hija de Laban, tambien esposa de Jacob. Por Lia debe entenderse la vida activa, y por Raquel la contemplativa.

(2) La felicidad eterna que los hombres buscan por tantos caminos, de la cual es figura el Paraíso terrenal colocado en la cima del Purgatorio.

(3) Mientras viene Beatriz.

(4) Por la purificacion que ha sufrido no pudiendo ya en ese estado querer sino lo bueno y lo justo.

(5) Pues te devuelto el absoluto mando sobre tí mismo.

LAS DOS HERMANAS.

—

(POESÍA LEIDA POR SU AUTOR CON EXTRAORDINARIO APLAUSO EN EL ATENEO CIENTÍFICO Y LITERARIO DE MADRID.)

Inés y Ana eran hermanas,
y en aficiones tempranas
con pensamientos distintos,
dieron muestras cotidianas
de diferentes instintos.

A Inés le dió por rezar
y hacer de la Iglesia hogar:
Ana era toda pasion,
y dejó á su corazon
libre en el mundo volar.

Inés solo á Dios amaba,
y Ana las horas pasaba
dándola á su hermana enojos,
contemplándose en los ojos
del hombre en quien adoraba.

De sus dichas anhelante
ví hacerse en el mismo instante,
cual ya tenia previsto,
las bodas de Inés con Cristo
y las de Ana con su amante.

Quedóse en su claustro Inés
y en la celda que soñó
con fervoroso interés,
sus verdes años hundió
al cumplir los veintitres.

Ana, en cambio, al dulce esposo
rindió voluntad y alma,
y en lazo eterno y dichoso
trocó la virgínea palma
por el conyugal reposo.

Bodas hizo por amor
con hombre pobre y honrado,
y de su hogar al calor
cuando halló enemigo al hado
la paz trocando en dolor,

con admirable entereza
combatió sin queja alguna,
libre de toda flaqueza,
las burlas de la fortuna
y el rigor de la pobreza.

Madre fué; y sus regocijos
turbó la enemiga suerte;
pero con ánimo fuerte
arrancó á los tiernos hijos
de los brazos de la muerte,

siendo en su hogar la enfermera
y al pié de la amante cuna
de esperanzas mensajera,
madre como la primera
y esposa como ninguna.

Ve al esposo perseguido
por su fe nunca vencida,
y con valor decidido
presta fuerzas al marido
en las luchas de la vida.

Con amantes invenciones
le arranca de sus prisiones
burlando al fiero enemigo,
y logra verle al abrigo
de nuevas persecuciones.

Resiste en la desastrosa
fatal ausencia forzosa,
mil amantes hañagazas,
pues para todo halla trazas
su alma-virtud valerosa.

Y ante la creciente ruina
de su hogar desmantelado
la honrada frente no inclina;
que el trabajo inusitado
lo torna en fecunda mina.

Mira á los hijos crecer
los años viendo correr,
y cuando en feliz Aurora
al sér ausente que llora
vuelve en sus brazos á ver,

¡Ay! las civiles campañas
llevan entonces consigo,
tras de las vascas montañas
donde aguarda el enemigo,
dos hijos de sus entrañas.

Y mueren; y en sus dolores
viendo á los hijos menores
llorar, la matrona hermosa
les pinta como gloriosa
la muerte de los mayores.

Y así aquel sér singular
funde en el mismo dolor
con enseñanza ejemplar,
de la pátria el santo amor
y las penas del hogar.

La muerte, en sus iras muda,
entra, la segur desnuda
en el hogar desolado...
y al dolor inveterado
sigue el llanto de la viuda.

Y al verse en su desconsuelo
desamparada del cielo,
siempre con los ojos fijos
en los adorados hijos,
que son su constante anhelo,

piensa, al calmar de la pena,
que en su juventud serena
fué su voz rico tesoro,
y en vez de aplicarla al coro
la vierte sobre la escena.

Y la que niña cantaba
sin aspiracion alguna,
y sólo su voz sonaba
si á los hijos arrullaba
meciendo la blanda cuna,

hoy, en armónicos cantos,
las almas rinde y conquista,
y de su edad los quebrantos
eclipsan los mil encantos
de la madre y de la artista.

Y acrecienta sus caudales,
y en donde hay penas mortales
hallan en su amor tutelas,
labra templos, funda escuelas,
ensancha los hospitales,

y vé á sus hijos brillar,
y esposas nobles lograr,
que es de la madre la fama
grandeza que el mundo aclama
como lo más ejemplar.

Acabada su carrera,
blanca la cabeza honrada,
de los pobres compañera,
de su familia cercada
por quien dió su vida entera,

brilla en su hogar majestuoso
su envidiable senectud
mujer, amante y esposa
madre, artista y muestra hermosa
de amor y génio y virtud.

*
* *

¿Qué hace en tanto sor Inés?
Dia á dia, mes tras mes
los años pasa rezando
y al alto cielo mirando
de sus rejas al través.

Y orando y besando el suelo
con un fervoroso anhelo
que ninguno pesar distrajo...
allí está, ganando el cielo
con poquísimo trabajo!

EUSEBIO BLASCO.

ILUSIONES.

—

SONETO.

¿Qué es el amor que en nuestro sér derrama
un filtro celestial, y los sentidos
excita y deja en áscuas encendidos,
como al calor de inextinguible llama?

¿Qué son las dignidades? ¿Qué la fama
que halaga con su voz nuestros oidos?
¿Qué los lauros, con sangre enrojecidos,
del héroe á quien se aplaude y se proclama?

Son el humo fugaz de incienso vano,
un sueño, una ilusion engañadora,
un suspiro que pasa y lleva el viento.

Son una flor que agosta dura mano,
un fulgor repentino que á deshora
alumbra un solo instante el firmamento.

FERNANDO CORRADI.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO
DE LOS SEÑORES M. P. MONTOYA Y COMPAÑÍA
Caños 1

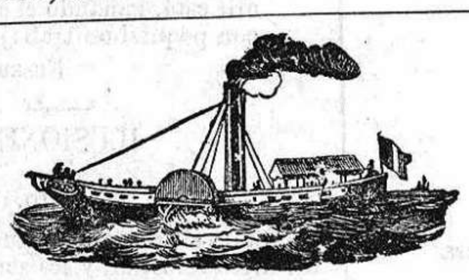
ANUNCIOS.

BANCO DE ESPAÑA.

Nota de billetes hipotecarios de la segunda série que han sido amortizados en el sorteo celebrado en mes de Abril último.

Numeracion de las bolas que representan los lotes.	Numeracion de billetes hipotecarios que deben ser amortizados.	Numeracion de las bolas que representan los lotes.	Numeracion de billetes hipotecarios que deben ser amortizados.
2	Del 101 al 200	1.155	Del 115.401 al 500
9	801 900	1.163	116.201 300
31	3.001 100	1.185	118.401 500
41	4.001 100	1.195	119.401 500
48	4.701 800	1.212	121.101 200
53	5.201 300	1.239	123.801 900
54	5.301 400	1.282	128.101 200
124	12.301 400	1.292	129.101 200
149	14.801 900	1.297	129.601 700
161	16.001 100	1.341	134.001 100
166	16.501 600	1.365	136.401 500
170	16.901 17.000	1.396	139.501 600
231	23.001 100	1.419	141.801 900
237	23.601 700	1.436	143.501 600
297	29 601 700	1.437	143.601 700
303	30.201 300	1.452	145.101 200
305	30.401 500	1.469	146.801 900
331	33.001 100	1.481	148.001 100
350	34.901 35.000	1.487	148.601 700
359	35.801 900	1.492	149.101 200
360	35.901 36.000	1.507	150.601 700
378	37.701 800	1.528	152.701 800
379	37.801 900	1.564	156.301 400
413	41.201 300	1.570	156.901 157.000
441	44.001 100	1.579	157.801 900
454	45.301 400	1.602	160.101 200
457	45.601 700	1.606	190.501 600
496	49.501 600	1.635	163.401 500
516	51.501 600	1.639	163.801 900
518	51.701 800	1.666	166.501 600
521	52.001 100	1.708	170.701 800
531	53.001 100	1.714	171.301 400
571	57.001 100	1.727	172.601 700
590	59.801 59.000	1.732	173.101 200
597	59.601 700	1.740	173.901 174.000
608	60.701 800	1.746	174.501 600
612	61.101 200	1.775	177.401 500
626	62.501 600	1.782	178.101 200
636	63.501 600	1.826	182.501 600
643	64.201 300	1.880	187.901 188.000
652	65.101 200	1.884	188.301 400
662	66.101 200	1.887	188.601 700
668	66.701 800	1.893	189.201 300
671	67.001 100	1.923	192.201 300
681	68.001 100	1.956	195.501 600
689	68.801 900	1.973	197.201 300
722	72.101 200	1.978	197.701 800
734	73.301 400	1.985	198.401 500
758	75.701 800	2.004	200.301 400
762	76.101 200	2.007	200.601 700
776	77.501 600	2.014	201.301 400
783	78.201 300	2.046	204.501 600
809	80.801 900	2.072	207.101 200
833	83.201 300	2.080	207.901 208.000
852	85.101 200	2.133	213.201 300
869	86.801 900	2.152	215.101 200
886	88.501 600	2.156	215 501 600
891	89.001 100	2.188	218.701 800
907	90.601 700	2.210	220.901 221.000
910	90.901 91.000	2.219	221.801 900
914	91.301 400	2.225	222.401 500
917	91.601 700	2 252	225.101 200
967	96.601 700	2.285	228.401 500
1.009	100.801 900	2.378	237.701 800
1.054	105.301 400	2.384	238.301 400
1.073	107.201 300	2.404	240.301 400
1.091	109.001 100	2.413	241.201 300
1.117	111.601 700	2.426	242.501 600
1.125	112.401 500	2.460	245.901 246.000
1.127	112.601 700	2.479	247.801 900
1.139	133.801 900	2.491	249.001 100
1.143	114.201 300	2.492	249.101 200

Advertencia.—Los tenedores de los billetes hipotecarios que se dejan expresados, así como de los cupones de esta clase de valores, vencederos en 1.° de Julio próximo, pueden presentarlos desde luego á descuento en estas oficinas al tipo de 4 1[2 por 100 anual que el Banco tiene establecido para esta clase de operaciones—P. El gobernador, *Secades.*—El secretario, *Manuel Ciudad.*



VAPORES-CORREOS TRASATLÁNTICOS
DE
A. LOPEZ Y COMPAÑÍA.

NUEVO SERVICIO PARA EL AÑO 1879.

PARA PUERTO-RICO Y HABANA

salen de Cádiz los dias 10 y 30 de cada mes, y de Santander y Coruña los dias 20 y 21 respectivamente, admitiendo pasajeros y carga.

Se expenden tambien billetes directos, vía de Cádiz, para

SANTIAGO DE CUBA, GIBARA Y NUEVITAS,

con trasbordo en Puerto-Rico á otro vapor de la Empresa, ó con trasbordo en la Habana si se desea.

Más informes: en Cádiz, A. Lopez y Compañía.—Barcelona, D. Ripoll y Compañía.—Santander, Angel E. Perez y Compañía.—Coruña, F. la Guarda.—Valencia, Dart y Compañía.—Má aga, Luis Duarte.—Sevilla, Julian Gomez.—Madrid, Julian Moreno, Alcalá, 28.

BANCO DE CASTILLA.

Balance de situacion en 30 de Abril de 1879.

ACTIVO.	Pests. Cents.
Accionistas	7.500.000
Caja	2.420.380'45
Valores en cartera	3.342.224'27
Cuentas corrientes	1.649.786'78
Cuentas varias	9.872.120'29
Inmuebles	170.981'98
Bonos del Tesoro en garantía de la emision de billetes hipotecarios	31.219.500
Pagarés de bienes nacionales para la doble garantía de id.	5.259.168'20
Idem id. id. en depósito en el Banco de España	33.336.303'51
Bonos recibidos en pago de pagarés de bienes nacionales	441.500
Intereses abonados á los compradores de id. id.	4.842'47
Bonificaciones por anticipo de plazos de id. id.	27.158'13
Bonos amortizados por productos en metálico de pagarés	56.500
Valores en depósito	23.115.467'50
Valores en garantía	9.303.685'77
Valores de varios	3.294.857'23
TOTAL	131.014.476'58

PASIVO.	
Capital social	10.000.000
Fondo de reserva	250.000
Obligaciones á pagar	351.585'97
Cuentas corrientes	1.395.790'73
Cuentas varias	42.442.853'80
Emision de billetes hipotecarios	31.276.000
Pagarés de compradores de bienes nacionales en garantía	38.595.471'71
Idem de bienes nacionales realizados	535.210'99
Sobrantes de bonos cedidos al Estado	265'78
Octava amortizacion por sorteo de billetes hipotecarios	390.000
Cupon de 1.° de Abril de 1879 de id.	63.288
Acreedores por depósito en papel	23.115.467'50
Acreedores por garantías	9.294.857'77
Acreedores por valores varios	3.294.857'23
TOTAL	131.014.476'58

Madrid 30 de Abril de 1879.—S. É. ú O. El Jefe de Contabilidad, A. Saez de Santa María.—Dos Administradores.—Rafael Cabezas.—Jaime Girona.

BANCO HIPOTECARIO DE ESPAÑA.

CAPITAL SOCIAL:

50.000,000 DE PESETAS

DESEMBOLSO: EL 40 POR 100

Ó SEAN 20.000.000 DE PESETAS EFECTIVAS

DOMICILIO SOCIAL

Paseo de Recoletos, 12.

PRÉSTAMOS HIPOTECARIOS.

Este *Banco* hace préstamos en efectivo ó en Cédulas de 6 por 100 á plazos de 5 á 50 años.		
De los préstamos en efectivo el interés es de	7	por 100
La amortizacion y comision (por 50 años)	0,84 c.	por 100
Total de la anualidad sobre la suma prestada	7,84 c.	por 100
De los préstamos en cédulas del 6 por ciento el interés es de	6	por 100
La amortizacion y comision (por 50 años)	0,93 c.	por 100
	6,93 c.	por 100

Añadiendo en esta última clase de préstamos en Cédulas la pérdida sobre estas últimas, la carga anual sobre la cantidad prestada, es ahora aproximadamente de 7 1[4 por 100.

Terminados los cincuenta años ó el plazo que se convenga para el préstamo, y satisfecha que haya sido la última anualidad, el *Banco* se encuentra reembolsado del todo y la finca liberada.

Antes de que el plazo espire, el prestatario puede terminar el negocio cuando guste, reembolsando total ó parcialmente el capital del préstamo que no se halle aún amortizado, y satisfaciendo 2 por 100 de indemnizacion.

En una palabra, en los préstamos de esta clase, el prestatario vuelve á quedar libremente dueño de la finca al fin del plazo convenido, sin más carga que la de pagar 7 1[4 por 100 aproximadamente al año.

El máximun de la suma que puede prestar el *Banco*, es el de la mitad del valor en que aprecia las fincas urbanas y las rústicas, exceptuando los olivares, viñas y arbolados, sobre los cuales no presta sino la tercera parte de su valor.

PALACIOS Y GOYOAGA
SASTRES.

3, PUERTA DEL SOL, PRAL., 3.

CASA GENERAL DE TRASPORTES
DE
JULIAN MORENO
CONTRATISTA DE LOS FERRO CARRILES DE MADRID Á ZARAGOZA Y ALICANTE, Y UNICO CONSIGNATARIO DE LOS VAPORES-CORREOS DE
A. LOPEZ Y COMP.ª
MADRID.—ALCALÁ, 28.

MANUAL
DEL
SECRETARIO
O PRÁCTICA DE OFICINAS

Obra útil á todos los que desempeñan aquel cargo y á cuantos deseen instruirse en lo concerniente al despacho de Secretarios, por

ILDEFONSO ESTRADA Y ZENEA.

UN TOMO EN 4.° DE unas 100 páginas. | BILLETES 3 PESOS fuertes ejemplar, franco de porte.

Indice de las materias que contiene: Invitacion á los Secretarios.—Certificacion.—Introduccion.—*Primera parte.*—PERSONAL.—Porte.—Aseo.—Maneras.—Carácter.—Urbanidad.—Sociabilidad.—Educacion.—Moralidad.—Dignidad.—Instruccion.—Actividad.—*Segunda parte.*—MATERIAL.—Oficinas.—Libros.—Documentos.—Oficios.—Cartas.—Informes.—Ordenes.—Decretos.—Consultas.—Propuestas.—Certificaciones.—Estados.—Reglamentos.—Juntas.—Actas.—Actas municipales.—Memorias.—Relaciones, Indices y Registros.—Memoriales.—Copias.—*Formularios.*—Citacion á junta.—Memorial.—Informe.—Oficio.—Certificacion.—Acta de Ayuntamiento.—Otra certificacion.—Otro memorial.—Exposicion al Rey.—Expediente para la construccion de obra nueva.—Solicitud para ser inscripto en la matrícula de comerciante.—Invitacion.—Oficio para remitir un título.—De los Secretarios de los Juzgados de Paz.—De los Secretarios de los Institutos.—De los Secretarios de la Real Sociedad económica de la Habana.—Extractos de las leyes provincial, electoral y municipal.—Usos del papel sellado.—Tratamientos y títulos, etc., etc.

UNICO PUNTO DE VENTA

«LA PROPAGANDA LITERARIA.»

O'REILLY, 54,

Y SUS AGENTES EN EL INTERIOR DE LA ISLA.

EL LIBRO DEL CIUDADANO ESPAÑOL.

CONTIENE:—1.° *Advertencia.*—2.° *Decretos* y *bandos* sobre la paz y reconstruccion de Cuba, publicados en la *Gaceta de la Habana.*—3.° *Constitucion* de la Monarquía española, promulgada en 30 de Junio de 1876.—4.° *Ley Municipal*, con las reformas en su texto comprendidas en la de 16 de Diciembre de 1876, publicada en 2 de Octubre de 1877.—5.° *Ley Provincial*, con las reformas en su texto comprendidas en la de 16 de Diciembre de 1876, publicada en 2 de Octubre de 1877.—6.° *Ley Electoral* para Municipios y Diputaciones provinciales, de 23 de Junio de 1870, con las reformas de la de 16 de Diciembre de 1876.—7.° *Ley Electoral* para diputados á Córtes, de 18 de Junio de 1865, mandada cumplir por decreto de las Córtes.—8.° *Ley Penal* para los delitos electorales.—9.° *Circular* de 5 de Agosto de 1877, dictando reglas para la ejecucion de la Ley Electoral.—10. *Ley* Electoral del Senado, de 8 de Febrero de 1875.—11. *Ley de Extranjería,* de 4 de Julio de 1870, fijando la condicion civil de los extranjeros domiciliados y transeuntes, sus derechos y obligaciones, matrículas, pasaportes, emigrados, etc., etc.—12. *Ley Moret*, de 4 de Julio de 1870, para la abolicion gradual de la esclavitud.

Obra de actualidad, de unas 200 páginas, encuadernada á la rústica, en PESOS FUERTES 2-50 billetes, franco de porte al Interior. Gran rebaja en los pedidos mayores, que se dirigirán á *La Propaganda Literaria, O'Reilly*, 54.—*Habana.*

LA AMÉRICA

Año XX.

Precio de suscricion en España, 24 rs. trimestre.

En el Extranjero y Ultramar, 12 pesos fuertes.

Precio de los anuncios, 4 reales línea.

Agente general en la Isla de Cuba el Sr. D. Alejandro Chao, director del acreditado establecimiento LA PROPAGANDA LITERARIA.

En PUERTO-RICO.—Señores Sanchez Enriquez.

En PARÍS.—E. Denne, librería española, 15, rue Monsigny.